

Trilogía La Torre III

Solo para mí

Reedición 2024

Jéssica A. Gómez

Trilogía: La Torre

Tercera parte

Jéssica A. Gómez

Reedición 2024

Sólo para mí

Introducción

Una cena

...

—Sabes que no entraba en mis planes y, quizá, no sea ni el momento ni el lugar, pero necesito hacerlo. No aguanto más. Necesito que sólo seas para mí, como por fin lo es Erika para Jackson.

Junto a ellos, que sonríen cómplices, la familia Moore al completo, que lo mira expectante incluida la nueva, y en compañía de mi madre y Alfonso, Nathan sonríe apocado, desata el nudo de su corbata, alza su copa y me observa, con esos ojos negros que...

Que en su profundidad mis nervios afloran.

Nathan se toma su tiempo para lo que sea que pretende. Parece estar eligiendo las palabras adecuadas. Yo, mientras tanto, quiero que me diga lo que está pensando y no quiero que me diga nada.

No sé lo que quiero.

—¡Suéltalo ya! —grita su prima, que le hace una burla, y Nathan le lanza tal mirada que podría caer muerta ahora mismo.

—Rebeka...

—¡Ya está solucionado! —grita Junior, sorprendiéndonos.

...

—¿Hace falta que me entierres hasta el cuello? —pregunta escupiendo arena mientras yo cubro su cuerpo, completamente, como tantas y tantas veces deseé.

—Sí. Y da gracias a que no te tapo la cara. —sentencio, y él alza los brazos y los descubre para agarrar mis muñecas y obligarme a parar—. Ahora tendré que volver a empezar.

—Pues empieza por aquí.

Pone mis manos sobre su sexo empalmado, sin que importe quién haya alrededor, en esta maravillosa playa de Ibiza.

—¡Rebeka!

Alzo la vista y veo a mi madre y a Alfonso venir hacia nosotros.

—¿Qué pasa? —pregunto tumbada sobre el vientre de Nathan para disimular.

—Nos vamos a dar un paseo.

—Voy a quitarme esto de encima —dice Nathan, que se levanta y se espolsa la arena pringándonos a los tres, y se dirige hacia la orilla.

—Ha llamado Harold —revela mi madre—. Como vosotros tenéis el móvil apagado ha tenido que llamarme a mí —me reprocha—. Me ha dicho que Nathan lo llame cuanto antes. Es importante.

—Tranquila, ahora se lo digo.

—Gracias por pasar el día con nosotros.

—No tienes que darme las gracias, mamá.

—Puede ser, pero quería que supieras que me alegro de haber pasado unos días con vosotros. Si no llega a ser por el crucero no nos vemos.

—¿Próxima parada?

—Islas griegas.

—Menudas vacaciones te estás pegando...

—Alfonso me cuida muy bien. —confiesa y le hace un guiño, y él la agarra de la cintura para besarla mientras a mí no debería, pero me importa—. ¿Cenamos juntos?, embarcaremos a medianoche y cuando regresemos a Barcelona a saber dónde esteréis vosotros.

—Claro, mamá.

Se alejan agarrados de la mano. Felices. Sonriendo como dos adolescentes que acaban de descubrir el amor. Y los veo y me alegro tanto por mi madre que ya me gustaría a mí que mi padre hubiera vivido estos años junto a ella.

Cómo es la vida.

Cómo gira.

Cómo te lleva por caminos indescifrables.

Cómo te cambia la mirada.

Cómo me deja a orillas el mar, con la vista clavada en el hombre por quien lo di todo hasta conseguir estar aquí.

Nathan Moore.

No sabes cuánto he deseado disfrutar de ti fuera de tu mundo. Al otro lado de tu hermetismo, de tu agorafobia. Sé que solo soy para ti. Lo supe desde el primer momento en el que pusiste un pie en mi casa, en plan Oficial y Caballero.

De eso hace ya un año. Cómo pasa el tiempo. Parece que fue ayer y, a su vez, es como si Nathan y yo lleváramos toda la vida juntos. Por suerte, nos queda toda la vida. Y en este año hemos avanzado tanto que es increíble que estemos en la playa. Que él esté, ahora mismo, bañándose en el mar. Quién lo diría.

Para llegar hasta aquí pasamos por varias fases que, si bien obstaculizaron nuestro avance, no fueron tan complicadas de solventar como creímos. En parte, gracias a Jackson y a Erika.

Dos días estuvimos en mi casa. No porque no estuviéramos a gusto, sino porque preferimos estar en otro lugar en donde disfrutar de total intimidad. Una madre es una madre y, aunque yo a la mía la amo con locura, cuando uno se casa quiere casa, y nosotros no estamos casados, pero no poder dar rienda suelta a todas las emociones para no incomodar a mi madre no era plato de buen gusto para ninguno. Además, mi madre está con Alfonso, y ellos también necesitaban disfrutar de su propio albedrío.

La carne, cuando quiere carne, no hay quien le quite el hambre.

Durante una semana nos alojamos en un hotel. Teníamos pensado alquilar una casa, pero hasta encontrarla lo mejor fue abandonar el pueblo de mi madre y buscar un lugar en donde Jackson, Erika, Nathan y yo, tuviéramos nuestro propio espacio. En ese tiempo, siete días de infarto, estuvimos de ruta por Barcelona. Podrían haber sido más, pero Jackson y Erika se vieron obligados a regresar a *La Torre* por motivos empresariales.

“A veces me entran ganas de renunciar a mi cargo para volver a ser la que era”.

Eso me dijo Erika antes de marcharse, cansada de ejercer de mandataria, presidenta y dueña y señora del imperio Moore, sin tiempo para ella misma. Echa tanto de menos su vida anterior, ociosa y libre como los pájaros, que como le dé por presentar su renuncia me veo de vuelta en Nueva York para que Nathan tome las riendas de la empresa.

A veces tengo la impresión de que a Nathan le falta algo. Esa chispa de estrés y ese poder que tanto le gustaba ejercer sobre todos.

A veces creo que nuestro regreso está al caer. Sólo espero que sea más tarde que pronto.

Y pronto encontramos la casa que buscábamos para nuestro tiempo de relax. Un ático en la zona centro, muy amplio y con vistas a la Casa Batlló, que a Nathan enamoró desde el primer momento. Desde entonces, siente predilección por las obras de Gaudí. Y no me extraña.

Lo extraño fue volver a empezar, en cierta manera, ya que acostumbrarse a vivir fuera de *La Torre* no fue fácil para Nathan. Para ninguno de los dos dada su agorafobia, que parece haber desaparecido, aunque con matices. Sigue habiendo en él resquicios de quien fue. Atisbos de un

miedo que, hoy en día, continua haciendo de las suyas cuando menos lo espero. Nathan guarda en su interior un pasado traumático y las consecuencias de su encierro, así que hay momentos en los que salir nos supone todo un reto.

En Barcelona aprendimos que la constancia y la rutina eran lo que más beneficiaba a su salud mental. Al principio, incluso le costaba dar una vuelta por ahí, pero siempre hacía de tripas corazón y salía a la calle. Llegamos a seguir un patrón para que no perdiera el control sobre sí mismo.

En el portal respiraba profundamente varias veces seguidas para mentalizarse de que el exterior le aportaría beneficios. Entretanto, se hablaba a sí mismo para infundirse valor mientras sacudía las manos para evitar los temblores, cerraba los ojos para escucharse mejor a sí mismo e intentaba ralentizar sus pulsaciones para no sentir ansiedad y ponerse a sudar. No le resultaba complicado calmarse. Llenarse de pensamientos positivos, pero siempre tenía que realizar su ritual, antes de poner un pie afuera. Sin embargo y, a pesar del gran esfuerzo que hacía, día tras día, lo más sorprendente era verlo sonreír al salir del edificio y escucharlo decir que se sentía capaz de todo estando conmigo y que era feliz viviendo como lo hacíamos. Como un hombre sin temores. Con la mente limpia.

Así fue como superamos momentos que nos retrotraían al pasado hasta convertir nuestros paseos en largas caminatas que nos llevaban a no soltar nuestras manos y disfrutar de los días soleados, del cielo azul, de las gentes...

Su actitud, imponente y muy curiosa, también era vigilante y comedida. A veces, en exceso. El gentío, las aglomeraciones que evitábamos, la típica habladuría escandalosa y mis nervios por probarlo todo y más, lo alteraban y lo mantenían en alerta, casi constantemente, aunque pronto superara sus sensaciones de ahogo. Ir poco a poco fue lo mejor para él. Para los dos, a pesar de mi ansia. Avanzar en nuestro camino hacia una libertad completa fue duro. Sigue siéndolo. Todavía hay momentos en los que su mente se contradice. Somo prudentes. Estamos atentos a cualquier cambio que se produce a nuestro alrededor o en él mismo. Nunca nos separamos. Nunca estando fuera. Y le ha venido tan bien. Le vino tan bien no despegarse de mí que, un año después de que Nathan volara a Barcelona para venir a buscarme, pudimos ir a la playa. Tenía unas ganas.

Fue pisar la arena y darse cuenta de hasta qué punto estuvo muerto.

Mojando sus pies sonreía y admiraba el mar, el ir y venir de las olas, la brisa marina y el sabor a sal. Los recuerdos le invadían, mientras tanto. Recuerdos de su infancia junto a su hermano. Y cuando se metió en el agua conmigo y miró a su alrededor se sintió el hombre más libre del mundo. Tanto que follamos como si fuera la primera vez.

Cuando salí del agua también salió agua de mí. Un chorro que para qué.

Que, sí. Que follar dentro de una piscina o dentro del mar es muy erótico, pero el agua que se te mete dentro vale para llenar una botella de litro. Válgame.

Y sobre valer... Un apunte.

De mi ciudad condal vimos todo. También a todos. A todos mis amigos. A Miguel y a Marta, quienes se sintieron incómodos con Nathan por su actitud fría y vigilante, aunque entendieran lo duro que se le hacía luchar contra su mente para comportarse como alguien sin traumas. También vimos a Paco y a Luis, quienes se mostraron muy abiertos y cariñosos con él, aunque él no tanto con ellos. A quienes no vimos fue a Jorge y a Héctor. Y menos mal. No sabría definir cómo

hubiera sido mi comportamiento, en el caso de habernos encontrado. Nathan le tiene tirria a Jorge. No puede ni escuchar su nombre, así que menos mal que estaban de viaje por Asia haciendo gala de sus esculturas. Según Paco, que me habló de lo bien que les iba, no había ni rastro de mi escultura. Por lo visto, alguien la compro a un precio desorbitado para asegurarse ser su único admirador. Ni qué decir tiene que en cuanto Nathan oyó hablar de mi escultura, el rostro le cambió y no dijo absolutamente nada durante más de una hora. Aquello me pasó factura, pero pronto se le pasó el enfado, ya que, según dijo, *“la estatua formaba parte del pasado y el pasado quedó atrás. Ahora, su nueva vida comenzaba a mi lado, y eso era lo único que importaba”*.

Pues bien, para empezar esa vida, la ahora nuestra ya afianzada, no imaginé que ir de un lado a otro en mi *Mercedes* le supondría tal satisfacción, entusiasmo y curiosidad.

Nathan parece un niño estemos en donde estemos, siempre bajo mi amparo y siempre mostrando una personalidad desconocida para mí. Tan romántica y entregada que, al descubrir lo nunca visto, sentido o tocado, se ha vuelto más generoso y más complaciente. Cada día me enamora más y más. Soy tan feliz.

Cada noche observa mi dulce dormir, así lo llama. Sus palabras y la sutileza de sus susurros me hacen olvidar todo lo malo que todavía guarda su alma. Todo lo que nos separó, en su momento. De hecho, él ha dejado de tener pesadillas y mi mal despertar no ha desaparecido, pero ha menguado. Ahora la que sueña soy yo, pero no sé ni con qué.

—¡Rebeka, báñate conmigo!

—¡Te ha llamado Harold. Dice que es muy urgente!

Nathan nada hacia la orilla, enérgico. Al llegar, se alza poderoso y... Madre mía.

Se eriza mi piel. Camina hacia mi posición con la firmeza y determinación que lo caracterizan. Arrastra las manos por su cabeza para peinarse hacia atrás y espolsar el agua del pelo. Y esa agua resbala por su cuerpo, humedeciéndola más, y yo me pongo a mil. Sus ojos me sonríen. Su boca, también. Y tenerlo enfrente de mí, con el mar a su espalda, en su lento andar tan varonil, aumenta mi deseo. Me lo follaría aquí y ahora.

Cómo me pones, Nathan. Cómo me pones en la playa.

Eso hicimos. Ir a la playa todos los días desde que supe que, como a mí, a él también le fascina.

»*Quiero volver a verla. A sentir la arena bajo mis pies. A bañarme en el mar*», dijo al poco de mudarnos al ático, tras años sin sentir el placer visual y táctil del océano.

Desde entonces, no faltamos ni un solo día a nuestro paseo marítimo. A ni uno, aunque helara. A ni uno. Y cuánto me alegro de haber ido en invierno. Y cómo le afectó la sal y la brisa. Cómo cambió su vida estar en la orilla. Qué oscuros fueron sus ojos, maravillosos para mí, al pensar en una isla, sólo para nosotros. Cuánto me alegro de haber venido a Ibiza.

—Tengo arena hasta en las orejas. —dice, ya mi lado, y me besa, antes de llamar a su tío.

Poco después de hacerlo, si lo sé no le digo nada. Menudo cabreo lleva.

Durante diez minutos habla con él, con la mirada clavada en el horizonte. Diez, hablando en inglés mientras moja sus pies. Demostrando que el amor lo puede todo. Y diez minutos tarda en volver la mirada y clavarla en mis ojos.

Y mis ojos dicen... *“prepárate”*.

—Se acabaron las vacaciones. —sentencia, con la frialdad de antaño, y recoge su toalla y la mía—. Tenemos que volver.

—¿Volver a dónde? —pregunto al aire porque él no responde y emprende el camino de vuelta mientras yo lo sigo, apresurada—. ¡Nathan, espera! —grito, pero como si lo hago a una pared—. ¡No me moveré de aquí si no paras! —insisto, sin que me haga caso—. ¡Pues aquí me quedo!

En ese instante se para en seco y se da la vuelta.

—¡Mañana a las diez de la mañana nos veremos en el aeropuerto! —avisa, a grito pelado—. ¡Y no llegues tarde! ¡El señor Andersson no te esperará!

—¡¿Y Junior!? ¿Por qué no viene Junior!?

Sentada en la arena sigo gritándole al aire.

Qué rabia.

Me levanto, me limpio la arena del culo y echo a correr detrás de él.

Respira, Rebeka, respira... Esto ya lo has vivido. Ya sabes cómo se pone cuando se tuercen las cosas.

Respira, Rebeka, respira... Respira un poco más.

—¿Se puede saber qué te pasa? —pregunto al alcanzarlo yendo en dirección hacia el ascensor—. No te comportas así desde...

—Lo sé. Pero es lo que hay. Tenemos que regresar a *La Torre* cuanto antes.

—¿Por qué?

Entramos en el ascensor.

—Tranquila, todos están bien, no te preocupes. Ha surgido un imprevisto y tengo que solucionarlo personalmente. Nada que no pueda arreglar. —dice intentando sosegar mi inquietud y me besa en la frente como cuando le entraba el pánico o evitaba enfrentarse a su puñetero trastorno o incluso a mí.

—No me mientas, Nathan. Sé que ha ocurrido algo y quiero que me lo cuentes.

—Mañana hablaremos. Todo será más sencillo en *La Torre*.

Sencillo..., dice.

Respira, Rebeka... Respira.

Estamos yendo directos al principio. Al punto de partida que dio comienzo a todo. Al lugar que nos vio nacer como pareja.

Tengo un miedo atroz.

Ya no me vale ni respirar.

Sabía que algún día regresaríamos, pero no esperaba que fuera tan pronto. Sólo ha pasado un año. Un suspiro.

—En cuanto lleguemos buscaré una casa en primera línea de playa —aseguro, con firmeza—. No pienso dormir más de una noche en *La Torre*.

—¿Crees que será fácil? —replica, con desaire—. Quizá esa casa debería ser adaptable a mí.

—No se trata de ti, sino de nosotros, y nosotros no podemos revivir...

—Creo que fue eso exactamente lo que nos unió —alega, con cierta ofensa—. Un edificio del que no me he separado en..., ¿toda mi vida?

—¿Lo echas de menos?

—Mentiría si dijera que no.

Que sonría me molesta. Que la nostalgia de sus ojos me observe afianza mi temor.

—En cuanto lleguemos buscaré una casa en la playa.

—Demasiado alejada del centro.

—Me da igual. No pienso ver como vuelves a encerrarte.

—¿Por qué crees que volveré a encerrarme?

—Porque desde que hemos subido al avión estás como feliz, y no lo entiendo.

—Solo echo de menos la rutina. —dice acercándose para darme un beso que le niego—. No tienes de qué preocuparte.

—Eso ya lo veremos. —rebato, con rabia, y me pongo de pie—. De momento, aún no me has dicho por qué volvemos, así que no me vengas con nostalgias porque te aseguro que lo primero que haré será buscar una casa en donde vivir. Y tú, si sabes lo que te conviene, te vendrás conmigo.

—¿Crees que no lo haría? —pregunta, extrañado—. No pienso dejarte sola un instante. Sabes que contigo iría al fin del mundo y sin ti no tengo vida.

—¿Por qué estamos volviendo?

—Erika y Jackson se casan. —revela, y mi asombro es para mi boca un buzón, a juego con mis ojos saltones—. Se supone que te lo tenía que decir ella, pero eres tan cabezota...

—No es por eso. —intuyo al ver en su iris un tono grisáceo que sólo aparece cuando me

oculta la verdad—. Ellos son una razón, pero hay algo más, y quiero saberlo.

Que endurezca la mandíbula y agache la mirada da la razón a mi intuición. A saber qué ha pasado.

—Los Collins han interpuesto una demanda multimillonaria contra la compañía por daños y perjuicios tras la retirada de fondos de algunos de mis clientes siguiendo mis instrucciones.

—¿Y los abogados para qué están? ¿Y Harold y Erika? ¿Por qué tienes que ser tú quien se haga cargo de eso? Si cada vez que haya un problema vamos a tener que volver porque sólo tú puedes solucionarlo, pues, o todos son unos incompetentes o...

—Carol ha salido del psiquiátrico.

—¡¿Qué?!

—Harold dice que soy el único que puede solucionarlo.

—Esto no puede estar pasando...

Vuelvo a sentarme a su lado, pero ni lo toco, aunque él intente agarrar mi mano. Pasan tantas cosas por mi cabeza que no puedo ni pensar, sólo sentir. Y siento tanta mierda que sólo quiero salir de este avión y echar a correr y no parar.

Me cago en la puta.

—Si pacto con los Collins retirarán la demanda.

—¿De qué va esto, Nathan? ¿Qué quieren de ti esta vez? ¿Vas a pasarte toda la vida aceptando sus condiciones para ser una persona normal que vive una vida normal y hace cosas normales?

La azafata cruza de parte a parte el avión, intimidada por la crudeza de nuestro tono de voz.

—A mí tampoco me gusta, pero mi deber es velar por la empresa e intentar no perder tanto dinero como el que nos reclaman.

Me muerdo la lengua, que ya tiene ganas de salir a pasear, con la promesa de liberarla, más adelante.

—En ese caso, buscaré una casa en la playa, te acompañaré a las reuniones con los Collins y me aseguraré de que esa arpía no vuelva a poner sus pies en *La Torre*, porque como lo haga, te juro que no respondo —sentencio—. Y en cuanto todo esto esté solucionado, nos iremos de vacaciones, sin fecha de caducidad.

—Preciosa..., —susurra y acaricia mi mejilla—, busca tu casa perfecta y déjate de reuniones. Te aseguro que en los próximos dos meses vas a estar tan ocupada que no tendrás tiempo para nadie más que para ti. Vas a estar muy entretenida.

—Lo que me faltaba. La defectuosa...

—Olvídala.

—Y dos meses... Casi nada.

—Mírame. —me pide con el rostro serio, pero en actitud cariñosa, y yo le miro a los ojos—. Olvídala.

—Prométeme que después volveremos a Ibiza.

—Te lo prometo.

—Prométeme que te desharás de ellos.

—Te lo juro.

—Prométeme que entrarás en *La Torre* y volverás a salir.

—No hay nada que desee más que entrar y salir. Quiero irme contigo a la playa.

—Prométeme que seguirás siendo...

—Preciosa..., no pienses tanto. Nada volverá a ser como antes, ¿lo sabes, verdad?

—Yo ya no sé nada.

—Confía en mí.

No respondo.

—Rebeka, confía en mí.

—Nathan...

—¿Confías en mí?

—Sí.

—Pues déjate de promesas y mentalízate de que dos meses con Erika darán para mucho.

Erika y Jackson se casan. Sí, puede ser que vaya a estar muy entretenida, pero...

Me cago en la puta.

—¡Rebeka! —grita Erika, al verme.

—Hola, guapa.

Nos damos un achuchón.

—¡Cuánto tiempo! ¿Cómo os ha ido? —pregunta, todavía abrazada a mí—. Tengo muchas cosas que contarte.

—Hasta que hemos llegado todo era perfecto —respondo y la miro a la cara, con cara de poco amigos—. ¿Qué ha pasado?

—Nada importante. Una demanda millonaria, unos cuantos despidos, la búsqueda de un nuevo Presidente para la zona Oeste y...

—Y Carol.

—No te preocupes, Nathan lo solucionará, ¿a qué sí? —le pregunta y lo abraza mientras él observa *La Torre*, desde fuera, con nostalgia.

Lo temo.

—Buenos días. —saluda Jackson, no sin antes besar a Erika y enredarla entre sus brazos.

—¿Cómo estás, amigo mío?

—Perfectamente, señor Moore.

—Jackson, hemos pasado por mucho, deja de llamarme así.

—Me alegro tanto de volver a verte —afirma, y estrechan las manos, con fuerza y determinación—. Tenemos que ponernos al día, Nathan, ¿cenamos esta noche los cuatro?

—¡Claro! ¡Será divertido! —exclama Erika, emocionada.

—Por supuesto —dice Nathan, sin dejar de mirar *La Torre*.

—¿Ocurre algo? —pregunto, preocupada.

—No, preciosa —asegura y me besa.

—Harold está con Steve en tu despacho. —advierte Erika.

—¿Steve?

—Sí, quiere volver a la compañía y, en mi opinión, sería lo mejor dadas las circunstancias.

—Quiero a ese tío fuera de aquí, ya. —impone y se dirige hacia la puerta de *La Torre*, pero no entra—. ¿Vienes, Rebeka?

—Esta noche hablaremos, Erika.

—Ciao, bella. Te deseo mucha suerte con mi primo. Creo que ha vuelto a ser igual de oscuro que este edificio. —acierta y se dirige hacia Jackson, que la espera en el coche.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunto a un Nathan pétreo.

—Si entro...

—Ni se te ocurra continuar la frase o nos vamos.

—¿Volveré a salir?

—Vale, nos vamos.

En mi intento de huida, él agarra mi mano para evitarlo.

—La echaba de menos, pero la tengo delante y...

—¿Por qué crees que no saldrás?

—Me tienta no hacerlo.

Se me acaba de caer un mito.

—Nathan, mírame. —impongo, y él me lleva a la esquina de *La Torre*, en donde se me arrima y me mira a los ojos tan fijamente que creo caer en su abismo visual—. ¿Recuerdas lo que sentiste la primera vez que saliste?

—Sí, jamás lo olvidaría.

—Pues piensa en ese día. Yo estoy a tu lado. Te juro que...

—En cuanto entremos, te follo. —susurra clavándomela y besa y muerde mi cuello—. Me da igual que me estén esperando. Te follaré porque necesito saber que el hombre de entonces solo es un recuerdo.

—Ya estás tardando.

Como si estuviéramos solos en el mundo, Nathan me sube la falda y me mete mano, dos dedos dentro de mí, y me susurra al oído tantas guarradas como ganas de follar. Nada importa hasta que el carraspeo de alguien nos baja de las nubes.

Frente a la puerta de *La Torre* hay un Nathan que mantiene la entereza y el control sobre sí. Al abrir, me invita a pasar por delante de él.

—¡Seños Moore!

—Ralph...

Un abrazo los une.

—¿Cómo se encuentra?

—Muy bien, pero ahora que he vuelto me siento mucho mejor. —dice, aturdiéndome—. Erika me ha dicho que Steve está reunido con Harold.

—Sí, y lo están esperando.

—Está bien, enseguida subo.

—¿Pero tú y yo...

—No tardaré, preciosa. Te juro que no.

Tras besarme se va a su despacho hasta saber cuándo.

¿Todo ha vuelto a empezar o soy yo, que veo en el principio un obstáculo y no un aprendizaje?

—¿Cómo estás, Rebeka?, no lo creerás, pero te he echado de menos.

—Yo también te he echado de menos, Ralph, pero hubiera preferido que nos hubiéramos visto en otro sitio.

—Te entiendo, pero no te preocupes, ahora el señor Moore está contigo y no hay nada que le impida salir.

—¿Estás seguro? —pregunto, y él inclina la cabeza, sin convencerme—. Sé que Carol ha estado aquí, así que esto sólo acaba de empezar.

—Solo fue una visita de cortesía.

—Cortesía... —reitero, con ironía—. Esa no sabe lo que es la cortesía.

Suena el teléfono de recepción.

—Discúlpame, pero tengo que responder.

—Claro, Ralph, luego nos vemos.

Todo ha vuelto a empezar. No es una sensación ni una paranoia. La soledad ha vuelto a mí. Y es tan real como lo fue en su momento.

En mi espacio vital, el solárium me invita a recrearme en un pasado cercano, aunque haya pasado un año. El agua está fría, pero, con tal de quitarme el quebradero de cabeza que me está suponiendo haber vuelto, me bañaría. Tengo la sensación de que se ha detenido el tiempo. De que lo que hemos avanzado no ha sido. De que volveremos a pisar unas baldosas que ya fueron testigo del caminar de un hombre incapaz de poner los pies en este lugar, bajo un cielo abierto.

Tengo miedo de que Nathan vuelva a ser quien fue, antes de mí. De que vuelva a ocultar sus sentimientos y a refugiarse en su trabajo. Miedo de que vuelva a evitarme. De que retome la vida que dejó atrás, por amor a mí. Miedo de que la soledad me consuma.

Y pasa una hora, y me bebe.

Y pasan dos, y me come.

Y a punto de que pasen tres, y me mate, tomo las riendas de la que debería ser nuestra vida.

—Ralph, pásame con Nathan.

—Enseguida, Rebeka.

Tres pitidos después lo tengo al teléfono.

—Llevas demasiado tiempo ahí. Deberíamos salir y dar una vuelta. Acompáñame a Long Island.

—¿Acaso quieres ir a ver a Helen?

—No. Bueno, sí. Iré a verla, pero antes quiero ver algunas casas que han puesto a la venta.

—No pierdes el tiempo.

—Te dije que no pasaría más de una noche aquí. Y como me he cansado de esperarte, he invertido el tiempo en buscar una casa en primera línea de playa y...

—Rebeka. —interpela—. Ahora no puedo. Estoy intentando mantener a los Collins lejos de nosotros, sobre todo, a Steve, pero está resultando más complicado de lo que creí. Necesito más tiempo. Lo entiendes, ¿verdad?

Hemos vuelto al principio. Qué asco.

—Volvemos a la rutina, ¿verdad? La que tanto echabas de menos.

—No seas así. Acabamos de llegar.

—No deberíamos haber venido.

Le cuelgo.

Me cago en la puta.

Voy a tener que recordar quién fui, si quiero que salga de aquí, más pronto que tarde. Por lo visto, ha vuelto a su oscuro e insoportable carácter. Pero yo también.

Dentro del ascensor, me cago en *La Torre*. Bajando a la planta baja, me cago en los Collins. A punto de que las puertas se abran, me cago en Nathan. Y cuando se abren...

—¿Dónde vas, preciosa? —sorprende, entra y aprieta el botón de la planta dieciséis y, a continuación, me empotra contra el espejo.

—¿Ya te has librado de Steve? —pregunto, sin mirarlo.

—No, pero me he tomado un descanso. —dice levantando mi rostro para que vea cómo me sonrío—. No podrás escapar de mí tan fácilmente.

—No estoy escapando.

—¿No? —inquieta y aprieta el botón rojo, que detiene el ascensor, ipso facto, entre la planta catorce y quince—. He dicho que iba a follarte y lo haré.

Me besa con desesperación mientras levanta mi falda y me baja el tanga.

—No tardarán mucho en saber que hay alguien encerrado.

—¿Acaso crees que todo lo dejo al azar?

—No. En *La Torre*, tú mandas. —afirmo, y él sonrío orgulloso según desciende por mi cuerpo y pierde la boca en mi vulva—. Dime que me quieres.

—Te quiero, Rebeka. Te amo con locura. Juro que nunca he sido tan feliz como lo soy contigo, ahora.

Vuelve a mi boca y me levanta del suelo para subirme a horcajadas sobre él y, así, penetrarme tan duro como dura es su mirada. Oscura y febril. Lasciva y cariñosa.

Una y otra vez y una y otra vez me embiste con fuerza. Mi espalda choca contra el espejo. Temo que se rompa, pero el temor se sume al placer.

La largura y dureza de su pene alcanza lugares dentro de mí que de otra manera no lo haría. El orgasmo que me nace es tan intenso como sus embistes. Tan caliente y desesperante. Tan profundo como mis escondites. Y él observa mi rostro extasiado, y lo escruta disfrutando de ver cómo me corro, y en sus ojos intuyo el poder que *La Torre* le infunde.

Es una energía invisible. Atrayente. Su relación personal para con este edificio es mágica y terrible. Una tentación ineludible. Un sentimiento tan arraigado que transforma al hombre.

—Dime que me quieres. —le pido, otra vez, entre jadeos.

—Te quiero, Rebeka. Te quiero, te quiero...

Y se corre como yo, y yo muerdo su cuello y él inclina la cabeza hacia atrás, y yo lamo su garganta y él entreabre la boca, y yo inhalo su aliento y le como la boca según sus ojos regresan a mí y sus dientes muerden mis labios, y él enreda su lengua a la mía.

Y gemir no basta. Y estrechar nuestros cuerpos tampoco para paliar la sensación de temor

que me invade, de repente, por no saber si la fuerza que está ejerciendo sobre este encuentro se debe a sus ganas de mí o al influjo de estar en donde todo dio comienzo.

Lo amo hasta la saciedad, pero que la más pura y profunda soledad regrese a mí, ni el amor que dice sentir es capaz de disiparla.

—Ahora ya puedes marcharte. —dice como *Dios*, al acabar.

—Ahora ya estás en tu lugar.

Golpeo su pecho para que me deje en el suelo y lo empujo para separarlo de mí.

—¿Por qué estás enfadada?

—¿Por qué hemos vuelto?

—Ya te lo dije. Erika y Jackson se casan.

Desbloqueo el ascensor mordiéndome la lengua, por segunda vez, con la promesa de liberarla, en otro momento más oportuno.

Estás que me callo, dice ella.

—Igual duermo en casa de tu tía.

—Rebeka, tienes que volver. —ordena arreglándose el traje de cara al espejo.

—Odio esto.

—¿Qué?

—Que odio este lugar, odio tu torre de cristal y te odio a ti.

Las puertas se abren, por fin.

Con el orgullo por las nubes, la sin razón adueñándose de mi cabeza y mi lengua viperina yendo a la deriva, él mandará aquí dentro, pero fuera yo soy más libre que el viento.

Que me siga si se atreve.

—¡Taxi!

—¡Rebeka, espera!

Mierda. La libertad no es sólo mía. Ahora, también es suya.

Tiene cojones la cosa. Él.

¡Yo qué sé!

Tiene cojones, y punto.

—¡Rebeka!

—¡¿Qué quieres?!, he quedado con la chica de la inmobiliaria y llego tarde.

Abro la puerta del taxi.

—Lo siento.

—¿El qué sientes? ¿Que hayas faltado a tu promesa? ¿Que hayamos vuelto por culpa de los Collins? ¿Que te comportes como un gilipollas y me trates como si fuera tu muñeca? ¿O que no seas capaz de mandar a Steve a la mierda y venirte conmigo a buscar una casa? Dime, Nathan, ¿qué es lo que sientes? Porque yo siento mucho haber vuelto.

Entro en el taxi, cierro la puerta en sus narices y le digo al taxista que me lleve a Long Island,

volando.

Me cago en la puta.

Nueva York parece diferente. Es más oscura y ruidosa. Más triste. Tan alejada de mis deseos e ilusiones que creo estar a años luz de lo que fue para mí, la primera y la segunda vez que vine aquí.

Como vea a Carol...

Mis músculos se contraen de pensarlo. De pensar en lo que le haría. De saber que le tengo más ganas que volver a la playa. De ser consciente de que sería capaz de matarla, a su manera. Metiéndole un pico.

Como me la encuentre...

La agarraré de los pelos, la arrastré hasta el muelle, la ataré a una columna, le meteré un chute tan gordo que morirá de sobredosis y le ataré una piedra gigantesca a los pies y la tiraré al río.

La veré hundirse hasta que ya no la vea y sonreiré, mientras tanto, hasta quedarme tranquila.

Estoy aquí por su culpa.

Nathan está a merced de *La Torre*, por su culpa.

Lo nuestro podría irse a pique por su culpa.

Todo lo logrado parece haber desaparecido por su culpa.

Como la vea...

¿Una casa, una ilusión?

—Buenas tardes, Rebeka.

—Buenas tardes, Rosemary.

—Por aquí, por favor.

Detrás de ella voy, por un sendero paralelo a la playa.

—Como verás, las vistas son espectaculares.

Asiento y miro hacia la orilla, inhalo el aroma a sal que trae consigo la brisa, siento la suavidad de su golpe en la cara, mi boca se alarga y esboza una sonrisa delicada como delicadas rompen las olas, y las dudas parecen disiparse al cerrar los párpados y creer que aquí, lejos del ruido, todo sería diferente.

Mientras tanto, mientras sueño despierta, Rosemary me habla de lo bonito de levantarse cada mañana y ver la playa y las gaviotas y al sol dar la bienvenida.

Al entrar en la propiedad, Rosemary me enseña el jardín con piscina, las dos terrazas, una pequeña casita para huéspedes, y yo la sigo y atiendo a sus explicaciones, sin hacerle mucho caso. Al entrar en la casa principal, se explaya en explicarme la distribución del inmueble mientras recorremos la vivienda, y yo la oigo, pero no la escucho. No porque no me interese, sino porque me gusta lo que veo y me siento a gusto. Noto que hay buenas vibraciones. Me siento tranquila, serena. La casa es abierta, está llena de luz y percibo frescura en ella. Me siento bien. Además, está lejos de *La Torre* y cerca del mar, así que...

—Como verá, está equipada con todo lo necesario para entrar a vivir ahora mismo.

—¿Sería posible alquilarla?

—Los propietarios prefieren venderla, pero es negociable.

Todo es cuestión de dinero.

—Dígame cuánto.

—Once mil quinientos dólares mensuales.

—Le extenderé un cheque.

Que Nathan me añadiera como titular a su cuenta bancaria abierta en España y me hiciera guardia y custodia hasta de su alma, en este momento, me hace sentir muy poderosa.

Ojalá tuviera el poder de cubrir su alma para impedir que se oscureciera. Sin duda, la transformaría. La pintaría de azul. Le daría alas. La envolvería como un regalo a descubrir y a cuidar como lo es la vida.

—Es usted una mujer con las ideas claras. Todavía queda mucho por ver.

—La casa me gusta, además, la ubicación es perfecta.

La firma del contrato es inminente. La entrega de las llaves, también. Como ha dicho, la casa

está preparada para entrar a vivir ahora mismo. Y la cama del dormitorio está sin estrenar y es dos por dos. Esta noche dormiré aquí. Paso de *La Torre*. Por mucha mar que vea, por mucha sal que huela y por mucha brisa marina que sienta, las dudas siguen ahí. El miedo sigue ahí. Intuyo el regreso del Nathan es más hermético, y no me gusta creer que será así. Sólo espero que sepa lo que hace. Yo lo tengo claro: si me quiere cerca tendrá que venir.

Helen vive a tres manzanas. Al llegar, su abrazo me alivia. Me reconforta. También los bollos de Lola. Parece que me huela. Me ha recibido con una bandeja llena. Recién hechos. Me ha oído, seguro.

Helen lleva meses sin ver a su sobrino y quiere saber cómo se ha sentido en el mundo real, así que cenaremos en su casa, y no hay más que hablar, por mucho que Nathan insista en que llegará más tarde de lo habitual.

Qué raro.

—¿No vas a volver? Te estoy esperando.

—¿Para qué? Puedes venir con Erika y Jackson.

—Preferiría que estuvieras aquí. —insiste, mal humorado.

—Pues no estoy, Nathan. Y no pasará nada por que vengas con tu prima y tu amigo.

—No te entiendo.

—Yo a ti tampoco.

—¿Volvemos a lo de siempre?

—Has sido tú quien nos ha traído hasta aquí.

—¿Cuántas veces tendré que decirte que me debo a mi empresa? Que es responsabilidad mía atender...

—¿Ya has acabado con Steve?

—¿Qué te pasa con Steve? ¿Es que solo te interesa si me he desecho de él?, estoy intentando hacerte entender que...

—Lo entiendo todo, Nathan. Pero solo me interesa que echas a Steve y a toda su familia de aquí.

—Pues asunto resuelto, ahora, por favor, ¿vienes a por mí?

—¿No sabes venir tú solo?

—Rebeka...

—Nathan...

—Cuando te pones así te juro que...

—Llama a Jackson.

No hay nada más que decir, así que le cuelgo y me quedo mirando el móvil embobada pensando en que, quizá, me he pasado, pero me cabrea tanto su cambio de actitud que me veo obligada a volver a ser la Rebeka de hace casi dos años. La primera que conocí.

No deberíamos estar aquí. Me prometió que no volveríamos. Que emprenderíamos un nuevo camino lejos del pasado. Por eso lo he dejado con la palabra en la boca. Porque ha faltado a su promesa. Porque se ha encariñado de su edificio. Porque se le nota la terrible necesidad que siente por volver a ser quien era. Y no me gusta.

—La señora la espera en la terraza —sorprende Lola, a la que sonrío sin ganas, porque no tiene la cupa de mi frustración, aunque se me note demasiado que estoy siendo falsa.

Hasta yo me noto la cara de asco que llevo.

Pongo el mantel, y pienso en Nathan. Pongo los cubiertos, y pienso en si será capaz de venir. Pongo las copas, y pienso en ir a buscarlo. Enciendo las velas, y pienso en la posibilidad de que él no recuerde en qué debe pensar para salir, sin que yo esté a su lado. Pongo rectas las sillas, y pienso en que nunca hasta ahora ha salido de ningún lugar sin mi compañía. Me siento en el borde de la piscina y la miro, y pienso en que sabrá buscarse la vida, junto a Erika y Jackson. Abrazo esa idea. Creo en su fortaleza. Y Helen se sienta a mi lado, y pienso en un Nathan anclado a las puertas de *La Torre*, sudando, temblando y envuelto en el miedo más atroz. Entonces, me da por sentirme una mala persona.

Al cabo de una hora llegan todos. Harold y ellos tres. Y a Nathan lo encuentro bastante relajado, a pesar de ser el centro de atención.

La cena, dedicada a su persona, está hecha a su medida. Los Moore están sorprendidos con él. Con su naturalidad, su calma y su manera de desenvolverse como si jamás hubiese sido víctima de agorafobia. Le hacen preguntas que él responde de forma alegre. Sonríen al escucharlo hablar de las sensaciones percibidas allá en donde hemos estado. Aplauden su valentía y lo felicitan, constantemente. Se asombran de su capacidad de adaptación y, de vez en cuando, dirigen sus miradas hacia mí, con cariño y agradecimiento. Mientras tanto, Nathan demuestra su verdadero interior por debajo de la mesa. Me agarra la mano y la aprieta. Intenta no perder el control para no decepcionar a su familia. Descalzo arrastra los pies sobre el césped para no dejarse llevar por el temblor de sus rodillas. Cuenta del uno a diez, en voz baja, cuando los demás hablan, y respira tan profundamente que incluso yo me siento tentada a contar para calmar su ansiedad bien disimulada. Todo hay que decirlo. Y en algún momento se toca el pecho izquierdo como si así fuera a ralentizar sus pulsaciones. Y es que la agorafobia no tiene cura. No es una enfermedad, sino un trastorno mental de consecuencias físicas. De ahí que Nathan siempre esté alerta. Sabe que sentir ansiedad será una constante. Nunca dejará de sentirla. Jamás lo abandonará. Es parte de la vida, de su vida, y en exceso podría volverlo loco. Así se define. Como un loco de por vida, no sólo por ser diferente, sino por ser vulnerable.

»Un hombre solo y encerrado, que creyó estar loco hasta el día en el que descubrió la locura del amor. La suya hacia mí».

—Te quiero —le oigo decir a Jackson, y Erika lo besa en los labios, correspondiéndolo.

Acto seguido, Erika se levanta y me pide que la acompañe.

—Mira.

—¡Menudo pedrusco!

—¡¿A que sí?!

—Ya te digo. Le habrá costado un riñón.

El diamante es más ancho que su dedo. Erika alza la mano y lo pone al trasluz para que vea el brillo y la gama de colores que desprende.

—Entonces...

—Que me caso.

—¡Enhorabuena!

El abrazo que nos damos nos comprime las costillas. Es tan efusivo, alegre y entrañable que somos osas gigantes.

—¡Estoy súper contenta y súper enamorada! —exclama.

—Se te nota.

—Jacky es extraordinario —confiesa con una sonrisa en la boca tan abierta que nada podría borrarla—. Me trata con dulzura, siempre está a mi lado, atento a todo lo que hago, cada dos por tres me besa, me acaricia, siempre sabe qué quiero y cómo lo quiero. Folla como *Dios*, y es tan encantador, tierno, cariñoso y...

—Te quiere, Erika, Jackson te quiere desde hace...

—Y yo a él, Rebeka. Es lo mejor que me ha pasado. No entiendo cómo he podido estar tan ciega. Pero ahora lo sé. Sé que haría cualquier cosa por mí. Y lo quiero tanto... Por eso nos casamos, ¿para qué esperar? Los dos estamos enamorados, además, me lo pidió y yo le dije que sí, sin pensar.

—Como todo lo que haces.

—¿Crees que he hecho mal? —pregunta, con una cara de susto que para qué.

—No, Erika. Perdona si no me he expresado bien. Jackson y tú sois la pareja perfecta, y me alegro muchísimo de que deis este paso. —aseguro y la vuelvo a abrazar para calmarla.

—Soy tan feliz que sólo puedo desearte mi misma felicidad. Gracias a ti mi primo vive una vida de verdad. Sólo espero que no dé pasos hacia atrás.

—Yo solo quiero irme muy lejos con él y no volver.

—Hasta el día de después de mi boda, nada —sentencia, con su dedo inquisidor en mis narices.

—No pensaba hacerlo antes.

—Tampoco podrías. Eres mi dama de honor.

—¡¿Qué?!

—Pues eso. Que tendrás que organizar una boda para seiscientos invitados, dar un pequeño discurso, elegir los vestidos de mis amigas, ayudarme a comprar los regalos, también mi vestido, organizar la despedida de soltera y asegurarte de que Bea y mi madre no llenen las mesa de flores y chorradas y parafernalias de esas que tanto odio.

—Joder, Erika...

Se me acaba de caer el mundo encima. Y pesa...

—¿No quieres ser mi dama de honor?

—Sí que quiero, pero no es necesario que yo lo organice todo. Podríamos hacer reparto de tareas, ¿no crees?

—No quiero nada convencional. Me conoces y sabes que lo escandaloso pero romántico me encanta, así que tú eres la más indicada para organizar mi boda, además, contigo al frente estoy segura de que todo saldrá tal y como yo deseo.

—¿Solo yo? ¿De verdad que no hay nadie más?

—No puedes negarte. Nathan es el padrino, aunque todavía no lo sabe, y ni idea de cuándo se

lo dirá Jackson, pero si mi primo está en esto, tú también.

—No sé ni por dónde empezar...

—Tú tranquila. Solo tienes que seguirme —añade en un tono tan alegre, pero angustioso para mí, que me estoy agobiando de pensar en el marrón en el que me ha metido.

De hecho, Erika lleva tal entusiasmo encima de vuelta a la mesa que no puedo imaginar cómo de loca me va a llevar.

Tú sólo déjate llevar por mí, me dice.

Como si fuera tan fácil.

Ella y sus compras. Dos meses, ella y sus compras.

Respira, Rebeka, respira...

—Siento interrumpir. —dice Jackson golpeando su copa, suavemente, con la cucharilla—. Tengo que anunciaros algo.

—Tenemos —rectifica Erika, y él besa su mano, la mira encandilado, y ella lo besa en la boca.

—¡Dejad de magrearos y hablad!

—¿Envidia, Junior? —replica Erika—. ¿Todavía no has encontrado a nadie que te soporte?

—Ninguna que valga la pena.

—Será eso...

—Creo que Jackson quería anunciar algo importante.

—Gracias, Harold —asiente él—. Como decía, Erika y yo tenemos algo que anunciaros.

—¡Ay!, qué alegría hija...

—¡Déjalo hablar, mamá!

—Nathan — nombra y lo mira a los ojos, y Nathan se sorprende y se extraña, al mismo tiempo—. Tengo que pedirte lo que nunca imaginé, pero me alegro de confiarte mi honor, en este gran día.

—Jackson...

—Lo sé, Nathan, sé que lo sabes y que no es costumbre hacer esto, pero Erika lo desea y, dadas las circunstancias, eres el más indicado.

—Te equivocas, creo que Harold debería hacer los honores.

—No, primo. Eres tú —sentencia ella.

Y llévale la contraria.

—Está bien. Dime qué puedo hacer por ti, amigo mío.

—Deseo casarme con Erika. Pasar el resto de mi vida con ella. Deseo a la única mujer de la que he estado enamorado desde el primer día que la vi. Nathan Moore, te pido su vida, su mano. Te juro que la amaré y la respetaré hasta el último día de mi vida. Nos gustaría recibir tu bendición y que seas tú quien la lleve al altar, con la confianza de que tu amigo, tu mejor y más fiel amigo, la cuidará y protegerá hasta que la muerte me lleve.

—Oh, Erika...

Helen se levanta y los abraza mientras llora. Lola llora y aplaude. Bea llora y agarra la mano de Harold, que asiente la forma en la que Jackson ha confesado su amor, con admiración y orgullo. Junior lo está flipando, aunque se alegre por ellos. Y yo lloro y miro a Erika y la encuentro tan feliz.

Nathan, mientras tanto, está más blanco que el papel. Le tiemblan las manos. En su frente hay una fina capa de sudor. Y arrastra los pies sobre la hierba y le impiden levantarse. Ya no digo las rodillas.

—Primo..., ¿vas a decir algo o qué?

Erika lo mira con una incertidumbre penosa y sorprendida.

—No me lo esperaba —responde, incrédulo—. Esto no me lo esperaba.

—Pues nosotros estamos esperando tu respuesta —espeta Helen.

—Claro, perdonadme.

Alzando su copa se pone de pie y se dirige hacia ellos, que lo observan expectantes. Como todos. Se sitúa entre los dos separando sus manos. Mira a Jackson y le sonríe. Mira a Erika y también le sonríe. Asombrándonos, los abraza y les dice algo que nadie escucha, excepto ellos, que ríen y dan a pensar que la respuesta de Nathan será afirmativa.

—Erika, Jackson, tenéis mi bendición. Confío en ti, Jackson, siempre lo he hecho. Y ahora me pides la mano de mi prima, y yo no puedo negarme. —afirma, feliz, y une sus manos—. Juro que la llevaré hasta ti, el día señalado.

Lo siguiente es lo esperado. Aplausos, lloros, risas, alegría, habladuría, entusiasmo, besos, abrazos, confesiones...

Este es uno de esos momentos a recordar.

Los nervios que se apoderan de mi estómago, también.

Dos meses, ella, sus compras, yo de dama de honor, Nathan de padrino. No sé si pensar, sentir o respirar.

—Será aquí. —sentencia Helen, de repente—. Si os parece bien —añade, comedida.

—Claro, mamá. Pero que sepas que esta será la única decisión que te dejaré tomar. A partir de ahora, para todo lo que quieras saber u opinar sobre la boda, díselo a Rebeka. Ella manda.

Y me señala con su dedo inquisidor, y la tierra me engulle.

Madre mía... La que me espera es tremenda. Lo bueno es que, conociendo a Erika, si quiere despiporre, despiporre tendrá.

—¿Podemos hablar? —me pregunta Nathan, con ojos temerosos y el rostro pálido.

Al asentir, repleta del miedo que él está sintiendo, agarra mi mano y me lleva hasta el jardín de la entrada.

—No creo que pueda hacerlo.

—¿El qué?, ¿llevar a tu prima hasta Jackson?

—Sí. Creo que yo no soy el más indicado.

—¿Por qué no?, ¿qué temes?

—Caerme, sudar, temblar, no poder caminar y sentir que todo el mundo me mira y se da

cuenta que no sé controlarme.

Para no dejar a mi lengua decir que no tiene sentido sufrir antes de tiempo y que él crea que me estoy burlando de su miedo, cuento hasta cinco y cambio de tercio.

—Ya he elegido nuestra casa.

—¿Me has escuchado?

—Sí, perfectamente. —aseguro, ante su perplejidad—. Pero no pienso hacerte caso. Ya has superado tu trastorno y, ese día, cuando estés al lado de tu prima, lo harás muy bien. Serás capaz de llevarla hasta Jackson. Estoy segura, así que no lo pienses.

—Que no lo piense... —murmura, incrédulo, y se lleva las manos a la cara y se la restriega mientras se sienta en los escalones—. Qué fácil lo ves todo.

—Lo dije y lo he hecho. La casa es preciosa. Está en primera línea de playa, no muy lejos de aquí, y es perfecta para nosotros, sobre todo, para ti.

—Y tú con la casa...

—Esta noche dormiremos allí. Espero que te guste.

—¿Esta noche? ¿Cómo que esta noche? ¿Por qué tan pronto?, mañana a primera hora tengo una reunión y...

—Y un nuevo chófer que perderá el culo por recogerte estés donde estés, así que no me pongas la excusa de la distancia. No pienso volver a *La Torre*. Te dije que no dormiría allí y no dormiré allí.

—Que perderá el culo...

—Sí, el culo. Creo que es gay.

—¿Gay? ¿Y tú cómo lo sabes?, solo lo has visto una vez.

—Es gay, Nathan. Te miró de una manera...

—Hablemos de la casa —interpela, y yo me echo a reír, según él se levanta como si le quemara el culo, vuelve a agarrarme de la mano y tira de mí para que volvamos a la mesa, en donde todos brindan por los novios.

Dos copas de champagne después, nos despedimos.

—Felicidades, Jackson.

—Gracias, amigo. Por fin Erika será sólo para mí.

Mientras se abrazan, Nathan me mira a los ojos y me hace un guiño tan encantador como la manera en la que me observa.

—¿Mañana me acompañarás a la boutique? —me pregunta Erika, entusiasmada—. Tengo que enseñarte los vestidos de novia que he elegido y te necesito.

—Soy tu dama de honor, ¿no?

—¡Voy a casarme! ¡¿Te lo puedes creer?! ¡Yo, no!

Da saltitos mientras ríe, y salta y ríe y salta y ríe y salta y...

—Querida prima... —dice Junior, y Erika lo mira con un amor tan radiante como ella—. Seguramente me acompañe una amiga. No debería importarte, pero ella...

—¿En serio, Junior? ¿Serás capaz de presentar a tu novia a la familia, de manera tan oficial?

—No es mi novia, solo es una amiga.

—No importa. —interpela—. Estoy deseando conocerla. Te quiero, primo.

Menudo beso le planta en la mejilla.

Junior intenta quitársela de encima como si ella estuviera ensuciando su reputación. Ríe, mientras tanto, y ella aprieta más en su beso, tan fuerte.

—Si me sueltas podré verla. Hemos quedado.

Erika lo libera, ipso facto.

—Nathan, cuídala. —le pide Junior, señalándome—. No sabes lo que tienes.

—¿Qué crees que hago todo el tiempo?

—Hermanito..., no deberías haber vuelto.

Su aviso me espanta, y a Nathan lo transforma en el dueño de *La Torre*. Inmóvil ve cómo Junior se marcha. Endurece la mandíbula y aprieta mi mano, sin decir nada. Pero no hace falta. Yo sé lo que piensa. Lo mismo que yo. Que su miedo a salir ahora es mi miedo porque no salga.

Creo que este temita será la tónica de nuestras discusiones.

No deberíamos haber vuelto.

—¿Y ahora qué?, no tenemos coche. —dice, ya fuera de la propiedad—. ¿Ves?, si hubieras vuelto a *La Torre*...

—La casa está aquí al lado. Iremos paseando.

—Claro. Cómo no...

Con su brazo sobre mis hombros...

—Cuéntamelo.

—¿El qué?

—Lo que te ha pedido Steve. La razón de estar aquí.

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

—Es tarde, tengo que ultimar los detalles de la reunión de mañana, y tú has alquilado una casa que no conozco y que tendré que escrutar hasta que me sienta seguro para seguir con mi vida.

—¿Tu vida?

—Sí, mi vida y mi trabajo.

—Tu vida y tu trabajo... —repito, con desdén—. Está bien, ya hablaremos en casa.

Seiscientos metros más adelante...

—Es esa. —digo señalándola.

—Es muy grande.

—Sí, pero no la escogí por eso. —señalo el mar—. Era la única disponible en primera línea ¿te gusta?

—Sí, pero está muy lejos del centro.

—A una hora. No es tanto. Además, se supone que no tienes por qué ir a *La Torre*. Estamos de vacaciones, ¿recuerdas?

—Rebeka, durante al menos unas semanas estaré bastante ocupado y lo que menos necesito es estar perdiendo el tiempo yendo y viniendo.

—No lo perderás. Esta casa es la mejor para ti y para la superación de tu trastorno, por completo. Lo entiendes, ¿verdad? Si nos quedásemos en *La Torre*...

—¿Sigues pensando en que no saldría? ¿Que volvería a encerrarme?

—Eres tú quien me preguntó antes de entrar si serías capaz de volver a salir.

—¿Se puede saber qué te pasa?, desde que te dije que debíamos volver estás enfadada conmigo, no has sonreído ni una sola vez y no dejas de reprocharme que...

—Ven, pasa. Te la enseñaré.

—No. —impone, cerrando la puerta—. Querías hablar, pues hablemos.

Yendo hacia la orilla de playa, aunque se muestre enfadado y aunque yo me deje llevar por el orgullo herido, me gusta el momento y el lugar para discutir un tema tan peliagudo. No sé, pero

me pone. Y si además él se desnuda y se mete en el agua, no me pongo, no, me arden hasta las cejas.

—Íbamos a hablar, no a bañarnos. —comento y sonrío, sin perder el orgullo.

—Podemos hacer las dos cosas. —cree bien, y cómo me gusta—. Ven conmigo, preciosa.

—¿Si voy me contarás qué quieren los Collins? —pregunto mientras me desnudo.

—Sí.

—¿Y también qué coño quiere la defectuosa?

—Sí, también te lo contaré.

—Está bien.

Mientras él se zambulle yo entro en el agua.

A su lado no importan los Collins. Ni siquiera que Carol haya salido del psiquiátrico en solo siete meses debido a la presión ejercida por su familia para tenerla en casa medicada.

Al lado de Nathan nada importa porque en la playa, el lugar que más le gusta y despierta su curiosidad, se siente libre y de verdad. Así que la visita de cortesía de Carol solo fue una llamada de atención, por lo visto, a escondidas de su padre, y no volverá a repetirse porque los Collins se han comprometido, con el beneplácito de los médicos que la tratan, a mantenerla bien alejada de Nathan y de todo lo que concierne a la empresa.

—No te preocupes por ella. —dice acariciándome.

—Eres tú quien me preocupa.

—Solo serán unos cuantos días de negociaciones. No pienso estar alejado de ti más tiempo del que soy capaz de soportar. Y ya sabes que no aguanto mucho.

Un beso en mis labios, y sus manos ya las tengo en el culo y me arriman a él.

—Me prometiste que no volveríamos.

—En dos meses nos marcharemos. —susurra sobre mi cuello.

—Se supone que íbamos a estar solos viajando por ahí.

—Y lo haremos, preciosa.

Un mordisco, y su mano tira suavemente de mi pelo para inclinar mi cabeza hacia atrás.

—Estábamos tan bien en Ibiza...

—Compraremos una casa en la isla.

—¡No quiero una casa! —exclamo ofendida y le aparto la cabeza de entre mis pechos.

—¿Y qué quieres, Rebeka?

Me sube a horcajadas sobre sus caderas.

—Prométeme que no cambiarás.

—Prometido.

—Prométeme que, en una semana, solucionarás todos tus problemas.

—Será complicado.

—Prométemelo.

—Prometido.

—Prométeme...

—Demasiadas promesas. —replica y me hunde en el agua y, al salir, lo encuentro mirando el océano que, en calma y oscuro, no permite ver más allá de una delgada línea que, además de ser casi transparente, me separa de él—. Algún día compraré un barco —le habla al mar—. Uno como el que vimos en el puerto de Barcelona.

—¿Como el del Jeque? —recuerdo, ya a su lado, abrazándolo por detrás—. ¿Ese gigante de tres pisos?

—Sí. Uno muy grande. Una casa flotante en donde vivir, pasear y admirar el mar, totalmente relajados, ¿te gustaría?

—Sabes que sí.

Beso su espalada, y él acoge mis manos entre las suyas para llevárselas a la boca y besarlas.

—Me gustaría dar la vuelta al mundo en barco —confiesa.

Con su piel erizada, mis pechos acariciándola, mi boca besándola despacio y mis manos sobre sus caderas, que se giran para dejar su pecho contra el mío, sus ojos en los míos, su boca en la mía, y mis manos en su músculo más duro y potente, despuntar hacia la luna entre sal y espuma rompe la noche y enciende el agua. La sal duerme en un cuerpo de dos almas, en una noche de estrellas terrenales de un cielo nuestro.

Para nosotros, amar y vivir siempre van en gerundio.

Sexo. Lo único que nunca nos ha faltado. Sexo sin más o con amor. Con más amor que nunca. Sexo sin palabras. Con miradas profundas llenas de ímpetu y de intensidad furiosa.

Sexo. Lo que primero nos unió. La expresión del deseo. Lo que nos mantuvo unidos estando separados. Lo que nos empujó a lo imprevisto. Lo que fortaleció nuestra relación.

Sólo sexo.

—¿Sonreirás? —pregunta y jadea—. Prométeme que reirás.

—Prometido.

—Mi amor por ti es tan sincero y real como el deseo que siento por ser padre contigo.

Un nudo nace en mi estómago y sube por mi laringe hasta alcanzar mi boca, en donde lo retengo y me lo trago, aunque el estado alarmante de mi cabeza me suplique sacarlo de dentro de mí, de alguna forma. Gritando que no, por ejemplo. Que no me siento preparada para ser madre. Que no puede decirme estas cosas, sin antes hablarlo. Que me siento presionada.

No estaría mal, dice mi corazón.

Déjate, que con lidiar con su mayor necesidad ya tenemos bastante, opina mi mente.

Y gimo, y el nudo desaparece por arte de magia. Y él me abraza fuerte y me dice que me quiere y se corre, sin desviar la mirada de mi rostro.

Tras darme un pico sale de mí y se hunde en el agua. Yo lo imito, necesitada de enfriar mi cabeza.

Un pensamiento se apodera de ella, mientras tanto.

La última vez que me tomé las anticonceptivas fue antes de ayer. Llevo más de treinta y seis horas sin tomármelas. ¿Cómo he podido olvidarlas?

En cuanto llegue a casa...

¿Y si te las dejas? Sugiere mi corazón.

No la lées. Replica mi cabeza.

¿Y si pruebas a ver qué pasa? Insiste mi corazón.

¿Y qué crees que pasará, ingenuo? Espeta mi cabeza.

¿Y si lo hablas con él a ver qué le parece? Pregunta mi corazón, con entusiasmo. De hecho, late con fuerza.

¿Es que estás sordo? A él le encantaría, y ella no está preparada. Acierta mi cabeza, y me incita a pensar.

La que no está preparada eres tú. Sabes que pasarías a un segundo plano, y odias no saciar tus caprichos con endorfinas y dopamina. Asegura mi corazón, y me incita a soñar.

Olvídalo, Rebeka. Sentencia mi cabeza.
Qué bonito sería. Se ilusiona mi corazón.

Ya en casa, en la cama, sueño con que somos tres, y mi corazón late desbocado mientras mi mente cortocircuita.

—Buenos días, Nathan.

—Steve...

—Rebeka, tan espléndida como siempre. —me saluda y besa mi mano, sonrojándose—. No has cambiado nada. Diría que estás...

—Steve, no me obligues a echarle —increpa Nathan.

—Discúlpame, solo pretendía ser educado.

—Al grano, Steve. No tengo todo el día.

—¿Ya has pensado en mi propuesta?

—¿Qué propuesta? —pregunto.

—Buenos días, siento llegar tarde. —saluda Harold, que se sienta a mi lado—. ¿Me he perdido algo?

—Por lo visto una propuesta. —comento mirando a Steve, que me sonríe y me hace un guiño, mientras Nathan habla en voz baja con su tío—. ¿Qué te traes entre manos?

—Nada que no vaya a beneficiar a la compañía.

—¿Y qué me dices de tu hermana?

—Tengo una respuesta. —interpela Nathan—. Estoy de acuerdo en que hay que nombrar a un nuevo presidente para la zona oeste.

—Y no hay nadie mejor que yo para ocupar ese puesto.

Alucino. Nathan parece pensárselo. Harold parece dudar, aunque se muestre diligente. Y entre tanta condescendencia me hierva la sangre.

—No creo que sea buena idea —opino, y Nathan me dirige una mirada de reproche.

Por lo visto no tengo ni voz ni voto. Después de todo lo que hemos pasado soy invisible. Qué fuerte.

—¿Me acompañas, por favor?

Nathan me invita a salir de la sala de juntas.

Tras cerrar, rodea mi cintura con sus brazos, acaricia mi mejilla y entenece el gesto.

Está eligiendo las palabras adecuadas. Me lo dice su manera de respirar. Es idéntica a la que adopta antes de salir a la calle.

—No quiero que regrese, pero la situación en la que nos encontramos es complicada y la mejor manera de apaciguar los ánimos de la zona oeste del país quizá pase por nombrarlo presidente.

—Me parece increíble que estés barajando esa posibilidad, después de todo lo que hemos

sufrido por culpa de esa familia.

—Hacía mucho que no te veía así.

—Así ¿cómo?

—Tan sonrojada.

—No cambies de tema.

—Esta noche te recordaré algo.

—Como si estar aquí no me recordara lo peor de ti.

—No tengo tiempo para esto.

Ese hombre de *La Torre* que dejó atrás ha vuelto para quedarse. Y lo temo.

—Si estás de acuerdo, Steve, sopesaré tu propuesta y te comunicaré mi decisión en cuanto evalúe los pros y los contras de tu posible regreso a mi empresa.

—Estoy de acuerdo, pero no te demores. Tus clientes del lado opuesto del país esperan soluciones, y les prometí que regresaría con ellas. Espero que lo tengas en cuenta.

En el *hall*, mientras Nathan recoge algunos mensajes que le han dejado en recepción, Harold, Steve y yo salimos afuera.

—¿Serías tan amable de acompañarme hasta el coche?, solo será un minuto. —me pregunta Steve, y yo accedo.

—¿Qué quieres?

Al mirar hacia *La Torre* veo a Nathan observándonos desde dentro.

—¿Cómo estás?

—¿Qué cómo estoy? —repito—. Muy bien, ¿por qué me lo preguntas?

—Porque te incomoda mi presencia.

—No sé de qué te extrañas, después de...

—¿Sabes? —interpela—. Estás muy guapa cuando te enfadas, y el bronceado de tu piel...

—¿Qué quieres, Steve. —impongo separándome de él, que ya estaba demasiado cerca de mí.

Al mirar hacia *La Torre*, Nathan no se ha movido un ápice.

¿Por qué no sales?

—Todavía le cuesta dar ese paso —opina Steve—. El tiempo es su aliado, supongo. —añade—. Quiero contarte algo antes de que lo haga él.

Mi atención es toda suya. Mi extrañeza, también.

—¿Un complot para deshacerte de él?

—Nada de eso. Sólo quería que supieras que mi hermana ha regresado a casa.

—Debería estar en un psiquiátrico.

O muerta.

—Sé que la odias —acierta—. Sé que odias a toda mi familia, incluso a mí, aunque yo no tuviera nada que ver con lo que ella te hizo. Jamás imaginé que mi hermana fuera capaz de hacer algo así —confiesa—. Por eso quiero pedirte disculpas. Lo siento, Rebeka. Siento mucho lo que

te hizo, y me alegro de que estés sana y salva.

—Disculpas aceptadas.

Intento irme, pero me para.

—Hay algo más.

—¿El qué?

—Formaré parte de la compañía. —asegura—. No seré socio, pero me haré cargo de la zona oeste.

—Eso dependerá de lo que decida Nathan.

—Nathan ya lo tiene decidido. La semana que viene se lo comunicará a mi padre, después de ver a mi hermana.

—No es cierto.

—Sí lo es, y te pediré que no vayas con él.

—¿Qué!? —exclamo, perpleja.

—Solo será un viaje de ida y vuelta, seis horas máximo.

—¿Qué coño dices?! —grito y me dirijo hacia la entrada de *La Torre*, en donde me quedo mirando a Nathan con tanta rabia como impotencia siente él para salir—. ¡Estáis todos locos! ¡Tú también, Nathan Moore! ¡Tú también estás loco!

—Rebeka...

—Lárgate, Steve. Lárgate y no vuelvas.

Mi sentencia lo mete en el coche y a mí me lleva al interior de un edificio que odio con toda mi alma.

Soy una pantera hambrienta de respuestas. Soy de azabache como los ojos del hombre que me alimentará. Soy la noche cerrada. Igual de oscura.

Soy una pantera que busca saciarse y no encuentra a su presa. Pero sigo su rastro y lo encuentro en el único lugar de *La Torre* en donde yo soy la dueña de todo. Mi espacio vital.

Tengo una lengua que está harta de callar.

—Antes de que hables debes saber algo —adelanta.

—Tienes tres segundos.

—Carol quiere disculparse.

—Me importa una mierda lo que quiera esa loca.

—Si voy a Washington y la escucho, los Collins retirarán la demanda.

—Y...

—Y tú no puedes venir.

—¡Ja!... —espeto alzando los brazos, incrédula—. ¿Ya no te da miedo volar?, ¿ya eres capaz de ir solo a cualquier sitio?

—No digas tonterías. Sabes que no sé hacer nada solo, a no ser que esté en *La Torre*. Harold y Jackson me acompañarán, Sólo tengo que escucharla, aceptar sus disculpas y volver a Nueva York.

—Y yo no puedo ir.

—Es lo mejor, preciosa.

—No me llames preciosa. No estoy para preciosas ni para disculpas. —sentencio, me sirvo una copa de vino y me la bebo de un trago, y me sirvo otra—. Desde que llegamos todo son problemas. Con lo bien que estábamos, joder...

—¿Crees que me gusta esto? ¿Que me gusta verte enfadada todo el tiempo y con cara de asco?

—Si quieres te digo por qué tengo esta cara de asco.

—Ya sé por qué, pero me prometiste que sonreirías.

—Y tú que no volveríamos a este maldito edificio.

Nuestro cruce de miradas es como la de los forajidos de un western. Si tuviéramos un arma estoy segura de que nos batiríamos en un duelo a muerte. Ninguno dará su brazo a torcer. Ninguno se rendirá.

—Yo iré.

—Me gustaría decirte que sí, que vendrás conmigo, pero no puedo. Esto he de hacerlo solo.

Su tono de voz es tan diferente a lo que expresan sus ojos que no sé si bajarme del árbol para ver las ramas o seguir en lo más alto para salirme con la mía. Sin embargo, es tan mordaz la oscuridad de su mirada que me impone.

—Déjame acompañarte, te juro que no hablaré. —le suplico, y él, cabizbajo, vuelve a decirme que no, en un susurro—. ¿Por qué?, ¿acaso te lo ha pedido ella?

—No.

—¿Entonces?

Su respuesta comienza con alzar la barbilla para mirarme a la cara. A los ojos que esperan un sí y sólo ven en los suyos la humedad de la pena.

—Porque te hizo daño. Porque yo me comporté como un inútil y fui incapaz de ir a buscarte. Porque si Jackson no llega a tiempo no sé lo que te hubiera pasado. Porque te marchaste rota en mil pedazos por su culpa. Por la mía. Yo soy el único culpable de lo que sucedió. Porque no la has vuelto a verla y...

—Y tú tampoco.

—No. Yo tampoco. Pero yo no soy tú. Y si escuchar lo que tiene que decir solucionará los problemas que está causando me siento obligado a escucharla. Además, ha asistido a las terapias y seguirá haciéndolo, regularmente. Está medicándose, ha dejado la heroína y seguirá cumpliendo el protocolo marcado por los médicos. Por su psiquiatra. Pero lo hará en su casa, con su familia. Solo necesita hacer algo más para pasar página y empezar de cero.

—Esa zorra no se curará nunca.

—Rebeka sé objetiva.

—Lo único objetivo de todo esto es que está loca y debería estar encerrada en un psiquiátrico de por vida.

—¿Ves como no puedes acompañarme?, no ves más allá de tu rencor. No lo has superado. Te sigue doliendo. Tienes una herida tan grande que eres incapaz de ser sensata. Por esa razón debo

hacer esto solo, porque si vienes conmigo lo único que vas a conseguir es que discutamos, que te alteres, que a mí me pongas nervioso e incluso que le hagas cualquier cosa a ella.

—Sin duda lo haría. Hasta tengo un plan.

Sonrí en plan *Maléfica*, al recordar el rollito de la piedra en sus tobillos mientras se hunde en el río, aún viva.

—Se acabó. No hay nada más que hablar. Tú te quedas. Está decidido.

—¡No!

—Sí, Rebeka. Te quedarás con Erika y la ayudarás con su boda.

—No he hecho otra cosa desde que llegamos. Y se me está haciendo eterno. Y encima tú has vuelto a ser el Nathan de hace dos años. Pasas horas encerrado, trabajando y sin tiempo para nada más que no sea estar en este maldito...

—Este maldito edificio.

—Exacto.

—¿Por qué odias *La Torre*?, siempre te gustó.

—Porque ahora que por fin somos más o menos normales hemos vuelto al principio.

—Me prometiste no enfadarte.

—Y tú que...

—No soy el único que rompe sus promesas.

Respira, Rebeka respira... Respira, otra vez.

—No quiero que vayas a ver a Carol. Todo es culpa suya.

—Perderé mucho dinero si no lo hago.

—Tienes dinero de sobra.

Ahora es él quien respira.

—Ven, siéntate aquí —me pide dando golpecitos sobre la barra.

—Por favor, no vayas.

—Rebeka... —susurra y alza mi barbilla—. No llores, por favor.

Su beso no me consuela, pero su cariño me alivia.

—Dime que no irás.

Que recoja las lágrimas que resbalan por mi rostro, que me bese en los labios, que entrecierre los ojos, que agarre mis manos y me sonría no responde a mi petición. Tampoco que me lleve en volandas hasta la cama, me tumbe sobre ella y él se adhiera a mi cuerpo y me abraze. Que bese mi cuello y me susurre al oído que no puede vivir sin mí, ni mucho menos es lo que quiero escuchar, aunque me guste escucharlo. Y que se le ocurra sugerir que olvide a Carol sólo reafirma su intención de seguir con sus planes, en contra de mis deseos.

Sólo hay silencio entre nosotros.

Soledad e impotencia.

Incomprensión y rabia.

Y lloro a escondidas y sufro de invisibilidad.

Me cago en la puta...

En la cama, tras haber hecho el amor...

—Le he dicho a Junior que organice un viaje a Bahamas.

—¿Para nosotros?

—Para toda la familia. Después de la boda pasaremos unos días en las islas.

—Ah... —expreso, algo decepcionada.

—He contado con tu madre y con Alfonso. Supongo que les habrás llamado para decirles que están invitados.

—Sí.

—Perfecto.

—¿Ese viaje es tu regalo de boda?

—No.

—¿Y cuál es?, todavía no me has dicho nada.

—Todavía no lo tengo claro.

—Pues se te va a echar el tiempo encima.

—Aquí lo único que se echa encima soy yo sobre ti —dice y se tumba sobre mí, y se pone tan duro, que el tiempo puede esperar tumbado, sentado, de pie o como le dé la gana—. En Bahamas será como en Ibiza. —confiesa y me besa—. Como si no nos hubiésemos ido. —añade y arrastra su lengua por mi cuello, por mi esternón, por mi ombligo—. Como en tu sueño.

Y en mi *Monte de Venus* me hace cosquillas.

—Nathan...

—Dime, preciosa.

Cinco segundos pensando, y sus ojos, llenos de incertidumbre, se clavan en los míos

—Eso de tener un bebé...

—¿Sí? —interpela con un entusiasmo tan expectante como demoledor para mí.

—¿Iba en serio?

—Me encantaría ser el padre de tus hijos —asegura, y su lengua alcanza mi vagina.

—Mis hijos...

—Tres, cuatro, cinco...

—¡Cinco! —exclamo y agarro su rostro para que me mire a la cara—. Ni de coña.

—¿Cuántos quieres?

Ni que fueran patatas.

—De momento, ninguno.

—Pero lo piensas.

—Lo pienso porque no es la primera vez que me lo dices y creo que vas muy rápido.

—Después de lo vivido, no lo creo, pero si hay que esperar esperaré. Eso se me da muy bien.

Pues deberás ser como el tiempo y esperar sentado.

Y sentado no espera. Espera hundiendo su lengua en mi vulva, hundiendo sus dedos en ella y hundiendo mis jadeos en el aire, testigo de cómo los dos nos hundimos el uno en el otro.

Entretanto, creyendo que estaría aquí, resulta que estoy allá.

¿Desde cuándo no me visita doña menstruación?

Tengo un retraso de doce días. Nada de lo que preocuparse, aunque jamás se me haya retrasado. No me duelen los ovarios ni los riñones. Nada de lo que preocuparse, aunque siempre me duelan como aviso de su venida. Ni siquiera me duelen las tetas, aunque siempre se me hayan hinchado antes de que la señora pelirroja saliera de mí. Tampoco tiro flujo. Nada de lo que preocuparse, aunque siempre manche las bragas un par de días antes de que me baje.

Yo creo que todo está bien. Seguro que mañana me baja la regla.

¿Tú crees?, pregunta mi cabeza, ¿estás segura?... Olvidaste tomarte la píldora y no has vuelto a tomártela, desde que llegaste. Insiste, la impertinente.

Calla, coño.

Este corazón mío...

—¿En serio vas a elegir ese?

—¡Pero si has dicho que va conmigo! ¡Que es perfecto para mí! ¿No te gusta? ¡Mira que me caso dentro de un mes! ¡No me hagas dudar!

—No es eso, Erika. Es que creo que se sale de lo habitual.

—¿Yo soy normal? —pregunta señalándome con su dedo inquisidor—. ¿Yo soy normal? ¿A que no?

Ella se lo guisa y ella se lo come.

—No, Erika. Tú eres muy especial.

—Pues como este vestido.

Dicho, avisa a la dependienta para que tome nota de los arreglos. Entretanto, sus seis amigas me ponen de los nervios.

Qué histéricas.

No son nada discretas. Beben champagne como si fuera agua mientras se prueban decenas de vestidos, uno tras otro, cada cual más extravagante y llamativo que el anterior. Y no es por su efusiva alegría y su escandaloso comportamiento la razón de mi alterado estado de nervios, sino porque son..., ¿cómo lo diría?... Caprichosas al extremo. Tan pijas que me dan ganas de vomitar. Su tono de voz a lo *París Hilton* me enerva. Chillan cada dos por tres. Exigen cada por tres. Se quejan cada dos por tres. Y son tan horteras.

Señor, dame paciencia.

Con tanta gallina clueca picoteando a mi alrededor me toca hacer de gallo, cada dos por tres.

—Erika, soy tu dama de honor, ¿verdad? —expreso en voz baja, dentro del probador.

—Sí.

—Entonces, yo estoy al mando.

—Sí.

—Pues esto no pienso ponérmelo. —aseguro enseñándole el vestido que más le ha gustado a sus amigas, y ella se parte de risa en mi cara—. Es corto, que a mí me da igual. Si tú quieres que vayamos de corto, pues enseñamos el culo, pero ni de coña me pongo tanto volante y ni de coña voy de verde pistacho. Esto es horrible. Tiene demasiado encaje, y yo odio el encaje. Vamos a parecer unos loros, y por ahí no paso.

Erika me quita el vestido de las manos para ponerlo sobre mí y, frente al espejo, reírse en mi cara.

—Pues a ver cómo se lo dices a ellas.

Toma marrón.

¿Alguien tiene una jaula para meter a todas estas?

Dos horas después, las convenzo de no ir tan llamativas, tras hacerles entender que la única que tiene que destacar ese día es la novia. El problema es que doce vestidos después, el elegido no me gusta, pero pasa mi filtro. Rojo vino, corto y de tubo, con escote de pico y tirantes anchos en medio del hombro, el vestido de las damas de honor cumple con la discreción que yo impongo. Suficiente, dadas las pajarracas.

—Ahora los ramos —dice Erika, en la tienda de al lado, tras señalar uno de miles expuestos—. No es este, pero es parecido.

Todas llevaremos uno igual que el suyo, pero más pequeño. Y nos hacemos una foto para inmortalizar el momento “*ramos de novia*”.

—¡Venga chicas, sonreír!

Y yo me río, pero de ellas.

Menos mal que no las volveré a ver hasta de un mes.

Señor, dame paciencia.

—Madre mía con tu prima. Menuda es.

—¿Tan feo es su vestido? —pregunta y sonríe mientras se afeita.

—No, en realidad, es perfecto para ella. Le pega. Es acorde a su personalidad, pero es tan corto y escandaloso...

—Un vestido blanco, aunque sea corto y extravagante, no es escandaloso.

—Es que no es blanco.

—¿No?

Deja de afeitarse y me mira, extrañado.

—No. Es de muchos colores, todos mezclados.

—Ya —murmura y continua afeitándose—. Bueno, ya la conoces. Le gusta destacar y, ese día, su día, lo hará más que nunca.

—La verdad es que está guapísima entre tantos colores, y su melena resalta como sus piernas. A Jackson le gustará.

—Pareces feliz.

—¿Por qué no iba a estarlo?, hacen una pareja increíble y parece que lleven juntos toda la vida.

—¿Crees que es cuestión de tiempo? ¿Cuánto llevan juntos?

—No mucho, la verdad, pero lo parece.

Me siento en el mármol, y él se sitúa delante de mí.

—¿Y nosotros? ¿Te acuerdas de cuánto llevamos nosotros?

—Sí, preciosa. Incluso mejor que tú.

—Sorpréndeme.

—Llegaste a *La Torre* un diecinueve de junio de hace dos años. Y me enamoré de ti, en cuanto te vi. —confiesa, y yo sonrío a su boca, que beso con pasión—. A mí también me pareció increíble.

—Por eso me dejaste marchar. Porque no creíste en tus sentimientos hacia mí.

—Miércoles. Tres de julio.

—¿Recuerdas hasta el día de la semana?

—Y cómo ibas vestida. —asegura—. Ese día, morí.

—Pero volvimos a vernos.

—Dieciocho de enero. Después, un año viviendo juntos y...

—Y viniste a buscarme. —interpelo, y él sonríe—. Te dejé. Ya sabes por qué, pero viniste a por mí. Lograste enfrentarte a tu miedo y saliste de *La Torre*, por mí.

Su silencio rompe la positividad que intentaba transmitirle.

—Creo que debería hacerte caso.

—¿A qué te refieres?

—A los Collins. Quizá pagarles lo que piden sea lo mejor.

—No lo negaré. Sabes que los odio y que haría cualquier cosa por quitarme del medio a esa...

—Tranquila, no iré a Washington.

—¿De verdad?

—No.

—¿Entonces, se acabó?

—Sí. Será lo mejor para nosotros. Ya he hecho demasiado por ellos. Estoy dispuesto a pagar lo que me piden, y no haré presidente de la zona oeste a Steve.

—¿Estás seguro?

—Sí. —afirma y me agarra del culo para acercarme más a él—. No iré a ver a quien casi acaba contigo. Desde que hemos llegado solo discutimos, y ya estoy harto. No cumpliré con nadie, excepto contigo. Perdona por haber insistido, creí que sería lo mejor, pero no soporto verte llorar y me niego a que lo hagas por ella. Tu felicidad está por encima de su perdón o de su mala conciencia. Está por encima de todo.

—Te quiero.

Lo beso y lo abrazo fuerte.

—Tú me quieres y yo no sé vivir sin ti.

—Me voy ya.

—¿Estás seguro de que estará allí?, es importante. —le dice a quien lo ha llamado—. No. Ha de ser ese día. —impone agravando el tono, se da la vuelta y me hace un gesto para que espere—. Mañana volveré a llamar, y espero que esté solucionado.

Cuelga, cabreado.

—¿Qué pasa?

—Nada, ¿qué decías? —pregunta acercándose.

—Que me marchó.

Me abraza y une sus manos en mi espalda como si así fuera a evitar mi escapada con las chicas.

—A ver qué hacéis tú y mi prima esta noche.

—Lo mismo te digo.

—Yo no soy un peligro.

—Bueno..., quizá tú y Jackson no lo seáis, pero no me fío de las mujeres, pueden llegar a ser muy persuasivas.

—Pues solo miraré. —dice sobre mi cuello y lo muerde y besa—. No bebas mucho, no estaré para controlarte. —me pide, y yo sonrío para mí—. ¿Me has oído?

—No.

—Creo que no voy a dejarte ir.

—No necesito tu permiso, además, no tienes alternativa.

Le enseño el móvil para que vea que Erika me llama, y él me sube la falda y se pone de rodillas.

—Dile que tardarás cinco minutos.

—Ya voy, Erika.

—¿Está todo preparado en el club?, ¿los regalos, las flores, los disfraces, la...

—Tranquila, Erika. Está controlado. —respondo mientras Nathan entretiene a su boca con mi sexo—. Enseguida bajo.

Y ahí abajo tengo su lengua. Dentro y fuera, dentro y fuera, dentro y ...

—¡Qué ilusión, Rebeka! ¡Mi despedida de soltera! —grita como una loca, y yo no puedo contestarle.

Sólo jadeo.

—Nathan, para... —susurro, pero él sigue a lo suyo.

—Rebeka, ¿estás ahí?, creo que te pierdo.

No sólo tú. Tu primo lleva perdido...

—Ya bajo.

Y debajo de mi vientre está el pelo de Nathan, y lo agarro y tiro de él para separarlo de mí.

—Tengo que irme.

—Si te aburres, ya sabes.

Un lametazo despide su cena de hoy.

—Me voy.

—Porque quieres.

—Me debes una —adviento con mi dedo inquisidor, y él me hace un guiño, antes de perderme de vista.

Creo que la escalera es más larga de lo que era. Bajo los escalones y da la impresión de que se multiplican.

—¡No te pases bebiendo!

—¡No!

Las puertas del ascensor se abren.

—¡Si necesitas algo llámame!

—¡Sí!

Entro.

—No olvides volver.

En el espejo veo su reflejo, y me doy la vuelta para darle un abrazo con besos.

—Nunca. —susurro en su boca—. Siempre contigo.

Mientras bajo, Erika me vuelve a llamar.

—Ya estoy abajo.

—¿Dónde? No te veo.

—Enfrente de ti.

Cuando se da la vuelta se pone a dar saltos como una loca y me da un abrazo de osa que pronostica una noche tan cariñosa y efusiva como ella.

El restaurante elegido es el mismo en el que celebramos el cumpleaños de Nathan, hace poco más de un año. A Erika le gustó tanto el subterráneo, y yo tuve que marcharme tan pronto por culpa de mis anginas, que no dudó un instante en reservarlo para su despedida de soltera. Lo malo es que no será de nuestro uso exclusivo, ya que tenían dos reservas más para esta noche. Dos despedidas de soltero con los que compartiremos el club, muy a pesar de Erika. Así que seremos las únicas chicas, entre cien hombres. Creo que es lo único que le hizo ilusión. Saber que podrá entretenerse dando *putivuelitas* por ahí valorando al personal, sin pasar del roce, de los chupitos y de las miraditas con sonrisa incluida.

—Ya han llegado mis amigas.

Sus amigas: las cotorras de honor.

Espero que no me den mucho la tabarra. Sobre todo, con los disfraces. Pues no me costó convencerlas de que fuéramos de ángeles y demonias, en vez de súper heroínas.

Santa paciencia. Y cuánta hipocresía.

Cuánta falsa anda suelta. Brujas. Más que brujas. Arpías que sonríen falsas al ver lo feliz que es Erika y lo orgullosa que está de su hombre. Y no sólo falsean su empatía, sino que, además, murmuran y dicen cada cosa a sus espaldas que no me extraña que me hierva la sangre. Eso, sí. Le estoy dando un gusto a mi lengua y al ímpetu que me caracteriza...

Que una dice que su vestido de novia es horroroso..., yo le piso y le digo que ha sido sin querer.

Que otra cuchichea sobre su peinado..., a mí se me cae el cubata encima de la tía y le suplico que me perdone.

Que alguna la llama ridícula..., yo la fusilo con la mirada y la obligo a callar, si es que no quiere que la *desinvite*.

Las familias poderosas se crecen cuando las invitas a eventos multitudinarios de repercusión nacional, y amenazarlas con retirar su nombre de la lista de invitados sería humillarlas, así que me obedecen y se callan, por temor a las represalias de su papáito. En el fondo, sólo están aquí por el dinero de los Moore. Ninguna de estas son amigas de Erika. Y me da pena. Me pongo en su lugar y me parece penoso no saber si quienes están contigo lo están por ti o por lo que tienes. Pero aquí estoy yo. Y tengo una as bajo la manga más grande que la lámpara de lágrimas de *La Torre*.

Como se les ocurra abrir la boca...

—¡Rebeka! ¿Dónde están las cestas? —grita Erika, al verme en la barra.

Al decirle al camarero que las saque, el chico que hay sentado a mi derecha me enseña mis dos muñecas.

—Creo que esto es tuyo. Se te han caído al suelo.

—Menos mal. Ni me he enterado. Gracias.

—Me llamo Gerald, ¿y tú?

—Rebeka. Lo siento, pero tengo que irme.

—Ya nos veremos... —le dice a mi espalda.

Joder, si las llego a perder...

—¿Quién es ese? —me pregunta la mujer que está atenta a todo lo que hago y me recuerda a alguien que conozco—. Ese tío. El calvo que te está mirando.

—¡Yo qué sé! ¿Me acompañas?, quiero darte una cosa.

De la mano la llevo afuera.

—¿Qué pasa?

—Quiero darte un regalo. No es nada especial, pero me gustaron y las compré. Las he cambiado un poco. Espero que te guste.

Le enseño los dos alfileres de muñeca de trapo, y ella agarra el suyo, sin que le haya dicho cuál era.

—Somos nosotras —adivina.

—Sí.

—Son preciosas, Rebeka.

—¿Te gusta?, me dijeron que la seda era de la India, y eso de ahí son brillantes.

—Hay muchos y de todos los colores.

—Sí. Como tu vestido. De todos los colores.

—¡Me encanta! —grita y me abraza—. ¡Así siempre te llevaré conmigo!

Me da un beso y se me queda mirando, luego mira su alfiler y lo clava en su vestido, a continuación alza la barbilla y, de repente, se pone a llorar.

—Erika...

Somos dos lloronas empedernidas. Y con la merluza que llevamos encima somos dos magdalenas.

—Oh, bella..., eres la mejor. —dice apretujándome—. Mis amigas me odian y solo están conmigo por lo que tengo y no por cómo soy, y tú..., tú...

—Olvídalas, no merecen la pena. Y tu alegría, tampoco.

—Ya... —admite, sin soltarme—. Estoy tan nerviosa...

—Es normal, Erika, pero tranquila, todo saldrá bien.

—¿Crees que haré feliz a Jackson?

—¡Pues claro! ¡Menuda pregunta!

Intento separarla, pero es imposible. Aprieta tanto.

—No lo sé...

—Erika, Jackson te quiere y no hay nada que le haga más feliz que estar contigo. No llores, anda, que se te va a correr el rímel.

—Me da igual —solloza y respira hondo—. A estas solo les hace falta mi cara de espanto para seguir criticándome.

—Son unas envidiosas. Tú tienes tanta personalidad y eres tan carismática que les da rabia. Pasa de ellas. Aquí estoy yo para lo que haga falta. Así que deja de llorar, respira hondo y sigamos celebrando tu último día de soltera.

—Mi último día...

—¡Es tu despedida de soltera! —grito, y ella se ríe—. En dos semanas estarás casada.

—Madre mía... —murmura y mira su anillo—. Aún no me lo creo.

—¡Ni yo!

Al regresar al subterráneo, ya están los gogos sobre las tarimas en la pista central. Hombres y mujeres disfrazados de ángeles, que bailan sobre nosotras y nos invitan a bailar.

El humo blanco que desciende del techo mueve sus vestidos vaporosos a su antojo mientras las luces de colores de los focos los iluminan. Nosotras, diabras, nos mantenemos en penumbra. La música retumba en toda la sala y el alcohol nos desinhibe. Los tíos de las otras dos despedidas se desviven por agradarnos y satisfacernos como si fuésemos los últimos croissants de la tienda.

Somos el alma de la fiesta, el centro de atención y las únicas sobre el escenario. Navegamos en un mar de chupitos, cachimbas, cubatas y el más caro champagne, sin que lo hayamos pedido. Estamos invitadas a todo cuanto deseemos. Todo y más. Tanto que, horas más tarde, Erika tiene ganas de vomitar.

En el parking, la ayudo a evitar que se manche.

—Me duele el estómago. —dice entre arcadas.

—No me extraña...

—Sujétame la cabeza.

Ya he perdido la cuenta de las veces que ha vomitado. Creo que ha tirado más de lo que ha tragado. Y yo llevo tal mareo que me cuesta la vida sostenerla.

—Creo que ya —balbucea y se alza como si nada.

—Tápame que voy a hacer pis —le pido mientras me sitúo entre dos coches y me bajo las bragas.

—¿Aquí?!

—Pues claro.

—Cómo nos vean... —dice mirando alrededor.

—¿Has visto al tío ese que está detrás de mí todo el rato?

—¿El calvo?

—Sí, ese. Se llama Gerald. Lo he conocido en el restaurante y ahora no para de agobiarme. Se está poniendo muy pesado.

—Pues tiene un morbo...

—La verdad es que sí.

Entre risas termino y, entre risas, regresemos adentro.

De vuelta con los ángeles, algunos nos rodean, sin que ninguno destaque más que el que está en el pódium principal, que señala a Erika para que suba y baile con él. Ella, como era de esperar, accede orgullosa. En el momento en el que el ángel la sube al trapecio, Nathan me llama.

—¡Sí! —respondo—. ¡No te oigo! ¡Espera!

Joder, me lo voy a perder.

Al salir, otra vez, cuatro tíos me escrutan de arriba abajo.

—¿Nathan?!

—No me gusta tu voz.

—Vaya..., pues a mí sí que me gusta la tuya.

—¿Cuándo vendrás?

—¡Yo qué sé! Cuando cierren, supongo.

—¿Cuánto has bebido?

—¿Y esos gritos?

—Junior y sus amigos.

—¿Los moteros?

—No cambies de tema. Cuánto has bebido.

—¡Qué más da! ¿Para eso me llamas?

—¿Sabes, diablesa? —sorprende el calvo—. Me tientan tus demonios... —susurra acercándose, en plan baboso.

—¿Quién es ese? —pregunta Nathan.

—Nadie. Un idiota borracho.

—¿Te gusta mi *Ferrari*? —pregunta el calvo—. Podríamos dar una vuelta y probarlo.

—Me cago en la puta —dice Nathan.

—No, gracias. No me apetece.

—¡Dale el teléfono!

Camino de vuelta al subterráneo, sin hacerle caso a ninguno.

—¡No digas tonterías!

—¿Me decías algo? —pregunta el baboso siguiéndome.

—No.

—Si lo que necesitas es un buen meneo...

—¿Me dejas en paz? —espeto y le hago una peineta, y el tío se aleja.

—¡Será hijo de puta! —grita Nathan.

—Tranquilo, ya se marcha.

—Vuelve a casa, Rebeka.

—Todavía no.

—Vuelve, Rebeka. —me ordena.

—Nathan, es la fiesta de tu prima y hasta que ella no lo diga yo no me muevo de aquí. Así que tranquilízate y diviértete con tu hermano y Jackson. Seguro que te echan de menos.

—¿Me estoy pasando?

—Pues sí.

—No me gusta lo que he oído.

—Ese tío era un imbécil.

—Llámame cuando todo acabe.

—Está bien, te llamaré. Ve a buscar a Jackson, por favor.

—Está bien, preciosa.

Preciosa... No me llamarás así cuando me veas. Llevo una...

Tras respirar hondo y notar que mi barriga aguantará poco si sigo como hasta ahora, bajo las escaleras del subterráneo y la luz verde me ciega mientras busco a Erika, sin conseguir verla.

—¡¿Dónde vas guapa?! —grita un tío y me agarra del brazo.

—¿Un trago? —dice otro, tras soltarme del anterior.

—¿Te has perdido? —oigo detrás de mí.

—¿Has venido sola? —me dice uno, ante mis narices.

—¡Ven con tu ángel de la guarda! —grita un tío que me agarra de la cintura para evitar que me aleje—. ¿Cómo te llamas?

—¿Me sueltas?

—Cuando me digas tu nombre.

—¡Suéltame, coño!

Lo empujo con fuerza.

—Qué mal genio tienes, morena...

—Serás imbécil.

Al girarme, Erika me hace un gesto desde el reservado, y voy a su encuentro.

—¡¿Dónde estabas?! ¡¿Me has visto en el trapecio?! ¡Ha sido espectacular! —grita y me abraza—. ¡Ven que te presente al ángel! José, Rebeka, mi mejor amiga. Rebeka, José.

—Encantada, José. ¿Mejicano?

—Portorriqueño.

—Ah...

—Tienes una amiga muy divertida.

—Lo sé.

—Y se casa el mismo día que yo.

—Tú por la mañana y yo por la tarde. —matiza ella.

—Qué bien —expreso, a duras penas, y tomo asiento para no caerme del mareo que me ha entrado—. Creo que me estoy poniendo mala.

Mientras Erika me hace aire con las manos José levanta mis piernas y las pone sobre las suyas.

—Rebeka, no te duermas.

—No me duermo...

—Rebeka, si te tumbas, morirás. —insiste e intenta levantarme, sin lograrlo—. Ayúdame, José.

Entre los dos me llevan al baño, en donde me mojan la cara y el cuello con la esperanza de espabilarme. Y lo consiguen, ya que, segundos después, estamos en la pista dándolo todo.

No sé cuánto tiempo pasa. No sé ni quién pasa por mi lado. No sé la música que ponen o si Erika está conmigo. No sé si bailo. Ni siquiera si doy tumbos. No sé si sigue siendo de noche. Tampoco dónde está mi bolso. Lo único que sé es que mi estómago está en la garganta. Y arde.

Descalza subo la escalera y, al salir, el sol me golpea en la cara. Sentada entre dos coches le escribo a Erika para que venga a mi encuentro.

No sé cuánto tiempo pasa. Tampoco quién pasa por delante de mí. Pero los pies que veo me suenan.

—Y yo buscándote como una loca —dice una voz que me suena—. Va, levanta. Vámonos a

casa.

—¿Erika?

—Sí, bella. Soy yo. Menuda llevas —dice y me ayuda a ponerme de pie—. Como Nathan nos pille...

—Enseguida se me pasa. —murmuro y me echo a reír—. En cuanto me acostumbre a caminar se me pasará.

—Eso espero, porque la bronca que me va a echar va ser memorable. —comenta, y oímos el tono de llamada de mi móvil, que no sé por qué, pero lo tiene ella.

—¡Mi bolso! —exclamo entusiasmada, y ella me enseña la pantalla del móvil—. Hablando del *Señor Oscuro*...

—Hola, primo, ¿todavía haciendo guardia? —responde por mí y se echa a reír—. Vale, ya paro. Ahora no puede ponerse. No. ¡Pues como siempre! ¡Ha sido increíble! Que nooo..., que solo está haciendo pis entre dos coches. ¡Y qué más da! ¡No hay nadie! Vale, Nathan, se lo diré. Que sí..., no mucho. En diez minutos estamos ahí. No, no ha terminado. Qué pesado eres... Sí, eres muy pesado. Ella está bien, las dos estamos bien. Vale. Hasta ahora. Adiós, adiós.

De repente dejamos de andar y se me queda mirando.

No sé ni dónde me mira. El sol es cruel.

—Nos vamos a la playa.

Tirando de mí caminamos hacia...

—Qué buena eres.

—Tu *Señor Oscuro* no opina lo mismo, pero gracias.

—Madre mía cuando me vea.

—Ya te ha visto.

A punto de alcanzar la orilla creo ver dos manchas dentro del mar.

—Son Nathan y Jackson.

O me meto en el agua y me enfrento a él o me voy por donde he venido y ya hablaremos mañana.

Cómo me gusta la segunda opción.

Al darme la vuelta..., ¿por dónde he venido?

—¡¿Adónde vas?!

Erika me agarra.

—Tengo que ir al baño.

—El mar es muy grande.

El ruido ensordecedor que de repente se apodera de mi cabeza, además de golpearla, la asombra. La veintena de motos que aparca junto al comienzo del camino de madera que llega hasta nosotras consigue que mi mente sea lúcida, por un instante.

—¿Cuándo hemos llegado a mi casa? —pregunto al verla.

—¿Un poco tarde, no crees? —sorprende Nathan, detrás de mí.

Verlo mojado hace que mis hormonas se esparzan como el polen.

—Yo creo que es pronto —opino, y él sonríe y me abraza.

—¿Te has divertido?

—Mucho.

—Pareces cansada.

—Estoy muerta de sueño.

—Yo también. Pero antes...

Y me levanta para llevarme al agua, aunque no me apetezca.

Lo siguiente soy yo sumergida.

»Vestida de rojo y con pámela, la mujer que camina hacia mí lo hace por encima de mi cabeza. Como si fuera una nube. Siento su aplomo. Siento el orgullo de su mirada cernirse sobre mí. Presiento su caída. Desliza sus pies con delicadeza sobre el cable que cruza de parte a parte un cielo de tinieblas. Se tambalea, a causa del fuerte viento, y pierde el equilibrio. En un intento de evitar que se desplome y dé contra el suelo alzo los brazos para agarrarla, pero entonces pierdo la noción del espacio, la perpendicular, y la mujer se estrella contra el asfalto, a pocos centímetros de mi posición. La onda expansiva de su caída se posa sobre mis manos. Junto a mí se encuentra el llanto de su alma y sobre mi cabeza permanecen los testigos del derrumbe que, invisibles a mis ojos, se precipitaron tras ella. Lloro su pérdida, aunque no sepa quién es. Y en mitad de mi pena, espanto que me aterroriza, la mujer se alza enérgica y se transforma en paloma y echa a volar. La bandada a la que se une comienza a rechazarla. La picotea para que se aleje, con ferocidad. El arrullo de la paloma es estridente. Se cuela en mi cabeza y ocupa mi cerebro hasta encogerlo de tal manera que tengo la sensación de que desaparecerá, si el ave continua con su agonía. Creyendo que así será, miro hacia el cielo y veo cómo regresa a su forma original. Vestida de rojo y con pámela, la mujer que camina hacia mí lo hace por encima de mi cabeza, esta vez, envuelta en un halo de cruel misterio. Al mirar su rostro me reconozco en él. Yo misma desvarío y me ataco, desprotegida de cualquier oportunidad de resarcirme. Vuelo a ras de suelo. Voy en busca del hilo que me une a mi yo terrenal para romperlo. Al darme caza, no encuentro la manera de deshacerme del ansia de maltratarme. Y al mirar el rostro de quien me devora, reconozco mi error. Vestida de rojo y con pámela, la mujer que acaba conmigo no soy yo, sino ella. Un defecto que adentra en mí para ocupar mi cielo, por completo, y apoderarse de todo lo que soy y de todo lo que tengo».

—¡Nathan!

Despierto sobresaltada, miro hacia el otro lado de la cama y lo encuentro a mi lado observándome.

—¿Otra vez?

—Sí.

—¿Con ella?

—Sí.

—Llevas así mucho tiempo.

—Desde que tú no sueñas. —concreto, susceptible.

—Sí que sueño. —afirma y me acaricia—. Sueño contigo.

—Pues qué suerte. Ya me gustaría a mí soñar contigo y no con la defectos.

—Ya sabes por qué. Te vendría bien hablarlo con Surinder.

—Voy a comer algo.

Pasando de él me levanto de la cama y bajo a la cocina, en donde encuentro a una rubia frente a la nevera.

—Hola.

—Hola, Rebeka —dice, asombrándome.

—¿Nos conocemos?

—Hola, Betty, ¿has dormido bien? —sorprende Nathan.

—Muy bien.

—¿Mi hermano sigue durmiendo?

—Está en el baño. Enseguida baja —dice ella y se me acerca—. Por fin te pongo cara, Rebeka. Junior me ha hablado mucho de ti.

—Pues Nathan ni te ha nombrado.

—Ya sabes cómo son los hombres —opina y acaricia mi brazo.

—¿Te apetece comer algo, Betty? —pregunta Nathan.

—No, gracias. No tardaré en irme. Mi hermano se ha ido y ha pasado de mí, y ya se me hace tarde —responde ella, desde el primer escalón.

—Encantada de conocerte.

—Igualmente, Rebeka. Nos vemos.

Mientras ella sube yo me doy cuenta de que lleva media cabeza rapada. Antes de entrar en la habitación de invitados oímos a Junior llamarla.

—¿Y esta?

—Es la nueva amiga de mi hermano —revela—. Llevan juntos algún tiempo, pero no creo que vaya para largo. Ya conoces a Junior. No le hace ascos a nada ni a nadie, ni siquiera a quien en una autocaravana.

Al asomarme a la ventana veo una en mitad del jardín.

—¿La de ahí fuera es suya?

—Sí.

—Pues es grande. Y están muy chulos los dibujos.

—¿De verdad te gusta?

—Sí, ¿a ti no?

—A mí me da igual. La rara es ella.

—No es rara, solo diferente, además, si a tu hermano le gusta, ¿qué más da cómo sea o dónde viva?

—¿Quieres un zumo?

—No queda, hermanito. —sorprende Junior—. Me lo bebí de un trago, antes de acostarme. —dice y me hace un guiño que acompaña de un beso en la mejilla—. A ver, diablesa, ¿algo que contar sobre anoche?

—Fue increíble. No me acuerdo de las dos últimas horas ni tampoco de cómo llegamos a casa, pero fue increíble.

—Ya me han dicho que ligaste mucho.

—No exageres.

—¿Sabes, hermanito? A veces creo que estás en la inopia. No tienes ni idea de la suerte que tienes. Si lo supieras habrías hecho como Jackson.

Nathan se abalanza sobre él, y los dos se convierten en los niños que fueron, pelea incluida.

—¿Algún problema?

—Tú sabrás lo que haces —insiste Junior, que vuelve a hacerme un guiño, mientras Nathan intenta acorralarlo.

Cuando lo consigue, cuando lo empotra contra la pared y sostiene sus manos para evitar que se escape, algo le susurra al oído que a Junior lo hace sonreír, de cara a mí.

—Vuelve con tu rubia —le ordena y lo suelta.

—No te enfades, joder —le reprocha Junior, sin perder la sonrisa, y regresa al cuarto de invitados.

—Los hermanos pequeños son... —murmura Nathan.

—Junior es muy feliz. Y le gusta ser el centro de atención. No te enfades con él. Te admira. Y yo lo adoro. Me encanta su personalidad.

—Acompáñame a la playa.

—¿Ahora? —espeto y miro por la ventana señalando la playa—. El mar está muy revuelto.

—Por eso mismo. Quiero verlo.

No me apetece. Hace viento y cuando levanta la arena, además de meterse en los ojos, pica. Pero accedo a acompañarlo porque no se siente seguro yendo solo.

Nathan ha superado su trastorno. Bueno, lo ha superado en gran medida, ya que, realmente, si tuviera que hacerlo todo solo ni de coña lo haría. Todavía estaría dentro de *La Torre*. Así que la necesidad que siente de estar siempre acompañado se ha de saciar para que salga al exterior. Y esa compañía soy yo, pero si yo no estoy, por lo que sea, alguien ha de haber. Y en playa, más. Es el lugar que le provoca más inseguridad y, al mismo tiempo, más admira. Frente al mar jamás debe estar solo. Y frente al mar es en donde más le gusta estar.

»*Tienes que entenderlo*», me dijo, con la mirada clavada en el rompeolas. »*Tengo que se capaz de enfrentarme a cualquier situación esté donde esté, con la misma tenacidad y aplome que en La Torre*», añadió, acto seguido, y me propuso dormir allí durante la semana previa al enlace.

»*Pues va a ser que no*», respondí, y regresamos a la casa, él callando su necesidad de estar en su edificio, obsesiva y cruel, y yo manteniendo mi postura, con firmeza, aunque me diera pena.

Saber que encerrarse será su mayor tentación, de por vida, es aceptar convivir con un adicto. Siempre hay que estar alerta porque jamás se curará.

Y saberlo pesa. Tanto como el mundo.

Hoy, día uno de septiembre, hace un mes y medio que no me baja la regla.

¿Debería preocuparme?

Parezco él con sus primeras veces.

Su primera vez, más bien. La mía, en este caso.

Nunca me había pasado esto.

Nunca había sentido tanto desconcierto.

Rezo para que me baje la regla, pero me toco la barriga, llevada por un impulso incomprensible. Es como si alguien me dijera que lo acariciase. Como si hubiera alguien dentro de mí. Escondido como su padre, si es que existe un hueco en mí para otra persona no sea él. Y él...

A saber qué me dice él si es que estoy...

Si es que estoy...

¿Debería preocuparme?

Nerviosos, no. Lo siguiente. Histeria colectiva.

A una semana para la gran boda, Erika no es el problema, sino su madre y Bea. Me tienen hasta el gorro.

Entre: cómo se distribuirán las mesas; de qué color será la carpa; de qué tamaño ha de ser el arco bajo el cual se casarán; cuántos centros de mesa se necesitan, a falta de que confirmen su asistencia algunos invitados; si ponemos o no unos lazos en los bancos; dónde quedaría mejor la mesa de las bebidas; qué tipo de orquesta o grupo contratamos; de cuántos pisos será la tarta nupcial y, hasta dónde llegará la alfombra por la que caminarán los novios, me estoy volviendo loca. De hecho, tengo más mala leche que nunca. Cada dos por tres estoy colgada al teléfono; me paso el día mediando entre ellas y Erika; Jackson insiste en que no me agobie mientras pasa de todo porque, además de estar más contento que unas pascuas, a él sólo le importa casarse con Erika, todo lo demás no importa; el correprisas que llevo encima no me deja ni a sol ni a sombra y, por si no tengo bastante, tengo que asumir las consecuencias de haberme negado a pasar esta última semana en *La Torre*, tal y como me propuso Nathan. Así que todas la noches me pongo el oído de “pasar de sus reproches” mientras él me reprocha la pérdida de tiempo que le supone ir a Manhattan y volver a Long Island, y viceversa, y vernos solo para dormir.

Dormir..., dice. Como si nos acostáramos pronto y sólo para dormir.

Dormir.

Santa paciencia.

Con Nathan encerrado todo el día en su despacho junto a Steve y Harold, y yo yendo y viniendo con Erika de casa de Helen a Manhattan cada dos por tres seis, aunque solo me apetezca dormir plácidamente y despertar de humor, sea cual sea, va a ser que no.

Él llega, y el silencio que trae consigo huele a enfado. No lo paga conmigo porque yo soy toda oídos y estoy atenta a todo cuanto me cuenta, pero sin dar mi opinión porque, si se me ocurriera, entonces sería su diana perfecta. Y ya tengo bastante con lo mío para meterme en su barrizal.

Por lo visto está teniendo serios enfrentamientos con los Collins por haberse negado a ir a ver a Carol. Le está costando la vida alcanzar un acuerdo que sea lo menos perjudicial para la compañía y, aunque yo creo que no debería dar su brazo a torcer porque los Collins son alimañas, Nathan insiste en que para salirse con la suya hay que evitar males mayores. Para empezar, ha aceptado la readmisión de Steve, pero no como presidente de la zona oeste, sino ocupando su antiguo cargo. Y Steve no quiere. Para continuar, Nathan ya ha dejado muy claro que sólo se hará cargo de la retirada de fondos de sus clientes, excepto intereses y daños y perjuicios, pero no del total por el que le han demandado, y Maxwell se niega en rotundo.

Para mí lo justo sería hundirlos en la mierda. Dar a conocer las fechorías de la defectos y acabar con el apellido Collins de un plumazo, pero no tengo ni voz ni voto. Sí o sí he dejar en

manos de Nathan todo cuanto les concierne, y me pone de los nervios sentirme impotente y escuchar las quejas de un hombre que pretende mantenerme al margen de algo que comenzó tras yo poner un pie en *La Torre*.

Total, que nerviosos, no. Lo siguiente.

Entretanto, Junior está desaparecido en combate. Se ha ido con Betty de ruta en su autocaravana y no volverá hasta un día antes de la boda.

Él sí que sabe. Le tengo una envidia.

—¿Almorzamos? —sorprende Nathan.

—Sí, por favor. Necesito café en vena.

Me levanto del suelo, en donde estaba viendo un álbum de fotos hecho con trozos de tela para ver si es acorde al estilo de Helen, y voy tras él.

—Esta noche llegaré más tarde de lo habitual.

—No importa, te esperaré.

—Rebeka, descansa. Llevas días acostándote a las tantas por esperarme. Creo que ya es suficiente.

—¿Si me voy de *La Torre* antes que tú vendrás solo a casa?

—Sabes que no.

—Entonces, te quedarías en *La Torre* a dormir, ¿no?

—Sería lo más conveniente.

—¿Por qué no lo intentas?

—Ya sabes que no puedo.

—Algún día tendrás que intentarlo. Sólo tienes que subir en el coche y dejarte llevar. Yo te esperaría en la entrada de casa.

—Todavía no ha llegado ese día. —concluye, y las puertas del ascensor se abren dejándonos cara a cara con Maxwell Collins—. Se suspende el almuerzo. —murmura.

—Tenemos que hablar. —dice Maxwell, con seriedad y aplomo—Buenos días, señorita, si nos disculpa...

Alargando su brazo invita a Nathan a ir hacia su despacho.

—Lo siento.

—Acaba con él. —impongo, cabreada.

—Lo haré, preciosa. Pero a mi manera.

Con su beso en mi frente mi almuerzo solitario se basa en un sándwich de venganza con salsa de rabia, junto a mi sangre hervida para beber.

Respira, Rebeka, respira...

Necesito una gran dosis de café.

—Uno solo y muy largo. —le pido al camarero—. Mejor dos, con hielo. Dime, Bea. —respondo al móvil.

—¿Has hojeado el álbum?

—Sí.

—¿Y cuál te gusta más?

—No lo sé. Me gustan los tres.

—Si Erika va de blanco el beige quedaría bien.

—Ya verás de qué color irá el día de su boda.

—¿No va de blanco?

—No voy a decirte nada.

—Está bien. Pero elije uno.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. La decoradora está esperando una respuesta, y va con retraso.

—¿No puede ser mañana?, aún no lo tengo claro.

—¿El beige te gusta? —insiste.

—Sí. Pero creo que a Erika le gustará más el rosa palo.

—Aclarado. ¡Sí, se lo pregunto! —la oigo gritar—. ¿Has llamado a la floristería?

—Sí, y me han dicho que esta tarde pasarán por ahí.

—Muy bien. Pues yo creo que ya está. De todas formas, si se nos ocurre algo, te llamaremos.

—Claro, estoy disponible las veinticuatro horas del día para vosotras.

—¿Un mal despertar?

—Un mal almuerzo.

—¿Nos vemos esta tarde?

—Bien. Hablamos.

Mis cafés fríos, los hielos desechos, mi humor por los suelos, una lluvia espantosa a finales del verano y el único que puede desfogarme está reunido con la mafia Collins.

Menudo panorama.

Nervios, no. Lo siguiente. Histeria colectiva. Y me incluyo.

Pero lo mío es más personal que otra cosa. Y el paso del tiempo no lo soluciona. Al revés, lo agrava. Y no es un problema, sino un ensanche de mí. Voy a engordar tanto que me agobio de pensarlo.

A una semana de la boda, tanto retraso es un presagio.

Espero que me baje la regla esta noche. O mañana. Más, no.

—Dime... —respondo, harta de llamadas que solo hacen que estresarme.

—Tienes que darme los teléfonos de las damas de honor. Hay que reunirse con ellas y ensayar vuestro paseo nupcial. Iréis detrás de la novia.

—¿Pero no íbamos delante?, siempre lo cambiáis todo a última hora.

La oigo reírse mientras el camarero se niega a que le pague los cafés.

—Solo tú irás delante acompañando a los niños que lanzarán pétalos de rosa sobre la alfombra.

—¿Sola?

—Con los niños.

Lanzo un suspiro y alejo el móvil de la oreja para no tener que escuchar las explicaciones de Helen y los comentarios insulsos de Bea.

Me tienen hasta el moño.

—Vale. Esta tarde nos vemos.

Le cuelgo, llamo a las seis loros y quedo con ellas en casa de Helen para el ensayo general y, al salir del bar del *hall*, Jackson me pide que me acerque.

—Quiero enseñarte algo.

Saca una cajita azul oscuro del bolsillo interior de su americana y la abre.

—Preciosos —opino al ver los anillos.

—Acabo de recogerlos. Cómo brillan, eh...

—Sí. Son perfectos para vosotros. Y a Erika le encantarán.

—¿Tú crees?, igual me he pasado con tanta variedad de oro.

—Ya sabes cómo es Erika. El arco iris le fascina.

—Es verdad. —admite ensimismado en las alianzas.

—¿Nathan sigue reunido?

—Sí. Y no está de buen humor.

—¿Y cuándo lo está? Desde que llegamos no es el mismo.

—En realidad, está siendo el de siempre —acierta y me mira a los ojos con la misma frustración que siento yo.

—Qué ganas tengo de que pase la boda... —comento y me arrepiento, al instante—. Lo siento. No he querido decir eso.

—Tranquila. Sé a qué te refieres, además, yo también tengo ganas de se acabe todo esto —admite y sonríe—. Que quede entre nosotros.

—Soy una tumba.

Por fin alguien me hace sonreír de verdad. No es tan complicado, pero, últimamente nadie es capaz de contagiarme de sensaciones tan placenteras como la risa.

Santa paciencia.

Como la que tengo en busca de unos zapatos que vayan con el vestido de dama de honor. Que lo hay, pero ninguno va conmigo y, por mucho que mire y me pruebe, siempre me voy de la planta sexta con las manos vacías. Creo que no me queda otra que ir a la quinta avenida o, mejor, decirle a Erika que me preste unos suyos. Tiene más que en todas estas tiendas.

Ella y sus compras dichosas.

—¡Hola! —saludo a Nathan, que se asusta y da un brinco, al salir de una joyería.

—¿Qué haces aquí? —pregunta escondiendo algo.

—Mirar zapatos, ¿y tú?, creí que estabas con Maxwell.

—Por hoy hemos terminado. Estamos a punto de alcanzar un acuerdo beneficioso para

ambos. —comenta disimulando su nerviosismo.

—¿Y qué llevas ahí? —pregunto, con curiosidad, y señalo el bolsillo de su pantalón.

—Nada.

—¿Y por qué lo has escondido?

—Porque no puedes verlo.

—Enséñamelo...

—No.

—Te prometo que no diré nada. —insisto, y él se echa a reír.

Junto entramos en el ascensor. Él obviando mi curiosidad, y yo intentando sacar lo que sea que lleva dentro del bolsillo.

—Ralph, llama a Claus.

—Va, dime qué es...

—¡Para! No puedes verlo hasta el día de la boda.

—¿Es para mí?

Su mirada se sorprende. Agarrándome de la cintura me aparta hacia un lado para no entorpecer el paso de quienes entran. Juntos salimos del ascensor.

—Son las alianzas. Jackson me ha pedido que las recoja y que no se las enseñe a nadie, ¿satisfecha?

—No. Acabo de ver a Jackson y...

—¡Claus! —exclama, con el móvil en la oreja—. Espero que tengas buenas noticias. —dice y pone la mano en el auricular—. Perdona, preciosa, pero tengo que atender esta llamada. Es importante, ¿lo entiendes, verdad?

—Pero...

—Esta noche nos vemos, ¿me esperarás o dormimos aquí?

—He quedado con Helen, pero volveré para recogerte.

—Perfecto. Diviértete.

Se pilla antes a un mentiroso que a un cojo, y él, que sé que me miente, se aleja, y yo reflexiono y me doy cuenta de que no es el único.

Él me oculta algo. Yo, también. A saber quién de los dos es el primero en confesar.

Apostaría por él. Eso espero. Como a mi regla.

El ensayo es como meterse en un círculo vicioso del que es imposible salir. Tengo los oídos taponados de tanta cháchara. La mente colapsada de tanta opinión. Los ojos cansados de ver lo mismo todo el rato. Los pies hartos de hacer el mismo recorrido, una y otra vez. Y las ganas de boda robadas por culpa de las amigas de Erika.

O me invento algo para huir de aquí o me dará algo.

—Necesito ir al baño.

Dentro, mientras orino, me miro las bragas y están más blancas que recién lavadas.

Y yo creyendo que se me había escapado un chorro rosáceo. Qué ingenua.

¿Quién me mandaría a mí jugar con la duda de si seguir con las pastillas o si dejarlas para ver qué pasaba? ¿En qué estaba pensando?

—Dime. —respondo al móvil, más rancia que el pan caducado.

—¿Qué haces? —me pregunta Nathan, y yo me miro las bragas, otra vez, por si han cambiado de color.

—Nada. ¿Ya has terminado? ¿Voy a por ti?

—No. Si no quieres dormir sola quédate en casa de Helen.

—¿Cómo que dormir sola?

—Yo dormiré aquí.

—¡Qué! ¿Por qué?! ¿Qué te pasa?!

—No estoy bien.

Parada en seco frente a la puerta, me temo lo peor.

—En una hora estaré ahí. —afirmo y salgo de casa de Helen como alma que lleva el diablo—. ¡Chicas! ¡Me voy con vosotras! —grito al ver que ya se marchan.

—Rebeka...

—Nathan, una hora. —reitero y cuelgo, preocupada—. ¿Me dejáis en *La Torre*?

—¡Claro, sube! —dice la más normal.

De camino, mientras miro por la ventana y pienso en lo que le estará pasando por la cabeza a Nathan, me siento observada.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Cómo es?

—¿Cómo es el qué?

—Nathan Moore. —dice, sorprendiéndome.

—¿A qué viene esa pregunta? No pienso contestar.

—No me refiero a él como hombre —concreta, y yo la miro con extrañeza—. Solo siento curiosidad por su enfermedad.

—Agorafobia.

—Eso. ¿Cómo es? ¿Cómo vivió tanto tiempo encerrado?

—No lo sé. Supongo que acabó acostumbrándose.

—¿Y qué hiciste para que saliera?

—Nada.

—Algo harías... —insiste mostrando confusión y cierta suspicacia—. Hasta tu llegada no había salido y, ahora...

—¿Qué quieres saber? ¿Si soy una bruja y preparo pócimas secretas o le hago acupuntura o risoterapia?

—Perdona, no he querido entrometerme.

—Lo siento. Esta semana está siendo muy complicada.

—No pasa nada. No tendría que haber preguntado, pero sentía mucha curiosidad. Se sabe que era un hombre muy mujeriego, a pesar de estar en *La Torre*, y...

—Ya, mujeriego...

—Me sorprendió. Bueno, a mí y todas nos sorprendió que una mujer lograra sacarlo de ahí, dada su reputación.

—Pues te aseguro que no hice nada. Solo fui yo, solo eso.

—Pues me alegro, la verdad. Erika siempre decía que estaba harta de su primo. Que la agobiaba con preguntas de adónde iba y con quién como si fuera su padre. Y ahora cada vez que lo nombra, primero habla de ti. Está muy orgullosa. Te admira. Y yo también. No como las otras, que tienen una envidia...

A partir de ese momento, la conversación se centra en lo falsas que son las supuestas amigas de Erika. Y tanto hablamos que el trayecto hasta *La Torre* es tan fugaz como la entrada en la atmósfera de un meteorito.

—Nos vemos el día *D*.

—No olvides recoger el ramo el día de antes.

—Lo tengo apuntado. —asegura y me enseña la nota de su iPhone—. Descansa.

—Buenas noches.

Al poner los pies en la acera miro hacia arriba, hacia el punto más alto de *La Torre*, y cierro los párpados, con la esperanza de que lo que le pasa a Nathan no vaya más allá de un temor infundado.

Nathan Moore... Sé que estás ahí, observándome. Te siento.

—Buenas noches, Ralph, ¿todavía trabajando?

—Sí, hoy es uno de esos días. —responde, afable—. El señor Moore está en su casa.

—Gracias, Ralph.

—No está bien —comenta, entristecido—. Ha estado en el bar durante más de una hora bebiendo solo.

—Vale... —expreso y respiro profundamente para hacerme a la idea de que hoy es uno de esos días en el que el comienzo de todo será lo único que encuentre.

El ascensor debe estar estropeado. Tarda en subir como si le costara la vida. La mía.

Al llegar, no hay luces encendidas. En mitad de una oscuridad tan profunda como sus ojos camino hacia quién sabe dónde, con el deseo de que su borrachera no me perjudique.

—¿Nathan?

—Estoy aquí.

—¿Qué haces ahí? —pregunto al encontrarlo sentado en mitad de la escalera, con una botella de wiski en la mano.

—¿Quieres? —me ofrece.

—Vale. Pero solo una copa.

Me siento entre sus piernas mientras él me sirve la copa.

—Estaba en el solarium, me apetecía darme un baño, pero te he visto llegar y...

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no querías que viniera?

—No me odies por lo que voy a decirte —avisa, precavido y un tanto avergonzado, y yo me giro para mirarlo—. Me siento bien aquí. En mi casa. Dentro de *La Torre*. Me siento muy bien estando y siendo como antes —confiesa, con la mirada perdida en su casa—. Pero también estoy bien cuando salgo, sobre todo, si tú estás conmigo. Pero esta semana ha sido una locura y...

Se restriega la cara, incapaz de gestionar la dualidad de sus emociones.

No sé por qué, pero me alegro de que al fin reconozca la cruel necesidad que siente por volver a encerrarse. Significa que yo no estoy loca y que todo lo que creí que pasaría está pasando. Aun así, el miedo no se marcha.

—Nathan...

—No digas nada.

—Pero...

—No lo entiendo, Rebeka. Debería estar ahí fuera y no aquí, pero me siento tan bien, que me cuesta, me cuesta mucho salir.

Golpea la pared con tanta fuerza que sus nudillos se resienten.

—Ibas a bañarte, ¿no?

—Sí, pero ya no me apetece.

Se bebe la copa de un trago.

—¿Sabes?, viniendo, una amiga de Erika me ha preguntado que qué hice para sacarte de aquí. Y le he dicho que no lo sabía.

—¿Eso le has dicho?

—Sí. Simplemente, que estaba siendo yo. Como ahora soy y como he sido siempre. Así que,

Nathan Moore, te recuerdo que esto es pasajero. Que solo hemos venido para asistir a la boda de tu prima con tu mejor amigo. Que en breve nos habremos marchado de aquí y que, cuando pongas los pies ahí fuera, no echarás de menos todo esto.

—Siempre tan segura de todo —murmura y sonrío incrédulo.

—Vámonos.

Tiro de él, que se levanta como si la pesadumbre de hace un momento ya no existiera. Como si ya no estuviera metido de lleno en la nostalgia. Entretanto, yo me armo de valor y regreso al punto de partida. A la manera en la que logré sacarlo de aquí, por primera vez.

—Llamaré a un taxi. —dice, ignorante de mis intenciones.

—Para qué queremos un taxi con todo esto.

En el garaje, tras mucho tiempo sin pisarlo...

—¿Y qué coche elegirás esta vez?

—Elígelo tú. No quiero que te pongas más nervioso de lo que estás.

—En ese caso, este.

Señala el *Lexus*.

—¿En serio? ¿No prefieres el *Ferrari*?

Me acerco para tocarlo mientras él dice que no.

—Aunque no estuviera nervioso, contigo al volante corro peligro, así que este.

—Está bien...

Acepto, aburrida del silencio de un coche que corre, pero que es tan señorial como Harold.

Y yo que quería fugarme en plan *Bonnie & Clyde*...

Saliendo de Manhattan, Nathan se relaja y se acomoda en el asiento. A punto de acceder al puente, su postura me tienta. La música nos acompaña durante el trayecto. Con su mano sobre la mía me dice que estando conmigo su tentadora atracción por *La Torre* carece de importancia. Nathan se abre a mí como hacía tiempo. Me cuenta que, nada más saber que teníamos que volver, el corazón le dio un vuelco y la ansiedad que sintió debida al temor de entrar y no poder salir casi acaba con todas las buenas sensaciones vividas lejos de Manhattan. También que, al llegar, se sintió fuerte y capaz de comerse el mundo, por un momento, pero que poco a poco se fue consumiendo hasta el punto de no reconocerse. Las constantes reuniones que lo han mantenido encerrado en su despacho, al margen de todo lo que sucedía fuera han sido claves para que su carácter se debilitara y él sucumbiera a la indómita sensación de volver a ser quién fue. Sin embargo, me confiesa que haber sido libre transformó su hermetismo en otra cosa. Un lucha interna. De hecho, la sensación de encerrarse no fue tan fuerte como la de escapar y fue lo que le llevó a darse cuenta de que no había mayor beneficio para su mente que mi idea de alquilar la casa de la playa. No obstante, los Collins le han devuelto al hombre que era. El arraigo a su empresa lo ha mantenido alerta, en todo momento y en continuo enfrentamiento tanto mental como físico. Incluso admite que los temblores intentaban dominarlo cuando no tocaba, es decir, sin salir y sin ni siquiera pensar en ello, invadido por el recuerdo de su enfermedad y el deseo de regresar al pasado.

—Gracias a ti, no ha sucedido nada de lo que temí. Gracias a ti no estoy bebiendo más whisky. Gracias a ti acompañaré a mi prima hasta Jackson. Y nada me hará temblar de miedo,

¿verdad? —pregunta, en un susurro, mirándome fijamente, y de reojo le digo que sí.

¿Debería contarle lo mío?

Quizá este sea el mejor momento. Quizá no encuentre otro mejor. Quizá, sí.

¿Se lo cuento?

Cobarde..., dice mi mente.

Sí. Lo soy. No me atrevo.

Seguro que encontraré otro momento.

Pasear por la orilla a él lo relaja y a mí me enamora. En este atardecer, somos conscientes de que nada nos hace más felices que estar junto al mar. El sonido burbujeante de las olas rompe el silencio del crepúsculo, y yo admiro cómo se deshacen sobre la arena, y él observa su ir y venir. El aroma a sal y el frescor de la brisa embriaga los sentidos de la misma forma que el agua humedece nuestros pies, a cada paso que damos.

Hay algo en la playa, un misterio y una magia, que a Nathan lo despoja de todo cuanto teme.

E íbamos a bañarnos. Como si volviéramos a empezar. A nadar y a bucear para borrar la fría distancia que a veces nos separa. Pero sentados en la orilla nada importa. Ni siquiera que haya alguien mirando cómo nos amamos y saciamos la sed quemando nuestra piel al fundir nuestros cuerpos con el mismo ímpetu con el que late el corazón.

Él contempla la luna y su reflejo en el mar mientras sus manos llevan a las mías a acariciarlo. En mi tacto transforma la nostalgia en virilidad. Ansiedad en susurros a mi oído. Y es tan dulce su voz, las palabras que me dedica, que la verdad de sus sentimientos también es la mía.

Somos vida, eterna compañía y razón de existencia.

»Tu llegada a mí abrió mis ojos. Vi la soledad en la que vivía. Mi fracaso como persona. La oscuridad de mi alma. Mi muerte en vida. La pérdida de mi espíritu.

Siempre te agradeceré que me quitaras la venda que me impedía ver la verdad. Me has llenado de luz. Y viviré libre por ti, por ser tan solo tú. Así como eres. Preciosa mujer que me hace sentir que para mí no hay más vivir que a tu lado, siendo para ti».

Bajo las estrellas y la luna llena, sobre la húmeda arena y la espuma de sal, bajo su ardiente cuerpo resbalando sobre mi piel y en la calma más absoluta, su amor, oscurecido en sus ojos negros y envuelto en su romance nocturno, me dice que me quiere, y yo siento su amor como el más sincero.

»Te amo siendo honesto porque contigo libre me siento».

»Creo en nosotros».

»Estoy tan enamorado de ti que me vuelvo loco».

E íbamos a bañarnos y a nadar y a bucear en un mar que es testigo de lo nuestro. Como la luna que él admira, abrazado a mí.

—Nathan...

—Dime, preciosa.

—Nathan, yo...

Que me bese impide mi confesión.

Habrás tantos momentos...

—Guapo, tengo que...

Y detrás de un beso viene otro y otro y otro y otro y...

Y tantos que incluso se distinguen por su forma y su color.

Apasionados y salvajes. Largos y con lengua. Lentos y muy tiernos. Dulces y arrebatadores. Todos sinceros y llenos de necesidad como si le faltaran vida. Como si mis labios se la dieran.

—Rebeka...

—Dime, guapo...

—Rebeka, yo...

Sobre su boca deslizo mi lengua y apasionada la enredo a la suya.

Habrà tantos momentos...

—Preciosa, tengo que...

Sobre él, en mitad de un claro de luna, sobran palabras.

Cuánto deseé estar así. Amándonos en una playa.

Ser así. Libres.

Como el mar.

20
La boda

—¿Dónde está mi corbata?

—Donde todas. —respondo pintándome los ojos.

—No la veo.

—Mira bien...

—No está. Le pedí a la dependienta que la colgara junto al traje, y no está —insiste, ofuscado, y yo salgo del baño para ayudarlo a buscarla.

Colgada en un percha la encuentro, detrás del traje.

—Miras, pero no ves —comento y se la doy.

—Qué haría yo sin ti.

Me da un beso en la mejilla y termina de arreglarse.

—¿Nervioso?

—¿Y tú?

—No.

—A mí me tiembla hasta el pelo.

—Normal. Si yo fuera la madrina también estaría de los nervios.

Me mira y sonrío.

—¿Cuánto te falta? No quiero llegar tarde.

—Me pongo el vestido y ya.

Tras hacerme un guiño, agarra el móvil para responder a quien sea que lo llama.

—En una hora tu prima se casa, ¿has pensado en que, quizá, quiere que estés presente? No llegues tarde, Junior.

Cuelga, cabreado.

—¿Qué pasa?

—Que él y Betty se han dormido y acaban de salir de donde quiera que estén. ¿Cómo pueden ser tan irresponsables?

—Tranquilo, seguro que llegarán a tiempo.

—¿En autocaravana? ¡Ja! Ni de coña —espeta—. Dime, Harold —responde al móvil, otra vez—. Lo sé. Acabo de hablar con él y me ha dicho que lo intentará. Ya lo conoces. Está bien. Sí. ¿Cuánto tardarás? —pregunta, impacientándose, y le digo que diez minutos—. Veinte minutos. De acuerdo. Hasta ahora —cuelga y se me queda mirando—. ¿Iremos en coche o paseando?

—Paseando.

—No sé para qué pregunto.

Salgo corriendo del baño, y él viene detrás de mí y me mete prisa mientras yo me meto en un tubo de tela color vino.

—¿En qué momento dije que sí a este maldito vestido? Qué calor...

—Vaya... —expresa—. Me gusta tu culo, preciosa —opina y me lo toca y lo pellizca y lo agarra con las dos manos.

—Haz el favor de centrarte y súbeme la cremallera.

—Es muy ajustado.

—La culpa es de tu prima y de sus amigas. Parezco un rollito de primavera.

—Estate quieta.

Los dos de punta en blanco nos miramos en el espejo y nos decimos que estamos muy guapos. Acto seguido salimos pintando para ir a casa de Helen.

Por fin ha llegado el día. Los invitados se agolpan en la entrada, a la espera de ser recibidos por la madre de la novia. El nerviosismo de Nathan no es nada comparado al de Helen, que nos saluda con el brazo en alto, nada más vernos. Como su hija, que, asomada a la ventana me hace un gesto para que vaya a su encuentro, cuanto antes.

Tras dejar a Nathan con Harold, a la espera de que llegue Jackson con su familia, me encuentro con Erika y sus damas de honor.

—¡Hola! —gritan las seis cotorras—. ¡Vamos todas iguales, qué ilusión!

—¡No me había dado cuenta! —grita mi lengua, y la seis cotorras se agolpan a mi alrededor, agobiándome.

Mientras a Erika le hacen fotos admiro su alegría, idéntica a la alegría de su vestido de novia.

—Estás guapísima —confieso y la abrazo.

—Muchas gracias. ¿Has visto qué bonita está la casa?

—Claro.

—Estoy tan contenta...

—Como para no estarlo.

Sentada a los pies de la cama, resopla varias veces seguidas para evitar emocionarse.

—Ni se te ocurra llorar.

—Eso intento... —solloza.

—Aprieta el culo, endereza la espalda, mira al frente y di, *“me caso con el hombre de mis sueños, voy más guapa que nunca y a quien no le guste que no mire”*.

Lo hace riendo, junto a mí.

—¡Qué guapa! —oímos gritar.

—¡Sidny!

Erika abraza a su sobrina, vestida de princesa de cuento de hadas.

—¿Algún día me dejarás tu vestido?

—Cuando seas tan mayor como yo.

—Sidny, deja a tu tía. —dice Angélica entrando en la habitación—. Oh..., Erika, tú siempre tan llamativa... —opina, con Michael en sus brazos.

—Hola, pequeño. —saludo al crío.

—No soy pequeño. —replica, enfadado.

—Hoy no tiene un buen día —disculpa su madre.

—No te preocupes. Iré a ver si ya ha llegado el novio.

Me alejo del gallinero, y en el jardín veo a Jackson hablando con Nathan.

Qué guapo está. Parece un caballero andante. Se ha cortado el pelo, sonrío ilusionado y su pose es de galán.

—¡Jackson, estás buenísimo! —grito yendo hacia él, y Nathan escupe el vino en el césped—. ¡Ya verás cuando veas a Erika!

Lo abrazo, efusiva, y él me corresponde transmitiéndome su nerviosismo.

—A Nathan no le ha sentado bien tu comentario —susurra y ríe.

—Lo que no le ha gustado es que lo gritara a los cuatro vientos.

Al mirar a mi hombre, alza su copa para demostrarme su complacencia según camina hacia nosotros.

—¿Me das la flor? —me pide.

—¿Qué flor?

—El imperdible.

Nathan señala las flores que su tío y su amigo llevan en la solapa de sus americanas.

—Yo no la tengo —respondo, confusa—. Te he dicho esta mañana que la dejaba en el mueble de la entrada.

—Y yo que la llevaras en tu bolso, ¿has mirado bien?

—Aquí no caben más cosas. —comento al abrirlo para enseñarle que sólo llevo el móvil y un pintalabios—. No está, ¿has mirado en tus bolsillos?

—Yo no lo tengo, Rebeka. Daba por hecho que lo llevarías tú dentro del bolso.

—Pues no lo tengo.

—Y ahora ¿qué? No puedo ser el padrino.

—No exageres. Iremos a casa y ya está.

—No hay tiempo. Erika bajará en quince minutos.

—Nos da tiempo, de sobra.

—Tenemos que encontrar otra solución. Si Erika baja y yo no estoy me matará.

—Está bien. Iré yo.

Ni le dejo replicar. Salgo de la casa con tal correprisas que soy la comidilla desde el jardín hasta la entrada de la finca. Me quito los zapatos y los llevo en la mano. Me subo el vestido por encima de las rodillas y camino apresurada. Y en cuanto pierdo de vista la casa echo a correr en plan estampida.

Nada más llegar encuentro las florecillas en donde las dejé. Y si corrí para venir, vuelo para volver. Eso, sí. La sudada que llevo encima es tremenda. Como la sorpresa que me llevo al llegar.

¿Qué tiene que pasar para que, de una vez por todas, el defecto más grande del mundo se extinga? Pues no lo sé, pero el coche que hay aparcado en la entrada lleva su nombre.

Me cago en la puta.

Con la vista clavada en el coche, mis ganas de torturarla crecen como la espuma.

Ay de ti... Te voy a agarrar de los pelos y voy a darte una patada en el culo para lanzarte fuera de mi órbita como un cohete.

¿Qué coño haces aquí?

Qué ganas de amargarme la vida.

A punto de alcanzar la puerta la veo salir del vehículo vestida con unos vaqueros y una camiseta de lo más vulgar para cómo es ella, con las gafas de sol puestas y una gorra que, si bien disimula quién es para ojos ajenos, a mí no me la cuela.

Así que nadie se da cuenta de que hay una invitada sorpresa llamada Carol Collins, hacia quien me dirijo corriendo como si mi vida pendiera de un hilo, dispuesta a hacerle un placaje de esos que hacen los jugadores de fútbol americano.

La empotro contra su coche, que se pone a pitar, y le agarro de los pelos e inclino su espalda para tumbarla sobre el capó y, así, acercar mi rostro al suyo para amenazarla.

—¿Qué coño haces aquí!

—Niña...

—¡Deja de llamarme niña o te parto los dientes, puta loca!

—¿Tú?

Me estira del pelo, y le doy una hostia.

—La próxima vez te romperé la nariz.

—¡Suéltame, estúpida! ¡Vas a estropearlo todo!

Me vuelve a estirar del pelo mientras intenta patearme, sin conseguirlo. Intento inmovilizarla clavándole el codo en el cuello, y ella se queja, y yo le doy un puñetazo en el costado hasta hacerle gritar tal alto como la luna.

—¡Rebeka! ¡Carol! —grita Junior, al que no he visto llegar—. ¡¿Qué coño hacéis?!

Intenta separarnos.

—¡Déjame, Junior! ¡No te metas!

—Esta es Carol, eh... —oigo decir a Betty.

—¡Para, Rebeka! ¡Suéltala!

—¡Toma! ¡Por loca!

Betty le propina una patada en las rodillas, y Carol pierde el equilibrio y se da de bruces contra el suelo.

—¡¿Rebeka?! —grita Nathan.

—¿Carol?! —exclama Steve apartándose de ella.

—Luego hablaremos. —dice Nathan agarrándose del brazo para alejarme de ella.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta Steve a Carol—. No deberías estar aquí.

A continuación, la mete en el coche, nos pide disculpas y, sin más, acelera calle abajo y desaparecen de mi vista.

—Nos están esperando —avisa Nathan, claramente decepcionado.

Qué a gusto me he quedado. Y porque nos han separado que, si no, le doy de hostias hasta matarla.

Habrase visto la loca del coño. ¿Quién se ha creído que es para presentarse aquí y provocarme de esta manera?

—Arréglate el pelo, haz el favor.

Nathan camina por delante de mí, con el rostro tenso, los puños cerrados y la mirada clavada al frente, demostrándose cuánto lo he defraudado.

Me importa una mierda cómo se sienta. ¿Qué esperaba?

Lo que yo no me esperaba era la reacción de Betty. Ha sido decisiva. Me ha sorprendido, sobremanera. Me ha gustado tanto ver a Carol derrumbarse a mis pies que su intervención ha sido el culmen de mi particular y pequeña venganza.

—Vamos dentro —dice Nathan agarrando mi mano—. Ya tengo suficiente con saber que todos estarán pendientes de nosotros para que, además, centren su atención en cómo vas.

Descalza, con el vestido arrugado y manchado de grasa en un costado, y las tetas a punto de salirse, quizá me importe llamar la atención por mis pintas.

Dentro del baño intento arreglarme, pero el pelo... Y el maquillaje...

Madre mía... Qué puto desastre.

Todo es culpa de la loca. Con lo guapa que iba...

Las dos horas que he pasado en la peluquería se han ido por el retrete. El ramo de flores que Nathan deja sobre la encimera está igual de sucio que mi vestido. No recuerdo que he hecho con él. Lo habré tirado al suelo cuando me abalanzado sobre la Carol de los ...

Joder. Tengo un cabreo que para qué y, encima, Nathan espera a que haga un milagro conmigo sin apartar la mirada de mi reflejo en el espejo como si *Dios* fuera a devolverme a la dama de honor que era antes de verla a ella.

Me está poniendo de un nervio con tanta miradita...

—Hasta los zapatos están para tirar. —comenta mirándolos, tras dejarlos sobre el váter y pasarles una toallita que más que limpiar la tela esparce la suciedad por ella.

—La culpa es de la defectos. No he podido evitarlo. Estaba volviendo con tu alfiler cuando he visto su coche. La odio tanto y me he puesto tan rabiosa que...

—Ya te he visto. Yo y todos. —replica, endureciendo el gesto.

—¿Por qué ha venido? Se supone que no puede salir de su casa.

—No lo sé.

—¿Para qué coño ha venido? —pregunto, ofuscada, mientras intento arreglarme la maraña de

pelos que se ha soltado del moño.

—No lo sé, Rebeka, y la verdad, me importa una mierda. Mi prima está esperándonos y a ti parece darte igual.

—No me da igual.

—Ya está bien. Me da igual hasta cómo vayas.

Me saca del baño a la fuerza y me lleva hasta la entrada en donde los niños me esperan para hacer el paseillo nupcial.

—Te podrías haber peinado un poco... —dice Sidney, en su habitual tono repelente, y yo me toco el pelo intentando disimular el desastre—. Y tus flores dan asco —añade, y la miro con tanta rabia que ni respirar apacigua el cabreo que llevo.

Y ella, orgullosa y petulante, me gira la cara.

—¿Dónde está Erika? —pregunta Michael, y su hermana señala hacia la escalera, por donde ella baja como un arco iris creciente de luz y color.

Está deslumbrante. Agarra el brazo de Nathan y juntos emprenden el camino repleto de pétalos de flores que nosotros esparcimos. En ese momento, cientos de aplausos, gritos de guapa y algún que otro llanto acompañan a la novia por la alfombra roja directa hacia el altar, en donde la espera Jackson sonriendo de maravillosa ilusión.

—¿Qué te ha pasado, Rebeka? —me pregunta Erika en voz baja.

—Luego te lo cuento.

En un jardín repleto de flores, de sonrisas y de felicidad causadas por Erika, también hay asombro y repulsión, a mi paso.

—No te separes mucho. —susurra Nathan, con la voz entrecortada.

—Chicos, id más despacio. —les digo a los niños que, obedientes, ralentizan su caminar.

Al alcanzar a Jackson, los niños le dan un beso y se sitúan junto a sus padres, y yo me dispongo a abrazar a un hombre cuyo gesto torna extrañado al verme.

Ni qué decir tiene la cara que ponen las otras damas de honor al situarme junto a ellas. Es como si no me conocieran. Se separan de mí, lo poco que pueden, para demostrar que no tienen nada que ver conmigo.

Ya les daba yo de lo suyo a las cotorras estas...

Habrase visto.

Cuando Nathan y Erika quedan junto a Jackson, los dos amigos se abrazan y golpean sus espaldas, y Erika se lanza a los brazos de Jackson, con efusividad.

Entre discurso y discurso del oficiante y de los novios, observo a los invitados y su descarada forma de mirarme. No se cortan un pelo en transmitirme su desaprobación. Y entre discurso y discurso, las cotorras aumentan mi avergonzado estar, sin que pueda hacer nada para evitarlo. Menos mal que Erika se da cuenta y las manda callar.

Que yo sonría para mí llama la atención de Nathan, a quien miro para ver si ya se la ha pasado el enfado. Y, sí. Se le ha pasado. Lo que a mí no se me ha pasado por alto es ver a Steve sentado en la última fila como si nada. No recuerdo haberlo invitado. ¿Qué hace aquí?

—A continuación, los novios compartirán con todos nosotros sus votos. Cuando quieras,

Jackson.

Mirando a Erika, se muestra tan nervioso...

—Se supone que hoy, el día más feliz de mi vida, debería decirte cuáles son mis deseos y mis promesas. Pero tú ya los conoces. Conoces cada una de mis ilusiones y sabes que deseo cumplirlas estando contigo. —confiesa, y ella sonríe—. Llevo enamorado de ti toda la vida. Desde el día en que naciste. Yo tenía diez años y tú eras un bebé. Te he visto crecer y hacerte una mujer, y mi amor hacia ti ha ido creciendo contigo. Te esperé. Tuve la suficiente paciencia para esperar el momento oportuno de confesarte lo mucho que te he amado siempre. Y ahora, ahora que todos son testigos de mis palabras, solo tengo una cosa que añadir. —expresa, con ternura, y acaricia su rostro con delicadeza—. Con este anillo te confieso que te amo. Que lo he hecho durante toda mi vida y que ahora lo hago mucho más. Y te prometo seguir amándote con todo el respeto que mereces y con tanta intensidad como lo es mi amor por ti y será hasta el último día de mi vida. Te quiero, Erika.

Llorando ella lo besa y...

—Con este anillo... —dice, con voz temblorosa—. Con este... —reitera, con la voz rota—. ¿Alguien me da un pañuelo, por favor? —pregunta, y Helen, que también llora, se lo da—. Gracias, mamá —dice sonriendo, se limpia las lágrimas y se suena los mocos—. Jackson..., Jacky —rectifica, y él sonríe abiertamente—. Reconozco, y tú ya lo sabes, que no me fijé en ti porque eras el amigo de mi primo. —confiesa, y los dos miran a Nathan, que les induce a continuar—. Pero un día, alguien me dijo que, quizá, mi amor verdadero estaba más cerca de lo creía —añade y me hace un guiño—. No me arrepiento de haber entrado en tu casa aquel día. De decirte lo bueno que estás. De abalanzarme sobre ti y de besarte, sin que lo esperaras, y de escuchar que me amabas como nunca a nadie. Ese día fui feliz. Lo supe al entregarme a ti. Así que ahora, con este anillo, sé que cuidarás de mí y que me amarás como yo a ti. Te prometo que nunca dejaré hacerlo. Eres lo mejor que me ha pasado. Y lo sabes.

—Yo os declaro, marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Su beso es tan largo, seductor y provocativo, que al los diez segundos todos silban envidiosos mientras yo les tiro por encima los pétalos de rosa que me quedaban.

—¡Enhorabuena! —grito entusiasmada.

—¡Gracias, bella!

Erika me abraza fuerte y me dice que soy yo quien los ha unido y que siempre seré su amiga más fiel.

—Te quiero, Erika. Te quiero mucho.

Sus amigas tiran de ella para separarla de mí y felicitarla.

Jackson abraza a Nathan, y a ellos se les unen los amigos de Jackson. En ese instante, Nathan, a punto de entrar en pánico, me hace un gesto que me acerque y me lo lleve lejos del tumulto que se ha formado a su alrededor.

—Lo has hecho muy bien —comento, y él comienza a sudar claramente agobiado.

—Sácame de aquí.

Lo hago, incluso dando codazos para llegar cuanto antes a la entrada de la casa, en donde nos sentamos en las escaleras a esperar a que se calme y sea capaz de controlarse.

—¿Estás bien?

—Dame un minuto. —dice manteniéndose en tensión.

—Nathan. —sorprende Steve—. Siento mucho...

—Ahora, no. —increpa él, sin mirarlo.

—Habla conmigo. —sugiero alertando a Nathan que alza la cabeza y se nos queda mirando con incertidumbre.

—Lo siento mucho, Rebeka.

—La quiero en el psiquiátrico —sentencio—. Lejos de aquí.

—Está de vuelta a Washington. Nadie creyó que fuera capaz de escaparse y hacer algo así.

—La quiero lejos de aquí y a ti también. Adiós, Steve.

Obligo a Nathan a levantarse para entrar en la casa. Dentro del baño, mientras él se moja el cuello yo me escondo en un váter para mirarme las bragas, otra vez, porque de los nervios me ha parecido que algo se me escapaba. Pero ni rojo ni rosa.

Joder...

¿De verdad estoy...

¿Debería preocuparme?

—¿Estás bien?

—Sí, ¿y tú?

—Sí.

—Pues guapo, tú y yo vamos a divertirnos un rato.

Controlando que a Nathan no le dé algo caminamos hacia el jardín y nos mezclamos con los invitados. Hay muchísima gente. Demasiada para mi gusto. Y no digo para el gusto de Nathan. Y si encima tenemos que saludar a diestro y siniestro la sensación de agobio va *in crescendo*.

Vamos por ahí diciendo *hola y cómo está la familia*, a los invitados más poderosos, clientes de la compañía más antiguos, influyentes y adinerados, como si a mí me importara. No sé si a Nathan le importa, pero cumplir cumple con su obligación como él mismo dice. Agradecemos la asistencia a todo aquel que saludamos como si fuésemos nosotros los novios. ¿En qué momento nos hemos convertido en ellos?... Vamos por ahí escuchando decir *me alegro mucho de verte fuera de La Torre, por fin*, a un Nathan que no suelta mi mano, en ningún momento. De hecho, en ocasiones la aprieta tanto que creo que la sangre ha optado por no recorrer mis dedos. Y vamos por ahí, él sintiéndose orgulloso de quién es, y yo agobiándome de tanto saludo y protocolo.

Yo solo quiero beber champagne, picar algo y bailar. ¿Es tanto lo que pido?

—Ya están todos en su mesa. —comento yendo hacia la nuestra—. Mira, ahí está tu hermano y su novia.

—Bueno, bueno, bueno... —dice Junior al vernos—. Quién iba a decir que teníamos entre nosotros a toda una amazona...

—Déjalo, Junior —espeta Nathan.

—A mí no me lo digas, hermanito. No he sido yo quien ha montado una pelea en plena calle.

—Gracias por esa patada. —le digo a Betty, que me hace un guiño.

—Te confieso que desde que Junior me habló de ella sentí la necesidad de explicarle unas cuantas cosas.

Me enseña sus botas de bola de acero, y lo entiendo todo. El derrumbe de Carol, lo de su autocaravana y su pelo medio rapado. Betty es una roquera. Como esa macarrilla que yo suelo sacar de mí en momentos de rabia intensa, de la a la zeta.

Con unas botas verde militar, falda muy corta de tul negro, camisa holgada con bolsillos rotos en color verde oscuro, su pendiente en la nariz, su pelo largo a un lado y el rapado al otro y unos labios tan rojos como la pasión, junto a la delgada línea negra que bordea sus ojos marrones, Betty no es el tipo de mujer con el que Junior nos ha deleitado hasta ahora. Pero me gusta para él como a él le gusta ella. Y lo demuestra cada dos por tres.

Mientras ella bebe cerveza tiene las piernas sobre las de Junior, aunque esté sentada en su silla. Y lo mantiene abrazado y demuestra su cariño hacia él, que acaricia sus muslos, de arriba abajo. A veces más arriba que abajo. Y es que Junior está embelesado de la rubia, y ella prendada de él.

Hasta hoy, nadie creyó que la escapada del pequeño Moore sería tan importante como para traer a Betty a la boda de su prima. De hecho, jamás acudió acompañado a un evento familiar hasta hoy. Así que todos toman su relación en serio, aunque Betty sea muy diferente a ellos.

—No sabes las cosas que me hace.

—Junior, prefiero no saberlo.

—Es una fiera.

—¿Qué tal la ruta en autocaravana? —pregunto intentando dar un giro a la conversación.

—He follado más que en toda mi vida.

—Si lo sé no pregunto.

—Hola, tigresa... —le dice a Betty—. ¿Todo bien?

—Tigresa... —me susurra Nathan agarrándome de la cintura—. ¿Bailamos?

—Sí, por favor.

Junto a otras parejas bailamos una lenta que invita a pegarse. Nathan aprovecha la ocasión para arrimarse como si de aquí nos fuésemos a follar. Me lleva al son de la música y me observa con perspicacia, atrayéndome hacia él, seductor. Me motiva. Abre mis ganas de él. Y me toca el pelo, y un mal recuerdo rompe el momento.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Segura? —insiste y yo me reafirmo—. ¿Por qué has pegado a Carol? Podrías haber pasado de ella y, sin embargo, has caído en su provocación.

—¿Por qué ha venido?, esa es la pregunta.

—Sí, pero...

—No es culpa mía que esa loca se haya escapado.

—No la odies tanto. —dice en tono tan misericordioso que me dan ganas de vomitar—. De alguna manera entiendo cómo puede sentirse y te aseguro que no se lo deseo a nadie.

—¿Y todo lo que te ha hecho?

—Tienes que olvidarlo, Rebeka. Yo lo intento, pero tú ni siquiera te lo planteas, por eso te has liado a golpes con ella. Carol está enferma. Lo está como yo durante veinte largos años y, quizá deberías pensar en que está tan obsesionada con ella misma que es incapaz de ver la realidad.

Apoyo mi cabeza en su hombro, sin decir nada. De alguna manera le doy la razón, aunque me niegue a expresarlo.

—No sé por qué ha venido —continúa—. Supongo que por haberme negado a ir a verla. No lo sé, pero no le daré más vueltas. A mí lo único que me importa es estar contigo y saber que estás bien.

Me besa en la cabeza haciéndome sentir culpable de no haber controlado mis impulsos.

—He hecho el ridículo, ¿verdad?

Se ríe, y yo me escondo en su cuello.

—Ha sido un gran espectáculo. No lo negaré.

Me escondo más.

—¡Atención! —grita Erika—. ¡Atención, chicas! ¡Ya es la hora!

De tirar el ramo. De que las cotorras solteronas se agolpen a la espera de saber quién será la afortunada de agarrarlo al vuelo. De ser la próxima en casarse. Y se lo creen.

Mientras ellas acortan distancias con Erika yo me escondo porque sé que me está buscando con la mirada. Ella espera que sea yo quien alce los brazos y me haga con su ramo porque desea que mi relación con Nathan dé el siguiente paso, pero yo no estoy dispuesta a concederle su deseo ni a ser la novia del año.

—Estaré aquí. —dice Nathan, que da unos cuantos pasos hacia atrás para estar junto a su hermano y Jackson.

—¡Suerte, Rebeka! —grita Jackson, y yo le hago una burla por haber revelado mi posición.

—¡Si lo coges, mi hermanito no podrá echarse atrás! —grita Junior, y se lleva un manotazo—. ¡Joder, Nathan!

—¡Rebeka! —grita Erika y me hace un gesto para que me acerque al tumulto, y yo doy dos mini pasos para que se quede tranquila, aunque no haya disminuido la distancia entre nosotras.

Acto seguido se da la vuelta y...

—¡Una!, ¡dos y....!, ¡tres!

Y el ramo vuela por encima de todas las cabezas y cae a los pies de un hombre. Y qué hombre.

Nathan Moore, el hombre al que todos miran expectantes por saber qué hará a continuación, se mira los pies incrédulo ante el marrón en el que le ha metido su prima. Mientras tanto, yo me pongo más roja que un tomate y soy incapaz de intuir qué piensa hacer Nathan. Lo veo agacharse y recogerlo del suelo. Limpiarlo y sonreír según alza la barbilla y se lo enseña a su prima, que ríe y aplaude entusiasmada.

Me están temblando las piernas de pensar que existe la posibilidad de que a Nathan se le crucen los cables y me meta en su marrón. El corazón me late a tres mil por hora. Los nervios se han enredado a mi estómago y la nube de mi cabeza tiene intención de cegarme.

Respira, Rebeka, respira... No sé si te servirá de algo, pero tú respira...

Una vez más...

Y otra...

Y que dé un paso hacia delante y abra camino entre todas las chicas, lo convierte en objeto de sus miradas. Lo desean. Lo huelo desde aquí. Y que siga caminando y se dirija hacia mí las llena de envidia y a mí de vergüenza. Y que estando a mi altura, enfrente de mí, acaricie mi rostro, me haga un guiño y me diga “otro día, preciosa”, a él lo lleva a darse la vuelta para ir al encuentro de su prima y a mí me deja más tirada que una colilla.

No sé lo que esperaba, pero estoy de un bajón que hará historia.

—Vuelve a lanzarlo —le dice a su prima, que lo besa y se da la vuelta.

En el momento en el que Nathan pasa junto a mí para ir al encuentro de su hermano y de su amigo roza mis dedos, y yo...

Yo estoy muy tonta.

—¡Atención, chicas! ¡Repetimos!

Todas vuelven al punto de partida. Entre ellas me camufló y me encojo y miro hacia otro lado.

—¡Me ha tocado, me ha tocado! —grita alguna.

Necesito un cubata. Y un chupito. O dos. Yo qué sé.

A punto de pedir...

—¿Cómo se encuentra? —sorprende Surinder.

—Bien, ¿y usted?

—Muy bien, gracias. Mi esposa y yo creemos que este matrimonio tendrá futuro. Se les ve muy compenetrados.

—Claro. Un futuro.

Me bebo el chupito de golpe, agarro el cubata y le doy un buen trago.

—No quisiera entrometerme, pero...

—Pero ya lo está haciendo, Surinder —replico—. Ya sabe que a mí no...

—No te gustan los psiquiatras. Lo sé. Pero creo que te vendría bien hablar sobre tu reacción al ver a Carol.

—Puede ser que hablar con alguien para sacar todo el odio que le tengo a esa mujer sea lo más conveniente para mi salud mental, pero esa persona no será a usted —afirmo, de manera contundente, aunque sonría—. No se ofenda, pero creo que lo mejor es que usted vaya a Washington y se ocupe de otra mente mucho más perversa que la mía.

—Buenas noches, Surinder. —saluda Nathan, con Erika del brazo.

—Te estaba buscando. —dice su prima—. ¿Me acompañas al baño?, necesito ayuda.

—Claro, vamos.

—¡Corre, que no me aguanto más! ¡Corre!

—¡Ya voy, Erika!

Antes de entrar la felicitan y la besan demasiadas veces para su vejiga.

—Por fin... —murmura y suspira aliviada.

Mientras ella orina yo pienso en mirarme las bragas. Al hacerlo, nada ha cambiado. Ni rojo ni rosa.

—Jackson me ha contado lo que ha pasado.

—Siento haber aparecido en tu boda echa un desastre.

—Bueno..., cosas que pasan. —dice saliendo del váter y me abraza—. ¿Estás bien?

—Sí, pero me he quedado con ganas de más.

—Y yo me lo he perdido.

Y ella ríe y yo me pongo a llorar.

—¿Qué te pasa?, te prometo que no me importa tu desastre.

—No es por eso.

—Entonces, seguro que es culpa de mi primo.

—Erika...

—Que no, Rebeka. —increpa—. Que yo ya lo dije. Vaya si lo dije...

—¿De qué hablas?

—De que si regresabais a *La Torre* Nathan podría recaer. Y ahora que tú lloras, pues...

—Erika, tu primo está bien. No tiene la culpa de nada.

—Entonces, ¿qué pasa? ¿Lo habéis dejado?

—¡No digas tonterías!

—Rebeka, ahora en serio. Dime por qué lloras.

—Tengo un retraso.

—¿Estás embarazada?

—No chilles, joder —musito agarrándola del brazo para llevarla a una esquina y que nadie nos oiga—. No estoy embarazada, solo es un retraso.

—¿No te has hecho una prueba de embarazo?

—No.

—¿Cuándo fue tu última regla?

—Ya ni me acuerdo. Creo que a mediados de julio.

Erika mete la mano en un bolsillo oculto entre el tul y el vestido y saca su móvil para mirar el calendario.

—Han pasado ocho semanas, ¿y no te has hecho una prueba?

—No.

—Estás embarazada. —asegura.

—No lo sabemos, doctora Moore.

—Pues tú dirás.

—Yo no digo nada.

—¿Mi primo lo sabe?

—No. No sé cómo decírselo.

—Entonces, ¿solo lo sé yo?

—Sí, y como te vayas de la lengua te mato.

—¿Estás embarazada y Nathan no lo sabe?

—Erika, por favor...

—Estás embarazada. —repite, una y otra vez, con una alegría que a mí no se me pega.

—Por favor, Erika. No te precipites. Quizás este retraso solo se deba al estrés que llevo encima desde que volvimos a Nueva York. Además, no estoy preparada para ser madre. Te lo he contado porque... No sé por qué. Supongo que necesitaba desahogarme. No soporto ser la única en saber que no me baja la regla. Me haré una prueba, pero no quiero que Nathan se entere. Si solo fuera un retraso, se desilusionaría.

—Nathan padre...

Intento sacarla de su obstinado ensimismamiento, pero no hay manera. De repente, alguien llama a la puerta, y las dos nos miramos como si hubiésemos robado algo y nos acabaran de pillar.

—¡Ocupado! —grita Erika.

—Erika, soy Nathan, ¿has visto a Rebeka?

Las muecas de felicidad de Erika limitan mi paciencia.

—Estoy aquí.

—Menos mal, llevo buscándote un buen rato.

—¡Primo, qué contenta estoy! —exclama Erika, y yo le pellizco el antebrazo.

—Yo también, Erika. Jackson y tú hacéis muy buena pareja.

Al abrir, ella lo abraza de tal manera que el asombro de Nathan recae sobre mí a través de sus ojos.

—¿Mañana cenamos en *La Torre*?

—Si tú quieres... —asiente él.

—Una cena de despedida, antes de irnos de viaje de novios.

—Claro, prima. Invito yo.

—¡Ja! Qué gracioso eres...

La mirada furtiva que me echa Erika mientras camina hacia el jardín contiene un mensaje sublimizar que me lleva a pensar que cuanto antes me confiese a Nathan, mejor para mí.

—Nunca la había visto así —comenta agarrando mi mano.

—Es el día de su boda.

—¿Esta noche dormirán acá? —sorprende Lola.

—Nosotros no, Lola. Volveremos a casa.

—Muy bien, señorita. En casa de una mejor que en ninguna.

—Creo que ha bebido demasiado. —opina Nathan.

—Yo también. Ahora vuelvo.

A punto de vomitarle encima regreso al baño.

—¿Estás bien? —pregunta desde el otro lado.

—Sí.

—Nathan, algunos invitados se marchan, ¿me acompañas?

—Enseguida, Harold. ¿Seguro que estás bien? —insiste, preocupado.

—Sí. Ve con tu tío.

Al salir me doy de bruces con Helen, Bea y mi madre.

—¿Te encuentras bien, hija?, estás pálida.

—Solo un poco mareada.

—El champagne, que se le sube a la cabeza —opina Bea.

—Vamos, os enseñaré una fotos de las islas. —dice Helen invitándolas a entrar en el salón biblioteca.

Mientras espero a Nathan veo a Erika y a Jackson hablar con Steve. El paseo de vuelta a casa me recuerda a los paseos que dábamos en Barcelona o en Ibiza. Él me pone su chaqueta sobre los hombros y pasa su brazo por encima para que apoye la cabeza sobre su hombro. Tan encantador.

—Creo que me he perdido algo.

—¿A qué te refieres?

—Lo del viaje a Bahamas. —confieso extrañándolo.

—Ya te dije que lo estábamos organizando Junior y yo.

—Creo que no deberíamos ir. Supongo que Jackson y Erika querrán estar solos, y que vayamos todos, pues...

—Solo serán dos días. Después, ellos se irán a Oriente. Además, fue idea de Erika.

—¿En serio?

—Sí. Estaba ilusionada con pasar unos días con la familia, antes de irse de viaje de novios, así que me pidió que organizara un viaje a las islas. Y eso he hecho. ¿Te parece bien, preciosa?

—Claro que sí. —afirmo acariciando su pecho—. Será nuestra primera vez.

—Sí. Contigo todo han sido primeras veces.

Se para en mitad de la calle, me aúpa y me mira con una felicidad auténtica y dichosa.

—Me encanta pasear contigo. —confieso, y él me deja en el suelo y me abraza—. Creo que te quiero más que nunca.

—Tengo ganas de confesarte algo —dice, captando mi atención—. Lo que deseo. Lo que más nervioso me pone.

—Pues dímelo.

—Lo siento, preciosa. —niega sonriendo—. Tengo ganas, pero no puedo. Lo haré, pero en el momento oportuno.

—En ese caso, hubiera preferido que no me dijeras nada.

—No te enfades. —me pide tocándome el culo tras emprender el trayecto—. Ten paciencia conmigo.

—No he hecho otra cosa que tener paciencia. Y la seguiré teniendo, no porque quiera saber lo que me ocultas, que sí, pero no por eso principalmente, sino porque yo también tengo que decirte algo, aunque no ha llegado el momento, todavía.

Su mirada, tan oscura como la noche, adentra en mí y parece descifrar todos mis acertijos. Mis sueños y mis deseos. Todos mis secretos.

—¿Por qué cuando quiero sorprenderte eres tú quien me sorprende? —pregunta, extrañado, y me levanta del suelo para llevarme en sus brazos hasta la casa.

Al entrar...

—¿Si te pregunto algo me prometes que seguirás siendo así?

—Así ¿cómo?

—Como eres. Como solo yo conozco. Como escondes cuando están todos. Como todo lo que llena tu corazón.

Sus ojos rasgados son tan seductores y su mirada tan intensa y penetrante que, enamorado y de forma embriagadora, me susurra al oído que me hará el amor con frases y poemas como el mío al describir a su persona.

—Pregunta lo que quieras.

—Te he visto despedir a Steve y...

—¿Qué quieres saber? ¿Lo que ha pasado con Carol?

—Sí.

—Cuando se enteró de que no iría a verla enfureció. Le dio un brote y se volvió loca. Los médicos le doblaron la medicación, pero dejó de tomársela. Anoche saltó desde su ventana y condujo hasta casa de Helen, sin parar. Cuando os visteis, tú le diste una paliza, su hermano la llevó de vuelta a Washington y su padre la internó en el psiquiátrico, otra vez.

—¿Hasta cuándo?

—Tranquila. Te aseguro que será por mucho tiempo.

—Eso ya lo dijiste y mira.

Subo la escalera con un cabreo de mil narices y me tiro en la cama con tanta rabia como incomprensible es saber que él no la odia tanto o más que yo.

—Rebeka... Steve se ha asegurado de que esté bajo vigilancia constante. Tanto él como su padre saben que este tipo de situaciones debilita la ya frágil relación empresarial que mantenemos. Te juro que no volverá a escaparse y, si lo hiciera, tú y yo estaremos tan lejos que no importará.

—¿Lo prometes?

—Sabes que por ti haría cualquier cosa.

Y cualquier cosa no hace. Porque si hiciese cualquier cosa yo no lo habría elegido. Él hace, me hace, lo que mejor me ha hecho siempre. Amarme de tal manera que hasta el tiempo se desvanece en su universo azabache.

Y me lleva tan lejos.

Todo mi mundo está en sus ojos al mirarme.

El suyo, dentro de mí.

»La dulzura es acariciar tu piel desnuda y ver cómo se eriza excitada. Percibir el placer de su cosquilleo y respirar su aroma, al deslizar por ti mis dedos».

Arrastrando sus manos por mi espalda se deshace de las sábanas para seguir acariciándome, fiel a sus palabras.

»Mi romanticismo nace al verte sonreír, al sentirte cerca, al soñarte y saber que me abro a ti, sin obstáculos que lo eviten».

Sus besos se cofunden con sus lamidos. Su lengua resbala lenta por mi cuello mientras sus manos aprietan mis muslos.

»Mi pasión escapa de mí cuando observo tu cuerpo, cuando en tus ojos me pierdo, cuando me encuentro dentro de ti llevado por el deseo de amarte».

Muy dentro tengo sus dedos. Muy cerca está su boca de la mía. Demasiado caliente está él sobre mí para contrariarlo.

»Mi entrega a ti libera mi yo más sincero. Mi esperanza más profunda. Mi tentación más irresistible. Mi alma blanca».

Me penetra despacio mientras sus dedos acarician mi clítoris y yo agarro las sábanas, en su vaivén corporal. Y me agasaja con sus palabras y me estira del pelo, de buena mañana.

»Soy real. Mi persona está completa. He renacido estando a tu lado. Y me subyugo a ti, voluntariamente».

Me muerde en el cuello, salvaje, sin dejar de embestirme.

»Mi corazón arde en tu mirada. Ya no estoy perdido. Tú, sólo tú, eres mi vida. Mi eterna compañía».

Mordiéndome la almohada me corro. Mojando las sábanas jadeo. Con él dentro de mí y con sus ojos en los míos, tras girarme para que vea el placer que me provoca, me susurra que me ama con una locura indescriptible.

Tanto lo siento que soy su pecado. Tanto como la soberbia que siente de poseerme.

—Buenos días...

—¿Cómo puedes decirme estas cosas y esperar que te desee un simple buenos días?

—Solo eso me basta, si lo haces cada mañana.

—Nunca dejes de recitar.

—Nunca.

—Nunca dejes de escribir.

—Nunca.

—Nunca dejes de amarme.

—Nunca dejes de estar enamorada de mí.

Me mete la lengua en la boca y, viril pervertido, me vuelve a penetrar hasta colmarme de él como ya creo que lo estoy.

La prueba

Camino con un correprisas que para qué y con un nudo en el estómago tan grande como yo. En cuanto vea una farmacia me compro una prueba de embarazo. Necesito una respuesta, ya. Salir de esta incertidumbre que me está matando.

No sé lo que quiero. Si positivo o si negativo. Voy dando tumbos entre ser madre y no serlo.

En la primera que veo abierta entro y compro dos pruebas de diferente marca, por si acaso. Por si acaso una falla o por si acaso meo mal. Por si acaso Nathan pide una segunda opinión o por si acaso ambos resultados difieren.

Por si acaso.

Y el caso es que el si acaso no debería ni existir si, desde un primer momento, hubiera hecho los deberes. Si me hubiera tomado la píldora cuando tocaba. Si no se me hubiese ido la pinza o me hubiese arriesgado como si no supiese qué iba a pasar.

Si hubiese hablado con Nathan antes de haberme dejado llevar por mi enajenación transitoria. Habrase visto.

Frente a la puerta del apartamento de Erika, me pienso muy mucho si hacerme la prueba con ella o si hacérmela sola.

Y llamo, y me abre Jackson, en calzoncillos.

—Pasa.

Al entrar, el vestido de novia y su traje están tirados en el suelo, junto a su ropa interior.

—Espero no haber interrumpido.

—Acabamos de despertarnos. ¿Quieres café?

—No, gracias.

—¿No? —pregunta extrañado—. ¿Estás bien?

—Sí.

—¿Estás segura?, tus pies no paran.

Sentada en el sofá me los miro y me doy cuenta de los golpes que doy contra el suelo.

—Solo estoy un poco nerviosa, ¿Erika tardará mucho?, tengo cosas que hacer y...

—Hola, bella. —saluda, con una resplandor en el rostro que envidio—. ¿Cuándo habéis llegado? Nosotros nos hemos dormido y no hemos visto a nadie, todavía —comenta yendo hacia su hombre, que la besa delicado.

—Acabamos de llegar, ¿podemos hablar?

La llevo del brazo hacia el baño y nos encerramos dentro.

—¿Qué pasa?

—He ido a la farmacia.

—¿Sí?! —exclama, entusiasmada.

—Calla —reprendo—. Aún no he hecho nada. No quiero hacerlo sola, ¿me acompañas arriba?

—Me visto y subo.

Al salir, su alegría desconcierta a Jackson, que ni pregunta, sabedor de nuestros secretillos. Como suele decir.

—Hasta luego, Jackson.

—¡Adiós, Rebeka!

Cierro la puerta de golpe, respiro profundamente sin soltar el pomo y miro hacia el techo y le rezo a todos los dioses que existen.

No sé lo que quiero. Si positivo o si negativo.

En mi espacio vital, doy vueltas alrededor del sillón sin apartar la mirada del ventanal. Espero a Erika, con un desespero insoportable. En mis manos está lo único que dará respuesta a mi gran duda. En mi cabeza sopeso qué sería lo mejor para mí, para los dos. Y en mi corazón siento que es que sí, y me da por temblar como quien yo me sé.

—¡Vamos, vamos, vamos! —grita Erika y echa a correr hacia el baño, tan alterada que hasta ese me han ido las ganas de mear—. ¡Vamos!

Me mete dentro, abre una caja, saca el palito y me dice que lo mee. Lo hago temblando y me aguanto el resto del pis para el siguiente palito.

—Hay que esperar un minuto.

—Toda una vida...

Con la cabeza gacha miro hacia el suelo y para no mirarlo cierro los párpados. Pero los vuelvo a abrir y me vuelvo a perder en las baldosas, tan nerviosa que mis rodillas tiemblan y no hay manera de que paren. Respirar profundamente no me ayuda. No llena mis pulmones. No me calma.

—¡Sí, sí, sí, sí, sí! ¡Estás embarazada!

—No puedes ser.

—¿Cómo que no?!

En el palito hay dos rayas tan rojas que ni la lejía las borraría.

—Hay que repetirla.

—Si dice que sí es que sí.

—Da igual, se repite y ya.

Humedezco el segundo palito, cuanto apenas. Erika no deja de aplaudir, mientras tanto. No deja de saltar. De decir que estoy embarazada. De asegurarlo.

—¡Qué emoción! ¡Nathan padre! —grita—. ¡Vas a ser madre! —grita más, y el corazón se me sale del pecho cuando miro el segundo palito y veo que no existe más color para mí que el rojo intenso.

Tan intenso como la pasión.

—Estoy embarazada —murmuro.

Me subo las bragas, me siento en el váter y me pongo a llorar. Solo me sale eso; llorar, no sé por qué.

—Estás embarazada... Estás embarazada... Estás embarazada...

—Deja de canturrear, por favor —sollozo, y ella se agacha.

—Pero ¿por qué lloras?, ¿no quieres tenerlo?

—Sí, sí que quiero.

—Pues sonríe. —dice intentando alargar mis labios—. Una sonrisa pequeñita... —insiste, y la miro como me pide, así, sonriendo débilmente—. Así me gusta, que sonrías y no llores.

—Estoy embarazada. —repito, incrédula.

—¡Sí! ¡Qué emoción! —exclama de vuelta a su inmensa alegría, que incluye saltos y aplausos—. ¿Cuándo se lo dirás a mi primo?

—Tu primo...

Me tapo la cara y se me cae el mundo encima.

—Madre mía cuando se entere... —expresa batiendo las manos—. Madre mía la cara que va a poner cuando se entere...

—Su cara... —repito mirándome en el espejo—. No tengo ni idea de cómo decírselo.

—¿Qué tal esta noche durante la cena?

—¿Delante de todos?, ni de coña.

—Jo..., yo quiero ver la cara pone...

—No pienso decírselo en la cena. —aseguro, y ella me ruega que lo haga—. Que no, Erika. Que delante de todos, no. Imagina que le da por tener un ataque, no me lo perdonaría.

—¡Pero si será el hombre más feliz del mundo! —exclama dando vueltas con los brazos abiertos—. ¡El más feliz del mundo!

El arco iris en donde ella está no es, ni por asomo, para mí.

—Se lo diré cuando estemos solos. Cuando me haga a la idea. Cuando sepa cómo decírselo.

—Pues no hay mucho que pensar. Le dices, *Nathan, vas a ser papá*.

Oímos el tintineo del ascensor.

—¿Rebeka?

—Calla —impongo tapándole la boca—. ¡Estamos arriba!

—¿Estamos?

Lo guardo todo dentro del bolso y salimos del baño.

—¡Hola, primo! —grita Erika—. ¡Cuánto me alegro de verte!

Lo abraza tan fuerte que él se extraña y me mira y se ríe.

—Señora Patterson, o debería decir, ¿Señora Moore?...

—Pues la verdad es que aún no lo hemos hablado. Quizá, mantener el apellido familiar sea lo más conveniente para la compañía y mi futuro empresarial —opina ella.

—Eso creo yo, pero háblalo con tu marido. —le aconseja Nathan—. Un matrimonio se basa en la sinceridad y en el respeto mutuo. Si sabéis mantener ese equilibrio sin despreciar vuestra propia personalidad y sin intentar cambiar al otro, sino aceptándolo, siempre estaréis juntos.

—Muchas gracias, primo, ¿puedo darte yo un consejo?

—Por supuesto. —accede, confuso.

—Ya que sabes tanto de relaciones y de matrimonios...

—Erika... No vayas por ahí —le reprende.

—¿Te lo has planteado? —pregunta, y él se tensa—. Sí, primo. Quizá deberías casarte con ella. —opina y lo besa en la mejilla mientras él lo niega y yo evito mirarlos—. Ciao, bella. Nos vemos en la cena.

Al lanzarme un beso me incita a que confiese.

—Ya te contaré...

Su risilla me pone nerviosa, pero no más que tener a Nathan a mi vera y a una parte de él dentro de mí.

Los patos del parque

—¿Damos un paseo?

—¿Por dónde?

—Por el parque. Creo que hay algo que deberíamos hacer antes de marcharnos.

De la mano me lleva como yo hacía con él hasta llegar al lago. Caminamos lento hacia el embarcadero. Alquilamos una barca y compramos pan. Al subir, me siento enfrente de él.

—Han tenido crías. —dice señalando los pequeños patitos que van detrás su madre en fila india mientras rema en dirección hacia ellos—. Cinco, el del plumaje verde y marrón, y siete el gris.

—Yo solo veo tres.

—Los otros están debajo de aquel saliente. —señala y deja de remar para sentarse a mi lado y tirar migas de pan—. Mira, ya vienen.

Cuatro de ellos graznan y patean el agua viniendo hacia nosotros, junto a su madre, que acelera el ritmo al ver que Nathan lanza un gran trozo de pan.

Parece mentira la calma que me transmite un hombre al que me costó la vida traerlo hasta aquí, la primera vez. Y tira migas al agua y sonríe al ver a los patos comérselas con la admiración digna de cualquier ornitólogo.

—Te gusta mucho el agua, ¿verdad?

—¿Y esa pregunta?, ya sabes que sí. —responde como si nada, y lanza un trozo de pan más lejos que el anterior—. Me gusta el agua. El mar.

—¿Y dónde iremos después de Bahamas?

—No seas impaciente. —replica, con suspicacia—. Todo a su debido tiempo.

—¿Y eso qué significa?

Me acurruco en él.

—Que tengo muchos planes para nosotros. —confiesa, y besa mi cabeza y acaricia mi pelo—. Y no te diré nada porque es una sorpresa.

—Vale. No preguntaré más. —accedo y paseo mis dedos por su pecho mientras él me aferra a sí—. ¿Sabes?, ya he hecho eso que tenía pendiente.

—¿Ya puedes contarme tu secreto?

—Creo que sí.

Cuando lo miro a la cara para confesarme la señora pata asoma la cabeza por encima de la barca y se pone a graznar tan alto que nos asusta y casi volcamos. Mi momento, más roto que nunca, se transforma en otro tan mojado para mí y tan desesperante para Nathan que, aunque intente agarrar el remo que se ha caído ni de coña lo alcanza.

—Estoy chopada.

—Maldito pato...

Con un solo remo tardamos en volver dos vidas. Tres. La suya, la mía y la de no sé quién, dentro de mí. Del embarcadero vamos al camino. Del camino a *La Torre*. Y en *La Torre*, pospongo mi confesión para otro momento.

Para una vez que soy valiente, viene una pata, y me roba las ganas.

Planta a planta hasta la última mi secreto empequeñece como minúsculo es el ser que guardo y protejo.

Un pequeño Nathan. Una pequeña Rebeka. Uno de cada.

¡¿Estás loca?!..., grita mi cabeza.

¿Qué será?, ¿uno o más?..., pregunta mi corazón.

Un pequeño Nathan con sus mismos ojos. Sólo para mí.

Una pequeña Rebeka con mucho genio. Sólo para él.

Mi cabeza y mi corazón se pelean mientras yo sólo pienso en que tenga salud y esté fuerte, sea nena o sea nene.

¿Qué nombre le pondré?

Le doy un trago al café y me quedo mirando la taza y pienso en dejarlo. Pero hoy, no. Mañana, tal vez.

Y me apetece otro. Y Nathan me recuerda que ya llevo tres.

—No deberías tomar tanto café.

Y me toco la barriga, sin que me vea, y al pensar en que debería dejarme el café, aunque sólo sea por ella, algo me dice que debería dejarlo por él.

¿Eso significa que es niño?, me pregunto a mí misma, y siento que algo me dice que sí, desde muy dentro de mí.

Creo que estoy perdiendo la cabeza.

—¿Ya estás?

—Casi —respondo pintándome los ojos.

—Date prisa o llegaremos tarde.

Nada raro en mí.

Cinco minutos después, Nathan baja las escaleras corriendo porque llegamos tarde, y yo lo sigo en mi habitual correprisas.

Ya están todos sentados cuando llegamos al restaurante. Tal y como debe ser, Erika y Jackson son los protagonistas, aunque nosotros seamos la comidilla por nuestra impuntualidad.

La mía.

Mientras esperamos a que nos sirvan los aperitivos Erika me cuenta los lugares que visitarán durante su viaje de novios. Al volver la mirada hacia Nathan, lo encuentro hablando con su hermano, en voz baja. En ese momento, Junior le dice que no con la cabeza y Nathan aprieta los puños, con fuerza, según le dice a su tío que, quizá, deberían cancelar el viaje a Bahamas. Por lo

visto, Junior no ha conseguido los permisos de vuelo y, aunque asegura que los conseguirá, no convence a su hermano, quien, en última instancia, llamaría al señor Anderson, que está de vacaciones.

—Por cierto, prima. Espero que no te importe que Betty venga con nosotros.

—Todo lo contrario, Junior. Estoy encantada de que por fin hayas sentado la cabeza.

—No te hagas ilusiones.

—Eso ya lo veremos.

Como el perro y el gato y el ni contigo ni sin ti, Erika y Junior se enzarzan en una pelea de gallos al más puro estilo Moore. Sarcasmo, ironía y burla, junto a cariño, complicidad y un conocimiento mutuo innegable.

—No quisiera aguaros la fiesta, pero, de momento, no hay nada seguro —interviene Nathan—. A Junior se le olvidó ir a recoger sus permisos y ahora no le dan cita hasta dentro de..., ¿un mes? —le reprocha.

—Esta noche lo tendré solucionado. —asegura él y, acto seguido, le llaman por teléfono—. ¡Ves!, enseguida vuelvo.

Tras besar a Betty sale disparado fuera del restaurante.

Entretanto, todos respiran aliviados menos yo, que tengo un nudo en la garganta que no me deja ni hablar y menos para confesarme delante de todos como me pide Erika, a hurtadillas.

Qué pesada está. Y por mucho que me niegue a ser el centro de atención, ella insiste hasta la saciedad.

Pero, ¡ay! de mí.

¡Ay! de mi ingenuidad.

Que no quiero ser el centro de atención, y va Nathan y me mete en un compromiso idéntico al que quería Erika que yo misma me metiera.

Sin que nadie se lo espere, yo menos, se pone de pie, sirve champagne en todas las copas y dice que tiene una noticia que darnos. A continuación se gira y dirige su mirada hacia mí.

—Sabes que no entraba en mis planes y, quizá, no sea ni el momento ni el lugar, pero necesito hacerlo. No aguanto más. Necesito que sólo seas para mí, como por fin lo es Erika para Jackson.

Junto a ellos, que sonrían cómplices, la familia Moore al completo, que lo mira expectante incluida la nueva, y en compañía de mi madre y Alfonso, Nathan sonríe apocado, desata el nudo de su corbata, alza su copa y me observa, con esos ojos negros que...

Que en su profundidad mis nervios afloran.

Nathan se toma su tiempo para lo que sea que pretende. Parece estar eligiendo las palabras adecuadas. Yo, mientras tanto, quiero que me diga lo que está pensando y no quiero que me diga nada.

No sé lo que quiero.

—¡Suéltalo ya! —grita su prima, que le hace una burla, y Nathan le lanza tal mirada que podría caer muerta ahora mismo.

—Rebeka...

—¡Ya está solucionado! —grita Junior, sorprendiéndonos.

—¿Has conseguido el permiso? —le pregunta Harold.

—Por supuesto, tío —responde él, orgulloso—. Solo teníais que confiar en mí. Cuando quiero algo lo consigo —añade, y me hace un guiño.

—¿Y a qué hora saldremos? —pregunta Bea.

—A las siete y cuarto de la mañana.

—¿Todo listo en la casa?

—Sí, tía Helen. Ya está todo preparado para nuestra llegada triunfal. —afirma sonriente palmeando la espalda de Nathan.

—¿Era necesario que me interrumpieras? ¿No podías esperar? —le reprocha su hermano, ofendido.

—No pasa nada, Nathan —intervengo para intentar calmar su mal genio.

—¿Qué pasa? —pregunta Junior, aturdido.

—Que quería decirme algo y se ha quedado a medias.

—¿Qué me he perdido, hermanito?

—Déjame en paz, ¿quieres?

Antes el confuso asombro de Junior, que alza los brazos en plan defensivo, y el cabreo repentino de Nathan por no haber sido el centro de todas las miradas, yo me quedo con las ganas de saber qué quería decirme y en medio de dos hermanos que se comportan como críos. Uno porque no le da importancia a su impertinencia y el otro por tomársela a pecho.

—No es para tanto, Nathan. Junior no sabía nada de tus intenciones. —comenta Helen, sin lograr apaciguarlo.

Nathan se acaba la copa de vino y se marcha, sin más.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Harold.

—Nathan se ha enfadado —responde Helen—. Creo que iba a declararse.

—¡¿Declararse!? —exclamo, y Erika se ríe.

—¿Y por qué no?

—Pues porque no.

—Ay, Rebeka, ¿cuándo llegarás a conocerlo?

Erika le guiña un ojo a Jackson, y los dos se marchan, no sin antes mirarme como si mi ignorancia fuera su divertimento. Como si supieran todo sobre el universo y yo ignorara los nombres de los planetas. Como si hubieran hecho trampas para ganar y yo tuviera que conformarme con perder.

—Siento haber aguado la fiesta —dice Junior mostrando arrepentimiento.

—Tú no has aguado nada. Ya se le pasará —opina Helen, que le da un beso en la mejilla y acaricia su espalda para consolarlo—. Me voy a la cama. Mañana nos espera un viaje muy largo y salimos temprano.

—Nosotros también nos vamos —afirma Angélica—. Hay que volver a la rutina.

Tras despedirnos unos de otros, subo al último piso de *La Torre* en busca del único que se marchado sin decir ni adiós.

A saber qué mosca le ha picado.

Mirando el parque a través del ventanal lo encuentro, con las manos dentro de los bolsillos del pantalón.

—¿Qué te pasa? —pregunto abrazándolo por detrás, y él acaricia mis manos—. ¿Qué querías decirme?

Tras darse la vuelta entenece el gesto y acaricia mi mejilla.

—Ahora ya no importa. Tampoco era el momento, así que olvídalo.

—¿Seguro?, porque a mí sí que me importa.

—Seguro. —afirma y sonríe—. Aún hay tiempo. ¿Ya tienes hecha la maleta?

—¿Cambiano de tema? —increpo, y él tensa el gesto y se mantiene en silencio—. Sí. Todo listo y preparado, señor.

—No seas así. Mañana será la primera vez que vayamos a Bahamas, ¿no te apetece?

—Pues claro, pero también me apetece descubrir lo que me ocultas. Y no pararé hasta que me lo cuentes.

—Cuento con ello. —admite, y en volandas me lleva a la cama.

Hacer el amor con el mismo ímpetu y ansia que la primera vez me retrotrae a todas nuestras primeras veces. Han sido tantas que las emociones que me despiertan son dispares y van en ascenso. Como el avión que nos lleva a unas islas en las que todos han estado excepto él y yo, en donde me da por pensar en que este es un buen momento para contarle mi secreto.

Él me oculta algo. Intuyo qué puede ser y, aunque lo deseo, pensarlo me pone nerviosa. Pero no es nada comparado a lo que yo guardo. Lo mío es gordo. Muy gordo. Ahora no mucho, pero lo será. Y siento tanto miedo que dudo de este ahora.

Parece mentira. Ni yo me entiendo. Con todo lo que hemos pasado y hecho, y todas las oportunidades que he tenido para decírselo, sigo sin saber cómo hacerlo.

Estoy muerta de miedo. No por su reacción, sino por lo que será de mí, de nosotros, a partir de ahora.

Respira, Rebeka, respira... Sólo es amor. El resultado de vuestro amor.

Dice mi corazón.

Respira lo que quieras. La montaña rusa de emociones que se te viene encima es tan alta como la luna. Así que respira y ve haciéndote a la idea de que tu mundo va a dar un giro de ciento ochenta grados y no volverá a ser lo que ha sido hasta ahora. Prepárate, bonita, y respira.

Replica mi mente.

Tengo muy mal despertar. Siempre lo he tenido, pero hacía tiempo que no era tan malo como el de hoy. Aún no me he tomado mi dosis de café diario y, encima, las ganas de vomitar me persiguen allá adonde vaya.

Hay que joderse.

—¿Qué te pasa?, estás blanca. —dice mi madre, asustada.

—Voy al baño.

Echo a correr, y ella viene detrás de mí.

—Hija, ¿necesitas algo? —me pregunta desde el otro lado de la puerta.

—Ahora salgo, mamá.

Vomito y, cuando creo que voy a parar, vuelvo a vomitar.

—No lo sé. Estaba muy blanca y ha salido disparada.

—¿Qué te pasa, Rebeka? —pregunta Nathan golpeando la puerta—. Déjame entrar.

—Ya está. —aseguro y me lavo la cara, antes de abrir—. Es que no he desayunado.

—No tienes buen aspecto. —dice, preocupado, y me acompaña al asiento, en donde me tumba y me acaricia el pelo.

Poco tardo en dormirme.

»El alboroto me despierta. Al mirar hacia el lugar de donde provienen lo gritos veo a un montón de niños correr hacia mí y rodearme como si estuvieran huyendo de algo. No parecen asustados o nerviosos, pero sí desamparados. Buscan un lugar en donde esconder su temor inocente, incapaces de controlarlo. Su calma es pasmosa y pululan a mi alrededor sin rozar el suelo. Yo intento levantarme para acogerlos y ayudarlos, pero me es imposible. De repente, alto y desnudo, fuerte y apabullante, un ser celestial aparece y nombra a los niños, uno a uno. Ellos lo observan embrujados según él alza su brazo obligándolos a caminar hacia su posición. Yo, encogida en un sillón, solo soy capaz de mirar cómo se van, sin hablar ni gesticular.

El ángel es un intercesor. Su misión es la de amparar almas perdidas, aunque justiciero, en su mirada esconda un halo grisáceo de oscuro deseo que parece iluminarme. Entonces, caigo en la cuenta de que no quiere a los niños, solo los embauca para alejarlos de mí. No se mueve, solo espera paciente mi hechizo. Y quiero, pero no puedo huir de su mirada penetrante para escapar de la atracción que me empuja a levantarme e ir hacia él, que ríe e incluso me incita a seguirlo como hacen los niños, orgulloso aunque tierno.

No lo sabía. Hasta ponerme de pie no me he dado cuenta. Pero ahora sé por qué un ángel me quiere. Ansía subyugarme.

Al mirarme la barriga, estoy a punto de dar a luz. Mi bebé nace, sin sufrir. Como una autómatas acerco a mi bebé hasta él.

No es tu hora, me dice. No ha llegado tu momento, añade. Pero al ser que llevas dentro, sí. Por eso serás tú quien me lo entregue en cuerpo y alma.

Perdida entre la niebla, pierdo al ángel de vista y olvido a mi hijo y a mí misma».

—¡Los niños! —grito sobresaltada.

—¿Los niños? —repite Nathan—. No hay niños, Rebeka, ¿estás bien?

—Qué pesadilla —musito—. ¿Queda mucho?

—En pocos minutos aterrizaremos. —dice abrochándose el cinturón.

Al mirar por la ventana, alucino.

—Madre mía..., pero si hay cientos de islas.

—Es maravilloso. —dice asomado a la ventana, junto a mí.

—¿Has tenido un vuelo relajado? —pregunto, preocupada.

—Sí. Lo peor es despegar y aterrizar, ya lo sabes.

—La primera vez en Bahamas.

—Como siempre, a tu lado.

—Estás muy guapo.

—Y tú demasiado cariñosa.

—Siento interrumpir. —dice la azafata—. Vamos a tomar tierra y deben reclinar sus asientos.

Entonces, Nathan lo hace al segundo, se abrocha el cinturón demasiado fuerte, agarra los reposabrazos tensionando sus músculos y, sin decir nada, espera a que aterricemos.

Un par de saltos, y el sudor de su frente aumenta su tensión.

Rodando por la pista, da la impresión de que ha olvidado su trastorno.

Frenados, su respiración es larga y suavizada, y con mis manos entre las suyas se relaja hasta que la azafata nos da la bienvenida a Nassau, la capital de Nueva Providencia, una de las islas más grandes.

—Por fin... —murmura Bea acercándose a mi madre—. En cuanto bajemos nos tomamos unos cócteles.

Mi madre le dice que sí, entusiasmada.

—Ahora podemos ir a jugar al golf, si te apetece. —le comenta Harold a Alfonso, que asiente ilusionado.

—¡Bienvenidos, pasajeros! ¡Espero que el vuelo haya sido de su agrado! —exclama Junior, al salir de la cabina.

—La verdad es que esperaba algunas turbulencias y unos cuantos meneos. —opina Betty subiéndose a él, a horcajadas.

—¿Nathan, estás bien?

—Esperaré a que todos salgan para bajar. —dice sujetando el asiento con tanta fuerza que parece desear arrancarlo.

—Vale. Pues miraré por la ventana.

Despacio desabrocha su cinturón, se arregla el pelo, respira profundamente varias veces e intenta calmar sus rodillas, entre el ajetreo de las maletas y los comentarios de la familia incluidos los de Erika, que, de camino hacia la salida, no para de toquetear a Jackson mientras él hace lo mismo con ella, con disimulo.

Más solos que la una, espero a que Nathan decida salir, deseando ir a las playas paradisíacas que hay en mitad del océano. Han despertado mi fantasía. En alguna de ellas no vive nadie. En otras solo hay una casa de madera en mitad del arenal. Y en todas hay tanta libertad como libres pretendo que seamos nosotros.

—¿Ya estás mejor?

Me mira, y sé que tiene miedo.

—Creo que lo estoy pensado demasiado. —murmura.

—Lo tenía en la punta de la lengua.

—Venga. Vámonos.

Agarrando mi mano con firmeza me invita a ir por delante de él, que me sigue sin detenerse, en ningún momento, hasta que alcanzamos el tercer Range Rover que nos llevará al hotel, en donde nos alojaremos durante un par de días, ya que, por lo visto, Junior y Betty se irán a una isla apartada llamada Ragged Island, Erika y Jackson a otra más cercana y de nombre Las Exumas, los mayores se quedarán en la casa familiar en la capital y nosotros, como primera sorpresa, así lo llama Nathan, iremos a otra mucho más paradisíaca y deshabitada, en donde dará comienzo algo especial para mí y demasiado importante para él.

Importante...

¿Qué habrá más importante que confesarle al padre de mi hijo o hija que será padre?

Especial...

¿Me contará su secreto?

Durante el trayecto, sus besos me provocan. Sus caricias me excitan. Su voz se me hace irresistible. Y la atractiva energía que desborda, reflejada en su mirada, es tan intensa que llevado por la fogosidad me desnuda y me folla haciéndome sentir que él es todo para mí.

Entretanto, la mampara nos separa del chófer, aunque no de la radio. Que no solapa mis gemidos.

—Muerde mi mano. —dice embistiéndome fuerte, sin que yo sea capaz de controlarme.

Entonces me la tapa con su mano, sus ojos tornan azabache y me agarra de la cintura para adherirme a él y, con furia y orgullo, me susurra que lo deje amarme, semental y dominante. Yo, entregada a su amor, lo demuestre como lo demuestre, me dejo llevar como tantas otras veces mientras se asegura de que mi placer sea solo mío. Y es que, en vez de confundirse con el suyo, entremezclarse y engrandecerse, lo que hace es salir de mí retrasando su momento.

—Te quiero para mí. —dice insaciable—. Solo para mí.

Que llamen a la puerta, a él lo hace sonreír y a mí me pone de un nervio...

—Un minuto. —dice vistiéndose mientras yo me meto en mi particular círculo de correprisas.

Tanto, que me pongo los pantalones del revés.

—Tienes diez segundos —avisa, en tono de burla, y golpea la mampara.

Diez segundos después, el chófer nos mira por el retrovisor y Nathan se acerca a su asiento para taparme mientras yo le doy la vuelta al pantalón.

—Ya hemos llegado, señor Moore. Tome, esta es mi tarjeta. Si me necesita, solo tiene que llamar a este número, no importa la hora.

—Muy amable. Gracias por todo.

Tras darle propina, sale del cuatro por cuatro con cierto temor, pero sin perder la compostura y ese autocontrol adquirido. A continuación, caballeroso me abre la puerta y se inclina para invitarme a salir.

—¡Seguidme! —exclama Junior yendo hacia el hotel.

Gigantesco, está formado por un conjunto de resorts que, en su magnificencia, ocupa gran parte del islote.

—¿Cuál es el nuestro? —pregunto a un Nathan que aprieta mi mano con fuerza y camina con soltura, pero nervioso, alerta, y atento a todo—. Respira...

—Ya lo hago.

Continúa caminando, y Harold palmea su espalda y lo anima a seguir.

—Ese. —dice su tío, al fin, señalando el más alejado.

—¿El que parece un castillo?

—¡Sí! —grita Erika dando saltos—. ¡Me encanta!

—No grites, Erika... —le reprocha Nathan.

—Respira...

Y yo lo hago junto a él, aumentando su inquietud.

—¿Nervioso, hermano?

—¿Tú que crees?

—Creo que deberías relajarte y admirar el paisaje. —opina Junior al verlo preocupado en exceso por controlar todo y a todo aquel que se cruza con nosotros.

—Déjalo, nene. Lo estás agobiando. —opina Betty, con razón, tirando de él.

—Necesito parar —espeta Nathan, frenando en seco.

—Ya casi estamos. —susurro agarrándolo de la cintura para que siga caminando—. Unos metros más y ya.

Y él, en un intento de que sus rodillas no le jueguen una mala pasada, accede al hotel por delante de mí, sin dejar de caminar hasta recepción, en donde esperamos a que nos den la llave nuestra habitación.

—La suite nupcial —dice el gerente.

—¿Nupcial?, creo que se ha equivocado. —replico y le devuelvo la tarjeta electrónica.

—¿Ustedes son Nathan y Rebeka Moore? —pregunta, confuso.

—Él es Nathan Moore y yo...

—Sí. Somos nosotros. —interpela Nathan, y el gerente le da la tarjeta que yo le había devuelto—. Hemos hecho una reserva para cenar, ¿podría comprobarlo?

—Por supuesto. Espero un momento, por favor.

—¿La suite es más barata si simulamos ser matrimonio?

—No.

—¿Entonces?

—¿Tanto importa?

—Su reserva está confirmada. La cena tendrá lugar en la cabaña privada de Cain Cove a las ocho y media. Aquí tiene un folleto de los servicios que ofrecemos, todos incluidos durante su estancia. Si desea contratar cualquier otro servicio que no conste en el folleto, llame a este número. Cualquier cosa que necesite o desee —insiste dirigiéndole una mirada, más que sospechosa.

—Gracias.

—Su suite está en la última planta. Disfruten de su estancia y..., enhorabuena.

—¿Enhorabuena?

Nathan tira de mí dejando mi pregunta en el aire.

—Enhorabuena ¿por qué?

Y da igual lo que pregunte, otra vez, él sólo se ríe y dirige sus pasos hacia la suite nupcial o

Penthouse Suite, en su defecto.

¿Qué me ocultas Nathan Moore? ¿Qué será lo que tramas?

Sumergida en su secreto lo olvido porque yo también tengo secretos. Y para no olvidar.

La suite a la que accedemos es gigantesca, moderna, muy cómoda, perfecta en su mezcla de colores terracotas y verdes, junto al negro, rojo y naranja de la cama, a la que me tiro de espaldas.

—¡Me encanta este lugar!

—A mí también —afirma y se tumba a mi lado.

Al ver la terraza, de un salto me levanto y abro el ventanal para salir y admirar las vistas.

—Vamos, no te quedes ahí parado.

Tiro de él para llevarlo afuera, a la balaustrada, desde donde se ve el exótico paisaje que nos rodea y las cientos de islas de alrededor.

—¿Recuerdas el vestido blanco que te regalé estando en Ibiza? —pregunta abrazándome por detrás—. ¿Te lo pondrás esta noche?

Me muerde en el cuello.

—Si me lo pides así...

Me giro para besarlo.

—¿Me harás el favor de ponértelo para mí? —suplica, con ternura, aunque le tiemblen las manos y unas gotas de sudor invadan su frente.

—Claro que sí, guapo.

—Pues entra en el vestidor. Tengo que enseñarte algo.

Al abrirlo...

—¿Y toda esta ropa? —pregunto asombrada acariciando las bolsas que cubren los vestidos, las camisas y las faldas—. ¿Y estos zapatos?

—Todo es para ti. —asegura descolgando el vestido blanco.

—¿Esto era imprescindible traerlo?

Le enseño la fusta de terciopelo, las correas de piel y el antifaz de seda.

—Esto es mío. —dice acercándose—. Para ti, pero mío.

Con su rostro pegado al mío acaricia mis brazos hasta alcanzar las manos para quitarme la fusta mientras, delicado, besa mi boca y me susurra que ha obligado al gerente del hotel a hacer unos cambios en la ducha para satisfacerme.

—¿Qué has hecho qué?

—Entra y lo verás.

En una de las paredes de la ducha hay dos enganches como los del baño de mi espacio vital.

—¿Esto también era imprescindible?

—Por supuesto.

Cerrando la mampara, firme y enérgico, se quita la corbata y desliza el cinturón con fuerza hasta desencajarlo de la cintura del pantalón. Acto seguido lo dobla y golpea la pared, sin

perderme de vista. Observando mi asombro, lento se acerca y me obliga a darme la vuelta hasta quedar de espaldas al gres, a la espera de saber qué desea y cómo, sobre todo. Pero sus deseos me son pecaminosos, su ardiente pasión me es tentadora y su manera de mirarme, penetrante y desafiante, me rinde ante él, que inhala mi aroma y arrastra sus manos por mi cintura y espalda para deshacerse de mi camisa sediento de sexo.

—Ya sabes de qué va esto, así que no te muevas —avisa enganchando mi muñeca a una correa para, a continuación, levantar mi otro brazo y hace lo propio.

Inclinando la cabeza lo veo rozar mi vagina con su pene. Lo siguiente soy yo subida sobre sus caderas. Retrasando el momento se contonea acariciando mi cuerpo, y solo eso. Y me incita a tocarlo, pero no puedo.

Y cómo le pone.

Con la cabeza erguida observándome ansiarlo, me masturba, y yo me corro, pero no solo eso. También besa mis pechos y me introduce profundamente sus dedos mientras desciende con la lengua por mi vientre hasta alcanzar mi vulva y saborearla con delicia para ver cómo me corro, otra vez.

Lo deseo, fervientemente. Sufro por no abrazarlo. Y él se roza, me agarra del culo y me embiste penetrándome duro mientras yo levanto la cabeza y siento su mordisco. La piel del cuello erizada, y su mirada orgullosa clavada en la mía, da pie a un deseo tan grande como la impaciencia que siento por tocar su cuerpo.

—Me encanta verte así —susurra, salvaje—. Me gusta ver cómo te corres para mí. Me tientas cuando me tocas, cuando pasas por mi lado y cuando me miras como ahora.

—Y cómo te miro.

—Sedienta de mí.

Y abre los enganches y, por fin, él es todo para mí. Para mi tacto. Para mi abrazo. Para mi boca, que muerde su cuello, con desespero.

Abrazada a él, sin nada que evite mis caricias sobre su piel mojada, besándolo ardientemente y apretando mi culo con fuerza mientras lascivo es en sus roces contra mí, en la húmeda pared contra la que me empotra me susurra obscenidades y yo las imagino todas.

»Cuando te veo me entran ganas de follarte. Lo haría delante de todos para que tuvieran envidia.»

»Si estás desnuda se me pone tan dura que, o te follo, o me masturbo pensando en ti. Me masturbaría al verte como ahora. Y lo haría delante de todos para que tuvieran envidia.»

»Contigo en la cama me entran ganas de atarte a los barrotes y dejarte ahí para saciarme cuando me plazca. Lo haría una y mil veces al día. Y delante de todos para que tuvieran envidia.»

—Eres mi diosa.

—Ámame...

No hay más pasión que sentirlo a él sobre mí.

—No resisto la manera en la que me absorbes al estar dentro de ti. Tu calor. Eres mi deseo, mi pecado y mi tentación.

—Fóllame...

No hay más lujuria que sus ojos contemplando los míos.

—Así, preciosa...

Al cerrar los párpados llevada por el indómito orgasmo, me estira del pelo para ver cómo me corro.

—Sí..., córrete para mí...

Su cuerpo contra el mío aviva el sonido de mis gemidos y endurece su músculo. Sujetándome la cara con una mano me obliga a mirarle mientras me sumerjo en un universo exquisito que me recorre el cuerpo de los pies a la cabeza hasta hacerme temblar de placer. Que adentre más en mi interior aumenta el fervor con el que lo absorbo, desinhibida. Y mi orgasmo escapa de mí humedeciéndolo todo. Mis muslos, los suyos y sus dedos, que lame con vicio para saborear la esencia de mi ser.

Rasgando su mirada me observa, con una extrañeza que habla del misterio femenino. Con las manos sobre el gresite intenta sostener el escándalo de su fogosidad mientras se corre dentro de mí. Y son sus ojos de admirar, en su destello febril, que se transforman en pureza insospechada como luz a perseguir de blancura dichosa.

Son..., como un brillo resplandeciente, leve pero existente, aunque lejano como las estrellas. Un silencio tan vívido como el momento compartido. Son flor abierta, compasión y deleite. Eternidad para mi deliciosa manera de amarlo.

—Estoy enamorada de tus ojos. —confieso, entre jadeos de voz inquieta—. De cómo me miras. De lo que me transmiten cuando lo haces. Del secreto que ocultan.

—No ocultan nada. No a ti.

Me besa en la boca, con delicadeza, y me acaricia el rostro.

—Lo son todo para mí. Siempre que me miras, aunque sea de reojo, me pones nerviosa y se me acelera el corazón. Crean en mí la necesidad de saber su porqué. No me resisto a ellos. A la tentación de estar cerca de ti. Me encantaría ser capaz de aguantar tu mirada más de cinco segundos. Pero es tan profunda y misteriosa...

—Uno, dos, tres..., —Me sujeta la cara para que no desvíe la mirada—. Cuatro, cinco..., no es tan difícil.

—Me he ido en el tres.

Me abraza con fuerza y me dice al oído que mis cinco segundos a él lo fascinan.

Tras salir de la ducha me pone un albornoz, me lleva al vestidor y, sin que diga nada, elije mi ropa interior y me pide que, por favor, me ponga todo lo que me ha traído.

—En una hora debemos estar en Cain Cove, ¿quieres hacer algo antes de marcharnos?, ¿quizá dar una vuelta por el hotel?

—¿Lo necesitas?

—No. A partir de mañana estaremos en Islas Ábaco, así que no importa que no conozca este lugar.

—¿Islas Ábaco? —pregunto, con curiosidad.

—Sí. Es otra sorpresa. Ya lo verás.

Vestida de su regalo ibicenco, no sé si es más blanco mi vestido o su cuerpo recubierto de

lino. Al ver su culo prieto me dan ganas de morderlo.

¡Ay!..., lo que te haría sino llega a ser porque te giras...

—Estás maravillosa.

—¿Te gusta?

Doy una vuelta sobre mí misma.

—Es perfecto.

—Tú sí que eres perfecto.

A mi lado se sitúa y emprendemos el camino hacia la cabaña yendo de la mano. Cruzarnos con la muchedumbre lo pone tan nervioso que mi mano se resiente de la fuerza que él ejerce sobre ella. No le digo nada. Aguanto para no perturbar su concentración. Para que no pierda el control. Su respiración entrecortada, silenciosa, ligera y rápida, acelera el ritmo con el que caminamos, de la misma manera que sus pulsaciones.

No conocer la estructura y disposición del lugar altera su conciencia, desestructura su lógica, le abre las puertas al miedo y le provoca sensaciones desconcertantes. Se siente perdido, a pesar de estar a mi lado y de ser guiado por mí, que, sin saber muy bien hacia dónde he de ir, aparento dominar el entorno. Su lucha interna es visible a mis ojos. Las gotas de sudor invaden su frente. Las limpia disimulando mantener la entereza. Ser frío y distante de todo cuanto nos rodea es su única manera de combatir su temor.

—Ven, acompáñame —dice yendo hacia una esquina para alejarnos de la gente que entra y sale de la gran terraza—. Un minuto y salimos.

—Respira...

—¿Cuento, mientras tanto?

—Ya no te hace falta y estar aquí esperando tampoco. Pero si crees que te ayudará...

—Creo que se ha convertido en una costumbre. Me calmo si, antes de salir, me paro y respiro.

—Mira la playa. —sugiero, y él lo hace—. Vamos a verla más de cerca.

Asombrándome como el primer día que estuvimos en una, resulta incomprensible que sea el lugar que más lo relaja, más lo libera, más romántico lo vuelva y en donde más humano sea, tras años encerrado creyendo que salir lo mataría. Y yo me pregunto... ¿Cómo puede alguien temer una simple acera, un pequeño o gran parque o cualquier otro lugar donde respirar aire fresco y no tenerle miedo al océano, a nadar o a caminar por la arena o a estar durante horas observando el mar siendo tan abierto?

Así es Nathan.

Incomprensible y asombroso. Un hombre cuyo trastorno mantuvo oculto su pasión por el océano, escondió su verdadera personalidad y enterró muy profundo su tierna actitud.

Todo un poeta.

—¿Gustan? —pregunta un camarero portando una bandeja de canapés.

—No, gracias. —responde Nathan, y yo, al ver la gamba, casi vomito—. ¿Podría indicarnos cómo llegar a Cain Cove?

—Por supuesto, caballero. En esa bifurcación gire a la derecha. Allí lo recibirá el maître.

—Muy amable.

Yendo por donde nos ha indicado intento disimular mis ganas de vomitar. Pero a Nathan no se le escapa una.

—¿Otra vez el estómago?

—Enseguida se me pasará.

—Llevas todo el día igual. Será mejor que busquemos una farmacia.

—Tranquilo, ya estoy mejor. —miento tirando de él para que siga caminando, aunque no evite que insista en que debería tomarme alguna medicina que calmara mi estómago revuelto.

En la cabaña, más bien, en las cabañas, porque la nuestra, las más grande, está rodeada de otras más pequeñas, e incluye una piscina, me maravillo del camino de madera que nace de ella y adentra en el mar hasta llegar a una plataforma cubierta, también de madera.

—¿Un cóctel de bienvenida? —pregunta una camarera.

Nathan agarra uno, y yo le pido una botella de agua fría.

Ya ves... Hasta yo me sorprendo de mí.

—Cuánto habéis tardado. —opina Junior.

—Me gusta tu vestido.

—Gracias, Betty. Tú también vas muy guapa.

Rara, pero guapa.

—¿Qué habéis hecho en todo este tiempo sin vernos? —le pregunta Junior a Nathan—. ¿Habéis visitado Barcelona o Rebeka te ha tenido esposado a la cama?

—Las dos cosas. —respondo, y él se ríe.

—No has perdido el tiempo...

—Tú tampoco. —comenta Nathan—. No te ofendas, Betty, pero eres la primera mujer en acompañar a mi hermano a un viaje familiar. Creo que le importas.

—¡Rebeka! —grita Erika viniendo hacia nosotros—. Luego nos bañamos.

—Claro que sí.

—¿A qué es increíble? Tenemos nuestra propia terraza, nuestras propias camas, nuestro propio acceso a una playa privada, nuestros propios camareros...

—Nada que no hayas visto antes. —puntualiza Junior.

—Sí, pero ahora estoy casada y Nathan está con nosotros, así que..., ¿no es maravilloso?

Lo abraza, con tanto ahínco y efusividad que la temo.

—Vale ya, Erika...

—Me da igual lo que me digas. —replica, sin soltarlo—. Es increíble que estés aquí. Que Rebeka esté aquí. —añade, y me une a ellos—. Me encanta todo.

—Erika, me estás apretando mucho.

Me suelta, de repente, y me mira con un susto en el cuerpo muy delator. Tanto que amenazarla con la mirada despierta la curiosidad de Nathan.

Si es que...

—¿Qué me he perdido?

A punto de confesarle mi secreto...

—Buenas noches. —saluda Harold—. ¿Todo bien?

—Sí. Creo que ya empiezo a relajarme. —confiesa Nathan.

—Estoy muy orgulloso de ti. —asegura y palmea su espalda—. ¿Nos sentamos?, tu tía está con Beatriz, enseguida vienen. Y tu madre... —añade y evita mirarme—. Tu madre creo que se retrasará, pero nada de lo que preocuparse.

—¿Seguro?

—Sí, seguro. Está con Alfonso. Tranquila.

—Ya..., con Alfonso.

Que sonría como si fuese un niño que ha descubierto a sus tíos haciendo...

Sí. Mi madre también se merece darle una alegría al cuerpo.

Pero, joder..., ¿ahora?

—Este es tu asiento. —dice Nathan—. Y deja de pensar en lo que estarán haciendo Alfonso y tu madre.

—No estoy pensando en ellos.

—Ya...

—Nathan, ¿podemos hablar?

—Claro, Jackson.

Se alejan de la mesa. Entretanto, yo, que no dejo de mirar si viene mi madre o no, pierdo los ojos en todo lo que me rodea, incrédula de estar en donde estoy. Rodeada de un lujo inimaginable, tiempo atrás.

Todas las cabañas, sean grandes o pequeñas, están hechas de madera local y paja, con cientos de flores en todas las esquinas, y las rodean antorchas luminiscentes que destacan el exotismo del lugar. Las tumbonas y sillones permanecen alrededor de las pérgolas, y en las mesas no faltan cestas de frutas y una gran variedad de flores y decoración tradicional. Nuestra cabaña en particular está situada en una tarima más alta que el resto. El agua que nos rodea es de un azul turquesa deslumbrante y transparente. Dan ganas de bañarse y no salir. Y entre todo el decorado romántico festivo en el que me pierdo ensimismada, distingo a mi madre y la felicidad que la

embarga. Agarra la cintura de su novio con una entrega tan romántica que brilla. Él la hace reír, mientras tanto. Son tan cariñosos y desprenden una luz tan pura como armoniosa.

Recordar a mi padre entristece mi visión de ellos dos, pero saber que mi madre es feliz y que ese era el deseo de mi padre, que mi madre fuera feliz, hace que su ausencia duela menos.

—Estás guapísima, hija. —dice y me da un beso.

—Y tú por fin sonríes...

Me abraza mientras Alfonso, muy tímido, saluda a Nathan que, no sé por qué, le ha dado por no estarse quieto ni sentado.

—¿De qué has hablado con Jackson para que ahora estés tan nervioso?

—De nada más importante que tú.

—No me vengas con esas...

—Disfruta de la cena.

Tanto secretismo me deja con la mosca detrás de la oreja.

—¿No me digas que los Collins...

—Olvida a los Collins. Eso se acabó.

—¿Y por qué no paras de temblar?

—Porque...

—El primer plato es una ensalada de aguacate con gambas.

El camarero, a parte de interrumpirnos, también pone el plato tan cerca de mí que el olor que antes me encantaba ahora me provoca arcadas.

Malditas gambas.

—Enseguida vuelvo.

Salgo disparada hacia ningún sitio porque no tengo ni idea de dónde está el baño, así que echo a correr hacia la playa, con la esperanza de que nadie me vea vomitar y tenga que soportar tal humillación. Detrás de unas dunas me sitúo, y todo lo que hay dentro de mi estómago sale por mi boca, aunque no haya nada más que agua.

Al levantar la cabeza, veo a Nathan detrás de mí, junto a mi madre y Erika.

—Lleva todo el día igual. —dice él, creo que enfadado.

—Vuelve con tu familia. Yo cuido de ella. —dice mi madre.

A solas con ellas...

—Rebeka, ¿estás embarazada?

¿Qué no sabe una madre?

Mi confesión la alegra tanto que ella y Erika deberían estar en el Circo del Sol. No saben disimular, por mucho que les diga que todavía no se lo he dicho a Nathan. Menos mal que, con la promesa de que de hoy no pasa, consigo calmarlas y regresar a la mesa como si nada.

—Creo que ya ha llegado la hora de que me digas qué está ocurriendo. —dice Nathan, nada más verme.

—Cuando me digas por qué tiembles te lo contaré.

Endureciendo su mandíbula según introduce la mano en el bolsillo del pantalón me da a entender que su secreto de hoy no pasa.

¿Quizá como el mío?

—Por favor —llama al camarero—. Mi esposa no se encuentra bien y necesita un menú más ligero, ¿qué le aconseja?

Mi esposa...

Así comienza una cena en la que solo me entero de cuánto queda por descubrir, en cientos y cientos de islas.

Habiendo más de setecientas, excepto una treintena, el resto están deshabitadas. Algunas son el refugio de personalidades, actores, cantantes y políticos. Personajes públicos que buscan la soledad y el distanciamiento, en medio de la nada.

Nosotros iremos a una de esas.

Ábacos es nuestro destino más inmediato. Un conjunto de islas, en su mayoría vírgenes, en donde bucear, hacer surf, explorar cuevas submarinas, nadar con tiburones o delfines, ver decenas de tortugas gigantes o sumergirnos en sus enormes y maravillosos arrecifes de coral, sin contar con sus playas blancas de arena fina y agua azul celeste transparente que, en calma, serán mi mayor deleite.

—¿Y todo eso haremos? —pregunto, incrédula.

—Nooo...

—Ya me extrañaba a mí...

—Lo intentaré, pero no te prometo nada.

—La verdad es que, sorprendentemente, el mar te relaja, Creí que te supondría un enorme sacrificio estar en un espacio tan abierto y libre como la playa, pero ¿sabes?, me alegro de que sea así.

—Yo también —admite sonriente.

—Pues eso de nadar entre tiburones no sé, creo que me gustarán más los delfines o, quizá, las tortugas gigantes.

—Muerden y son carnívoras.

—Como tú.

—¿Te pongo un poquito? —nos sorprende Erika con Möet.

—No. —responde Nathan—. Lleva todo el día vomitando.

—Primo..., solo un poquito para brindar...

Haciendo ella carantoñas, y yo prometiéndole que sólo me mojaré los labios, accede.

—Ejem, ejem... —carraspea Jackson—. Quisiera hacer un brindis en honor a alguien muy especial. —dice levantándose, y dirige la mirada hacia Nathan alzando su copa—. Amigo mío, quisiera darte las gracias por todo lo que has hecho por nosotros. —confiesa, junto a Erika—. No hacía falta tanto, ya era suficiente con la boda y el viaje de novios, pero, aun así, gracias por el apartamento de Manhattan. Es increíble.

—Jackson, no tienes por qué hacer esto. Para mí es un honor.

—Sí hace falta, amigo mío.

Nathan se sitúa a su lado y lo abraza.

—Soy yo quien debería darte las gracias. Siempre has estado a mi lado y no hay forma de recompensarte, así que acepta mis regalos y cuida de mi prima, es lo único que te pido a cambio.

—Lo haré.

Erika da saltos de alegría, y ellos estrechan las manos.

Entretanto, sirven los postres, todos sonríen y comentan lo que harán cuando lleguen a sus respectivos destinos, con tanta ilusión como la que sienten por Nathan. Según comentan, por su actual forma de vivir. Tan normal como la de cualquiera. Y aunque esa palabra no le gusta porque cree que la contraria tampoco lo define, la acepta, a pesar de que le ponga nervioso reconocerla. De hecho, sin venir a cuento y sin excusa, sus manos comienzan a temblar y a sudar, aunque lo disimule escondiéndolas debajo de la mesa. Sus rodillas, que también tiemblan, intenta frenarlas. Pesado es su respirar. Y la tensión dominante en sus músculos, a estas alturas, ni mis caricias los relajan.

De repente, en mitad de su casi ataque de pánico y para asombro de todos, se alza empoderado.

—Si sois tan amables de seguirme... —les pide, sonriente, y me mira—. Por favor, Rebeka, ¿me acompañas?

—Claro...

Al agarrar mi mano la besa encantador cautivándome con el brillo incandescente de sus ojos, que se oscurecen y me reflejan. Invitándome a ir por delante de él, me invita a caminar sobre la pasarela.

—Espera un momento. —dice enseñándome la seda que en más de una ocasión me cegó—. ¿Puedo? —pregunta, con voz temblorosa.

—Sabes que sí.

—Te quiero, Rebeka, y voy a demostrártelo.

Un beso da comienzo a mi andadura hacia lo desconocido, o eso es para mí, porque para los demás...

—Qué bonito... —oigo decir a Helen y a Bea.

—¿Esto nos ocultabas, hermanito? —pregunta Junior.

—Demasiado romántico para mí, pero sí, es muy bonito, y a ella le gustará. —comenta Betty.

—Lo ha organizado mi hermano, así que le gustará seguro. Ya te dije cómo es, haría cualquier cosa por ella —apunta Junior.

—Romántico es poco. —opina Erika apretándome el brazo.

—Sobrino, eres increíble. —le dice Harold.

—El gobernador ya está preparado. —avisa Jackson.

—Hija, es maravilloso, ¿a que sí, Alfonso?

—Sí, cariño. —afirma su novio.

Entretanto, ciega y escuchándolos, mi corazón jamás ha ido tan rápido. Es más, jamás en mi

vida había sentido su deseo de escapar de mi pecho, tal y como lo hace ahora. Nunca había tenido la sensación que Nathan siempre me ha descrito sobre su alterado y ansioso trastorno del pánico, o ese espasmo que le lleva a creer que la vida se le escapa si, el corazón, el órgano más caliente y lleno de amor, muere o cree morir, al acelerarse ante el miedo, lo inesperado o las sorpresas, en mi caso.

—¿Preparada? —dice con las manos temblando mientras despacio desata el lazo.

—No lo sé. No sé si estoy preparada, ¿qué has hecho?

—Este era mi secreto.

Al quitarme la seda mantengo los párpados cerrados.

—Cuando quieras —susurra acariciando mis manos con sus dedos temblorosos.

Al abrirlos...

—Wow...

Me tapo la boca abriendo los ojos de par en par mientras él me mira y yo me pongo a llorar porque su secreto es mi deseo y por fin se hará realidad.

Frente a mí hay un camino sobre el agua que lleva hasta una cabaña. Rodeado de antorchas de fuego y lazos blancos es el principio de todo. Idílico es poco, maravilloso se queda corto y paradisiaco es su entorno, pero el significado del todo es tan importante para él que, besando mi mano sin dejar de contemplar mis lágrimas, me transmite tanta, tanta dulzura y cariño, que el deslizarse de sus dedos por mis mejillas me derrite, el fulgor de sus ojos encharcados se adueña de mi alma y el susurrar de su boca confesando su amor me lleva a amarlo incondicionalmente, como él dice que siente por mí y hasta la locura.

Y entre aroma a galán de noche y fresca brisa marina...

Él me espera al final del camino manteniendo en sus manos esa caja del bolsillo. Yo, mirándolo fijamente, sigo a mis pies como llevada por la brisa y la atracción que él desprende. Nathan se mantiene firme, templado y serio, junto a un hombre negro que sonríe y, al mismo tiempo, abre un libro. Y yo, viendo los cortinajes blancos que decoran las esquinas ondear al viento, tan solo deseo llegar hasta él como imán que me atrae imposible de repeler. Pero mi madre, con quien Nathan me ha dejado para que me acompañe, me aprieta tan fuerte la mano y llora tanto que su caminar desacelera el mío e incluso me frena, a punto de llegar.

—Enhorabuena, cariño. —dice agarrando mi rostro.

—No me lo puedo creer. Esto no me lo esperaba.

—Pues créetelo. Te ama, cariño, mucho más que tú a él.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Lo sé, Rebeka. Está enamorado de ti de los pies a la cabeza. No sabes cómo te mira.

—Sí lo sé.

Eso hago con él. Ver cómo sonríe mientras sacrifica todo su ser en su espera de mí.

—Jamás he visto a un hombre tan entregado al amor, así que no olvides contarle lo tuyo. —recuerda haciéndome sentir mal—. Seréis muy felices, estoy segura.

Me besa, aprieta mis mejillas como las abuelas y seguimos caminando despacio hasta llegar al centro de la cabaña, en donde Nathan deja de mirarme para hacerlo a mi madre.

—Raquel... —dice él.

—Cuídala. Es lo único que tengo.

—Lo haré.

—Toda tuya.

Lo abraza mientras él me observa, entre nervios y tensión acumulada.

Enfrentada a su rostro, se me hace insoportable aguantar más de cinco segundos. Mis nervios son tan asfixiantes y mis lágrimas tan abundantes que verlo enseñarme la caja, sonreír seductor, agarrar mi mano izquierda y arrodillarse ante mí, me lleva a taparme la boca y a llorar mucho más, sorda y muda.

—Rebeka. —dice, y yo trago saliva—. Hasta el día en el que te conocí estuve convencido de que no existía ninguna mujer para mí. Creerlo me llevó a la soledad y al encierro de por vida. Dejé incluso de soñar con ser libre y renuncié a mi futuro para no amar. Lo olvidé. Olvidé cómo amar a una mujer. Pero llegaste tú y... Jamás pude imaginar que serías capaz de sacrificarte por alguien como yo. —confiesa y abre la caja y me enseña el anillo, que introduce en mi anular—. Ahora, tú me acompañas, tú eres mi sueño, tú me haces libre, tú eres mi futuro y solo tú mereces mi amor y mi vida. Rebeka, ¿me harías el gran honor de ser mi mujer, mi amiga y mi eterna compañera, mi amante más fiel y el único refugio para mi corazón? ¿Te casarías conmigo?

—Jooo..., pues claro, tonto... —afirmo y me tiro sobre él y nos caemos al suelo—. ¡Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí...

—¿Estás bien?

—Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí...

Agarra mi cara, sus pupilas se agrandan y la noche de sus ojos abrume a mi alma perdida en ellos.

—Te quiero, Rebeka, y soy el hombre más feliz del mundo.

Me besa, y mi lengua impetuosa, a parte de viperina y a veces lujuriosa, se mete en su boca, provocándolo.

Él me mete mano.

—Ejem, ejem... —carraspea alguien.

—¿Y si dejamos la noche de bodas para más tarde, chicos?... —dice Erika.

—Esto se pone interesante —comenta Junior, que aplaude.

—Luego te daré lo tuyo, preciosa...

—Lo estoy deseando.

—Si me permite... —dice el señor que me ayuda a levantarme.

—Gracias.

—Es un placer conocerla. Soy el gobernador Tumas y oficiaré su ceremonia.

Al mirar a mi madre, sí. Ya lo sé, mamá. Ya lo sé...

—Bienvenidos a Nassau, espero que su estancia esté siendo de su agrado.

—¡Esto es una caña, tío! ¡Mola mogollón! ¡Puede estar orgulloso, jefe! —exclama Betty levantando el pulgar.

—Gracias, señorita.

—¡De nada!

—Cómo me gustas... —le dice Junior y la besa.

—Bien. Demos comienzo a la ceremonia. —afirma el gobernador y mira a los invitados—. Si alguien entre ustedes cree que pueda haber algún impedimento que imposibilite la unión de esta pareja, debe expresarlo ahora.

Y yo miro a mi madre y, si lo sé, no lo hago.

—Si yo puedo decir algo... —expreso asustando a Nathan.

—Por supuesto. —accede el gobernador, también asustado.

Al mirar al resto, todos se asustan. Pero para asustados, yo, que pretendía encontrar el mejor momento y el más íntimo y, al final, por cobarde, me toca descubrirme ante un público expectante.

—Siento no haber sido capaz de decírtelo antes.

—Por favor, Rebeka. —suplica Nathan—. Dime lo que quieras, pero hazlo ya, por favor.

Que cuente hasta cinco en voz alta lo desespera.

—Estoy embarazada.

—¡Sorpresa! —grita Erika.

—¿Qué?

—Que estoy embarazada.

—¿Embarazada? —pregunta, incrédulo.

—Sí, primo, embarazada de ocho semanas —matiza Erika.

—Embarazada —reitera él.

—Sí.

—Estás embarazada. —repite, pensativo.

—Sí. Lo comprobé dos veces.

Al darle los palitos él parece embrujado por las rayas rojas, y se muestra aturdido y ensimismado en ellas. Entretanto, los murmullos sustituyen a los abrazos.

—Pero esto no impide que nos casemos —concluye, me mira alargando una sonrisa hasta ahora nunca vista y agarra mis manos para, risueño y dulce, acariciar mi barbilla y decirme al oído... —. Doy por hecho que sigues queriendo ser mía y solo para mí.

—Por supuesto.

—Entonces, tú y yo somos... ¿Ella?

—O él.

Sonríe embaucador.

—Tú y yo somos uno.

Su beso apasionado sabe a sal. A las lágrimas que los dos dejamos caer sobre nuestros labios. Y los aplausos decoran este momento tan especial e importante.

En nuestro abrazo no estamos solos. Erika se nos une y, tras ella, toda la familia.

—¡Os quiero! —grita Erika.

—Ejem, ejem... —carraspea el gobernador—. Siento interrumpir, pero tengo que officiar otra boda y voy con retraso, ¿podemos continuar?

Todos regresan a sus asientos, y Nathan y yo miramos al gobernador, que da comienzo su discurso, con ganas de que termine.

—El anillo. —me dice.

—No lo tengo.

Jackson se acerca y me lo da, y yo se lo pongo a Nathan en su anular izquierdo.

—Por los poderes que me otorga Su Majestad La Reina, yo, Leigh Tumas, su representante en funciones y gobernador de la Mancomunidad de Bahamas, os declaro marido y mujer. Puede...

Ni terminar le dejamos. En un arrebato de furiosa pasión Nathan me aferra a él envolviéndome entre sus brazos para besarme ardientemente. Su lengua adentra en mi boca con tal necesidad de mis besos que me inclina hacia atrás exponiendo mi cuello para morderlo feroz según me aprieta el culo y me clava su erección.

—¡Vivan los novios! —gritan todos.

—Gracias, preciosa. —susurra él—. Dentro de ti está el mayor regalo que podías hacerme. Gracias por dejarme ser parte de ti.

—No sabía cómo decírtelo, estaba muerta de miedo.

—Sabías que lo deseaba. Que algún día te lo pediría.

—Por eso me dejé las pastillas.

Me pellizca en el culo.

—Ya hablaremos de eso...

—Ni se te ocurra reprocharme nada.

—Jamás lo haría, pero esta noticia de última hora impide que hagamos lo que tenía planeado desde hace mucho. Al menos, durante algún tiempo.

Y así me deja. Con la miel en los labios. Con las ganas de saber con qué más va a sorprenderme. Y no será mi falta de curiosidad la causante de que él se mantenga en silencio, sino a que me agarre y comencemos un baile que nos evade y hechiza.

»Más que palabras...

Cierra los ojos, extiende tus manos y acaríciame.

Abrázame muy fuerte y nunca me dejes ir.

¿Qué harías si tu corazón estuviera partido en dos?

Podrías empezar de nuevo, con solo decirme te quiero.

Más que palabras...»

—Nathan Moore. Sí. Rebeka, Rebeka Moore. De unas ocho semanas. De acuerdo, el veinte a las cinco. Gracias.

—¿Con quién hablas?

—Buenos días, preciosa. ¿Has dormido bien?

—Claro que sí.

—¿Y tú, bebé? —Acaricia mi vientre—. ¿Estás bien ahí?

—Nunca te he visto tan contento.

—Señora Moore..., soy muy feliz.

—¿Con quién hablabas, don felicidad?

—Con el ginecólogo. Nos ha dado cita para la próxima semana. El doctor Svensson es uno de los mejores ginecólogos del Estado.

—Ya tengo ginecólogo.

—Pero está en Barcelona, y este es bueno, muy bueno.

—El mío también.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Y tú? ¿Cómo sabes que el Svensson ese es mejor que el mío?

—Preciosa..., yo no hago nada con nadie hasta que lo averiguo todo sobre su persona.

—¿Eso hiciste conmigo?

—No. ¿A qué viene esto?, solo quiero llevarte al médico.

—Claro, perdona.

—¿Qué ocurre?

—Nada. Que no sé qué pasará a partir de ahora.

Me tumba sobre él.

—A partir de ahora, siempre estaré a tu lado. A partir de ahora solo tú importas. Tú y el bebé. Yo solo quiero ayudarte y hacer lo correcto. Lo mejor para los dos.

—Para los tres, dirás.

Vuelve a tocar mi vientre.

—Yo también tengo miedo. —confiesa—. No tengo ni idea de lo que pasará a partir de ahora, pero hay que ir al médico. Ver que todo está bien, que tú estás bien y el bebé también. No te enfades porque sea precavido y esté preocupado por vuestro bienestar.

—No me gustan los médicos.

—Pensaba que solo eran los psiquiatras.

—Todos los médicos, en general.

—Rebeka...

Me tumbo en el otro lado de la cama, llena de angustia.

—Está bien. Iremos a tu ginecólogo, pero luego volveremos a Barcelona.

—No es lo que tengo planeado para nosotros.

—¿Cómo planeado? —pregunto, asombrada—. ¿Has hecho un plan para nosotros sin contar conmigo?

—No es así, exactamente, pero...

—Pero ¿qué? ¿Cuándo has organizado nuestra vida juntos?

Salgo disparada hacia el baño, al sentir ganas de vomitar.

—Esta noche no he dormido mucho.

—¿Has estado toda la noche pensando en cómo será nuestro futuro?

Vomito.

—Ya te dije que mis planes había que retrasarlos, así que he estado reorganizando lo que conocerás en... —dice asomando su reloj por el hueco de la puerta—. Una hora.

—Tú y tus secretos y adivinanzas de buena mañana...

Vuelvo a vomitar.

—Buenos días, mal despertar, tu leche está en la terraza.

—¿Leche?

—Lo siento, preciosa, pero se acabó el café. También tienes tostadas, zumo y algo de fruta.

—¿En serio?

—Sí.

Salgo a la terraza con ganas de comerme hasta la bandeja.

—¿Y adónde vamos?

—No te preocupes por tu ropa. Un bikini será suficiente.

—¿Pero adónde vamos?

—No seas impaciente.

—Venga... —musito y acaricio su entrepierna—. Dímelo...

—¿Estos cambios de humor van a ser constantes?

—Ni idea.

Muerdo la tostada, a reventar de mermelada.

—Yo creo que sí.

Se levanta para ir a buscar su móvil, tras escucharlo sonar.

Mientras tanto, yo como. Y él habla, y yo me bebo el zumo, y él sigue hablando, y yo miro el mar desde lo más alto de este castillo, y él sonrío y habla, y yo me tomo la leche, y él sigue

parloteando, y yo ya he terminado de zamparme el desayuno, y él su conversación, un par de minutos después.

—¿No me has dejado nada?

Miro la bandeja, lo miro a él, encojo los hombros y le doy un beso antes de ir al baño.

Un pareo. Nada más. Ni bikini ni leches en vinagre. Eso, sí. La seda con la que suele vendarme los ojos hay que llevarla, sí o sí.

En la salida del hotel Nathan me venda los ojos y me pide que camine a su par. La madera cruje bajo nuestros pies y el aroma que respiro tiene sabor a sal. Vamos hacia la playa. Piso la arena. Oigo el rompeolas. Un motor.

—No te asustes. —dice, y el agua moja mis pies—. Ya puedes mirar.

Al quitarme la seda abro los párpados y veo, delante de nosotros, una lancha, pero detrás de ella vislumbro un barco.

Un marinero nos invita a subir a la lancha, y el capitán nos saluda acariciando su gorra.

—Vamos a dar un paseo.

—¿En lancha?

—Sí.

—¿Estás seguro?

—No. Pero creo que podemos probar a ver qué pasa.

—¿Y si...

—Estoy bien, y no quiero pensar.

—No he dicho nada.

—¿Qué?, ¿lo intentamos? —pregunta y encoje los hombros como si necesitara mi permiso para atreverse a hacer algo inaudito.

Sentados el uno al lado del otro clavamos la mirada en el horizonte. El motor ruje con fuerza. El capitán acelera más y más y emprendemos la marcha.

—¡Esto es increíble!

—Señora Moore, señor Moore, enhorabuena. Soy el capitán Crop, y estaré a su disposición durante toda la travesía y su estancia en el Free Sea.

—¡Gracias! —grito exaltada y me levanto para estrechar su mano—. ¡Esto corre mucho!

—¡Sí! —afirma y ríe a carcajadas—. ¡Pero seré prudente!

—¡Por mí no lo haga! ¡No pasa nada si acelera un poquito!

—Nena, no me pongas más nervioso.

—Es que me emociono.

Obediente, el capitán acelera el ritmo, y yo me caigo de culo en el asiento.

—Procura no caerte al agua, no sé si iría a buscarte.

—¿En serio?

—No. Pero no te muevas mucho.

De la cintura me agarra para asegurarse de que no me muevo. Con mis manos entre las suyas y mi cabeza en su pecho mantengo la mirada en el horizonte, al que nos acercamos, aunque jamás vayamos a alcanzarlo. Nathan me besa en la cara, sonrío mientras lo hace, acaricia mis dedos, relajado me toca el pelo y me dice que me quiere y, al mismo tiempo, señala algún velero que otro a nuestro alrededor según comenta que no entiende a quien no teme adentrarse en el mar.

Le parece admirable. Le encantaría controlarse hasta el punto de hacerlo. Y entre confesiones y besos me revela que para empezar, no está mal un barco.

—FreeSea. —leo en el casco, tal y como dijo el capitán.

—Si no te gusta podemos cambiar el nombre.

—¿Es tuyo?

—Nuestro.

—Vale... —expreso, incrédula, y me giro para mirarlo a la cara—. ¿Ese barco es nuestro?

—Sí.

—Volveré a preguntar, ¿de verdad que ese pedazo de barco es tuyo?

—Nuestro.

—¿En serio?

—Últimamente crees que todo lo que digo es broma.

—Esto es increíble...

Me pongo de pie.

—¿Puedes hacer el favor de volver a sentarte?

—¡Pero si es más grande que el del jeque!

—No me acuerdo del barco del jeque y, la verdad, me da igual si es más grande o no, yo solo quiero que te sientes y te relajes, por favor.

—Vale.

—Gracias.

Pocos después, alcanzamos el barco.

—Señora Moore...

Un marinero me cede la mano para que suba a bordo.

—Mejor, Rebeka, eso de señora..., eso es de más mayores.

—Señora Moore, haga el favor de subir a su barco. —dice Nathan, con cierta ofensa, y me pellizca en el culo para llamar mi atención y decirme que, aunque no me guste, me acostumbre, porque lo escucharé a menudo a partir de ahora.

—Bienvenidos al FreeSea. —saluda el capitán, ya a bordo—. Si me permiten, les presentaré a su tripulación.

A saber: una médica; un prestigioso cocinero, un camarero y dos personas más que se ocuparán del mantenimiento es la tripulación civil a nuestro cargo y servicio. El resto hasta doce dependen y obedecen al capitán, que no tarda en mandarlos a sus labores para que nosotros podamos ver, tocar, disfrutar e incluso vivir, eso dice Nathan, en nuestro barco.

—¿Vas a contarme el resto de tus planes?

—Hice muchos estando en Ibiza.

—Estoy esperando, señor Moore.

Después de organizar todo lo que hemos vivido, habló con el mundo. Sí, con el mundo entero. Con todos los puertos principales del mundo. Tuvo el deseo de hacer realidad su sueño. Viajar alrededor del mundo en barco, durante tres años. De hecho, sólo hacía falta mi visto bueno para dar comienzo a su viaje de ensueño. El nuestro, mejor dicho.

—¿Has hecho todo eso y yo no me he enterado? —pregunto alucinando con el tiempo a su favor, y él endurece el rostro.

—Crees que ya no sueño, que ya no sufro mientras duermo, pero me despierto. No tengo espasmos y el sonambulismo ha desaparecido. No me acucillo aterrorizado de mí mismo. Pero recuerdo el dolor y ya no vuelvo a conciliar el sueño. Lo he intentado, pero me es imposible dormir.

—Pero siempre estás conmigo. Si te fueras lo notaría.

—No suelo irme muy lejos. —comenta, sonriente—. A veces, me quedo mirándote dar vueltas en la cama, revolverte entre las sábanas, luchar contra algo que no existe. Pero enseguida te relajas. Ni siquiera te das cuenta. Me tumbo a tu lado, me abrazas y escuchas mi corazón hasta relajarte.

—¿Por qué no me lo dijiste?, podría haberte ayudado.

—Porque soy yo quien debe de aprender a no luchar contra mí. Contra el hombre que a veces me domina y que desea volver a su antigua vida. Porque gracias a que me enfrento a quien fui ahora estamos aquí.

—Nunca dejarás de sorprenderme.

—Eres tú quien siempre me sorprende.

Me besa manteniendo sus manos en mi vientre.

—Siento que no podamos ver mundo.

—Solo lo he retrasado. Para empezar vamos a islas Ábaco.

—Ya tengo ganas de verlas...

—Pues yo quiero ver otra cosa. —revela mordiéndome en el cuello—. ¿Me acompañas? —Me lleva al interior de nuestra casa flotante—. Proa. —señala de donde venimos—. Y eso, popa. —señala el otro extremo del barco.

—La entrada y la terraza trasera.

—Sí. La entrada y la terraza trasera, con piscina y una zona de recreo.

—¿Qué tipo de recreo?

—Curiosear.

Y madre mía lo que ha dicho...

Curiosear: uno de mis verbos favoritos.

Sin embargo, él me deja ver sin mirar y acariciar sin tocar o probar porque el camarote principal le resulta mucho más íntimo y reconfortante.

Terracota y marrón, el camarote más grande tiene vestidor, salida directa a popa y baño propio. Y como en un recuerdo fugaz, el jacuzzi es el único lugar en donde despejar mi mente.

—Qué cómodo... —expreso sentada en un sofá reclinable y hecho para mi espalda—. La verdad es que podría vivir aquí durante tres años o toda la vida. Es gigantesco... —Me tumbo, y él observa como toqueteo los botones que me suben y me bajan, sin moverse de la cama—. ¿Ocurre algo?

—No.

—¿Estás seguro? —Al levantar la cabeza, de repente, el asiento vuelve a su posición inicial—. Qué sensible...

—Ten cuidado, Rebeka.

—Tranquilo... —Me tumbo en la cama—. Ven aquí. Mira el techo. Hay un montón de nudos marineros.

Sobre nosotros hay un panel gigantesco hecho de cuerdas gordas trenzadas.

—Ahí podría enganchar las correas, mantenerte de pie, muy quieta.

—Y no tendrás esas correas por aquí, ¿verdad?

Me siento encima de sus caderas.

—No. Y hasta que des a luz y te encuentres perfectamente, se acabaron los juegos.

—¿Todos?

—La mayoría.

Sin darme cuenta, él ya está sobre mí.

—Entonces ¿dejamos los nudos para otro día?

—Como el viaje alrededor del mundo. Mientras tanto...

¡Ay!... Será por sexo...

Derretida me tienen sus besos. Como mi vagina mientras su lengua juega con mi clítoris.

—No me canso de probarte...

Como su afán más deseable, como sus besos y el rozar de su lengua, como en mis labios suele penetrar y como su hambre es de mi sabor, dar rienda suelta a la fuerza con la que mis piernas mantienen su cabeza en mi entrepierna, ardiente pasión, libera su codicia más feroz. Jugosa y carnal. Caprichosa y sedienta.

Su lengua intensifica mis ganas de él. Entre mis piernas, el tiempo podría detenerse. Ardo en deseos de poseerlo mientras los suspiros y los jadeos de mi boca lo provocan y excitan. Y orgulloso deja de lamerme y oscuro alza la barbilla, e intensos son sus ojos buscándome. Los míos... Los míos no se atreven a mirarle. Entonces, me abre las piernas y mantiene mis rodillas contra la cama.

—Mírame.

Y resulta que yo también soy orgullosa.

—Tendrás que ganártelo.

—Preciosa..., desearás hacerlo.

Que me folle con los dedos y la lengua, todo a la vez, y me bese lascivo y me penetre enérgico, me lleva a contonear las caderas de tal manera que hasta me tiemblan las piernas.

No parará hasta escucharme gemir y ver cómo me corro.

—Mírame... —insiste, y yo le giro la cara—. Mírame a los ojos.

Pero yo solo me corro. Aspiro con fuerza incapaz de respirar mientras él se deshace en halagos insistiendo en que lo deje admirar mi placer en las perlas que lo vuelven loco. Pero yo solo me corro.

—Lo harás. —sentencia y se aleja hasta que dejo de sentir el calor que desprende la cercanía de su cuerpo—. Ahora lo harás.

Y me da la vuelta.

—¿Pero no has dicho que nada de juegos?

—Estas son inofensivas. —dice enseñándome unas esposas de terciopelo que me esclavizan a los barrotes de la cama, y sonrío con lascivia, sólo para mí—. ¿Te resistes? —Por girarle la cara me ata los pies a la cama, con un nudo marinero—. Vas a desear mirarme a los ojos.

—Me muero de ganas...

Por decirlo y no hacerlo me llevo un azote, aunque también besos y caricias sobre mi culo.

—No te muevas.

Por mi columna vertebral roza sus dedos despacio hasta mi hendidura, en donde masajea mis

nalgas, tentándome. Mi cuerpo se inquieta. Intento controlar el movimiento febril de mis caderas, que se contonean en busca de su lengua y del calor de su boca, aunque me lo niegue. Dice que, si lo miro, obtendré recompensa, pero yo no lo hago. Solo le demuestro mi ceguera, y él me abre los labios y me confiesa que le soy más que irresistible, por no concederle su deseo. Igual de irresistible que mi sabor dentro de su boca. Y su boca esconde una lengua pecaminosa. Tanto que, ardiente y carnosa, me lame hasta que, escandalosa, mi orgasmo inunda su boca.

—Fóllame...

—Mira cómo lo hago. —dice y me embiste con fuerza, y yo abro los párpados, pero no lo miro a él, miro los barrotes según intento pedirle que me suelte, gimiendo intensamente—. Así me gusta...

Y así es jadeando, muy quieta, tumbada sobre un colchón, excitada y esclavizada a la cama, deseosa de mirarlo a los ojos y negada a ello por orgullo. Así le gusta. Con él follándome por detrás, susurrándome guarradas, sin encontrar nuestras miradas, y a la espera de que sucumba al ansia de observarlo amarme.

—Libérame —expreso entre jadeos, y él desata mis piernas—. Quiero mirarte.

Boca abajo, con las manos sobre la cama y él sobre mí, las suyas están sobre las mías y el roce de su piel eriza la mía. Su manera de amarme, delicado lo vuelve. Sus tiernos besos, por mi cuello lo llevan. Sus roces contra mi cuerpo humedecen su pecho y su paciencia desespera a mi deseo, de por sí codicioso. Y sin darme cuenta, cuando lo siento muy dentro y roza una y otra vez ese punto recóndito y exquisito que sólo él ha sabido encontrar, lentamente se aleja hasta salir de mí para darme la vuelta.

—Estaba a punto de...

Libera mis manos.

—Ahora está más dura.

Y sentada sobre él, dura y larga, la tengo muy dentro de mí, aunque haya perdido ese punto que... Que busco ansiosa de volver a sentir. Que deseo encontrar y no dejar escapar. Que anhelo mientras me muevo y me agarro el pelo y me toco y jadeo excitada, y no lo encuentro. No obstante, lo perdido, quizá por conocido lo añore, pero seducida y apasionada encuentro lo inexplicable. Y sabe y lo siento tan bien...

De tanto rozarme por dentro siento sus venas. Y lo absorbo con tanta fuerza que la extrañeza de sus ojos torna compasiva y él a mí se entrega, y gime y cierra los parpados, con fuerza.

—Mírame. —Lo hace tras correrse—. Y yo ¿qué?

—No me he corrido, preciosa...

Y a sorpresas no me gana, aunque me diga que le ha sorprendido sentir un orgasmo sin eyacular.

—Ahora...

Siempre sabe cuándo llegaré al orgasmo. Tanto con los dedos como con su sexo. Y yo, que buscaba, hallo el límite orgásmico hasta el punto de que el cosquilleo que invade mi cuerpo me impide moverme. Solo siento. Noto cómo asciende al cerebro. Cómo lo adormece. Cómo se expande mi universo, durante veinte segundos exactos. Lo sé porque él los cuenta. Y yo sonrío, y mi consciencia se mezcla con mi inconsciencia. Mi razón con mi personalidad. Mi actitud con mi yo más real. Mi fantasía con mis sueños. Y me evado de todo lo conocido para explorar un nuevo

mundo que se abre muy dentro de mí. Mientras tanto, todo lo que soy aparece ante mis ojos y tiene vida propia. Es un amor reflejado en el agua. Agua salpicada por pétalos de rosa en donde por arte de magia se forman tres palabras. La viva voz de su alma.

»I love you«.

Eso dice la seda que decoran el agua de la piscina de popa mientras a su alrededor pequeñas velas blancas encendidas ambientan románticamente nuestra zona de recreo. El mismo lugar en donde esta noche cenaremos.

Esta noche y las siguientes hasta cinco, excepto una. La misma en la que decidiremos nuestro futuro.

Futuro.

Qué palabra tan grande.

El FreeSea nos llevó a las islas Ábacos. Vivimos en el barco día y noche, exceptuando los largos ratos que pasamos yendo de isla en isla, a cual más desierta. Vimos delfines que jugaban a pillar o a quién corre más, e incluso nadamos cerca de ellos, sin tocarlos. Se acercaban al barco, siempre de noche, y cantaban en un océano iluminado por la luna. Pero pronto desaparecían alertados como nosotros por los tiburones. Y por el día, cuando nos acercábamos a cualquiera de las islas, nos acompañaban en la travesía yendo más deprisa que el yate.

Navegamos durante cuatro días e hicimos alguna parada que otra en cualquiera de los cayos que avistábamos, de entre quince a elegir. Follábamos, dormíamos y desayunábamos en diversas playas, sin nadie más que nosotros. Nadábamos, tomábamos el sol y follábamos, otra vez, entre palmeras, antes de regresar al FreeSea para ducharnos, comer y hacer la siesta. El deporte nacional nunca hay que dejarlo de lado. Unas vacaciones sin siesta no son unas vacaciones.

Pero, ay...

Qué ilusa fui si creí que él me dejaría dormir.

Mientras lo intentaba él acariciaba mi espalda, y a mí me entraba la modorra y él me besaba. Y mi carne es tan débil...

»Sin juegos te amo y con ellos...

Con ellos soy un loco en tus manos.

Sin prisa te adoro y con ella...

Con ella soy de tu cuerpo, hombre de amor desesperado.

Sin nada más que nosotros te siento como caos dominante de un cuerdo deseoso de tus besos.

Tú me haces libre.»

Esas palabras, tras cuatro días de vivencias de ensueño, dieron comienzo a un nuevo idilio. El FreeSea nos dejó en un lugar realmente increíble. Fue un cuento de hadas.

En un extremo del saliente de una isla redonda metimos el yate. El agua azul clara era distinta a la que rodeaba la isla. En el centro, como edén emergido del atlántico, había un pequeño monte rodeado de árboles que ocultaba el paraíso.

Allí fuimos más libres que en ningún sitio. Tal cual Adán y Eva. Tal cual.

Caminamos desde la orilla a su base. Ascendimos la ladera sin prisa, pero sin pausa. Y en la cumbre de lo que creí que era una montaña vi la fantasía: una casa elevada en mitad de un gran lago. Allí pasamos nuestra última noche.

Estando dentro pudimos ver la superficie del agua bajo nuestros pies. Fuera, la arboleda y una cascada que brotaba del pico de la montaña como selva en mitad del océano. Dentro de la cabaña admiré al hombre al que amo. Fui consciente de lo verdaderamente libre que fue en un

lugar tan apartado. Y dentro le pregunté por las rosas que me regalaba estando en *La Torre*, y él me explicó su porqué.

Como la inocencia que vio en mí y como la pureza de mi alma, las blancas eran perfectas para su romántico despertar.

Él deseaba un futuro, y en ellas encontró un sólido amor.

No esperaba conocerte.

Mis caricias lo llevaron a besar mis manos.

Como la excitante pasión que sintió al poseerme por primera vez, y el deseo de estar conmigo para siempre, las rojas mostraban que de mí se enamoraba.

Solo pretendía transformar la lascivia en tiernas palabras y sutil poesía.

Y por fin te he encontrado.

Sus besos sobre mis manos lo llevaron a admirar mi rostro emocionado.

Como la satisfacción y alegría de haber logrado ser libre, las naranjas eran su entrega y su valía, por fin renacidas, si junto a mí permanecía.

Solo hizo lo que sintió porque conmigo era y es más fuerte.

Solo para mí.

Y siendo para él continuó con halagos, romances y fuertes abrazos.

»Las rosas son tu persona. Yo, su color. No hay flor que en su tacto no posea la luz creativa que admiras cuando su aroma respiras.»

En medio de un lago escondido en una montaña cuya cascada resplandecía de noche hay una cabaña. Dentro, yo supe que lo amaba, absolutamente. Fuera, también. Y en mitad de una isla que está en mitad del océano cuya montaña esconde el paraíso, una cabaña bastó para que me contara lo que había planeado mientras, en su lago, ya fuera y pensando, sin bastarme aceptara. Eso sí, ahora me sobra y me basta.

Él ama su trabajo, aunque sea su propio trastorno. Nathan ha vivido por y para *La Torre*, durante sus jóvenes años de una vida anterior a mí. Y aunque ahora Erika está al mando, a pesar de no tener su larga experiencia, pero sí la ayuda de Harold, su tío regresará a España con Beatriz, tarde o temprano, y Nathan me planteó la posibilidad de quedarnos a vivir en Nueva York, sin convencerme, aunque lo entendiera.

—Pasaremos las navidades en Barcelona —propuso, pero mi respuesta fue que no—. También el verano —añadió, pero yo volví a negarme—. ¿Cuántas veces quieres ir a tu país?

Eso me preguntó sin saber cuál era mi temor. Entonces, me sinceré. Le dije que no quería volver a *La Torre*. Pero él fue tan convincente, tan elocuente, directo, fiel a su empeño por seguir siendo libre y tan franco y natural, que la casa de la playa y su horario de trabajo a media jornada fueron mis condiciones para aceptar una nueva vida en Long Island.

Un quid pro quo en toda regla.

Dentro de la cabaña, sobre un lago en mitad de una pequeña selva inmersa en una isla paradisíaca, Nathan y yo vivimos una noche de encanto en la que un bebé fue testigo sin saberlo de nuestros encuentros y la pasión que hubo en ellos. Que hubo, que hay y que habrá. Y es que, pasión desprendemos y pasión entregamos. No importa el cómo, el dónde o el haber estado

encerrados. Estemos donde estemos pasión existe y por y para siempre pasión, pase el tiempo y los años.

Y del tiempo hablo. Del buen tiempo que hizo en Nueva York, tras regresar de Bahamas según lo planeado por Nathan, quien mantuvo el control de todo cuanto hicimos para intentar adecuarse a su nueva vida. Para empezar, el día señalado acudimos a la cita con el ginecólogo, muy bien recomendado por Erika. Nos dijo que todo estaba bien, que solo había una bolsa y que el corazón del bebé latía a una velocidad asombrosa. Ese día me di cuenta de que nunca he admirado el brillo de unos ojos tan ardientemente negros y tan llenos de una fascinación tan embaucadora como los de Nathan, al escuchar el corazón de nuestro bebé. A ciento setenta se puso un feto que no era más grande que una alubia. Y a ciento setenta casi se pone su padre. De hecho, tuvo que salir de la sala, al sentir, o así lo describió, que el corazón se le salía del pecho.

Ahora, ya no es miedo a salir, terror al exterior o pánico si se expone. Ahora siente congoja e impotencia porque dentro de mí hay una parte de él que no puede controlar. Sin embargo, nueve meses dan para mucho. Incluso para mi madre, que no tardó en aceptar la propuesta de Nathan de pasar un tiempo en Nueva York.

Tiempo. Lo único que pasa, realmente. Y nueve meses le han servido a Nathan para acostumbrarse a ir solo a Manhattan, con su chófer, de casa a *La Torre* y de *La Torre* a casa, aunque la mayoría de las veces sea Jackson, sin tener, quien lo lleve y lo traiga. Y digo sin tener porque ahora es el jefe de seguridad de *La Torre* y su trabajo no atañe las idas y venidas de Nathan, pero su fiel amigo lo acompaña a donde quiera que vaya, si es que yo no puedo. Y a mí, que me encanta dormir y ahora nada me impide despertarme cuando me dé la gana, este tiempo que ha pasado me ha servido para redecorar la casa de la playa, comprarle mil cosas al bebé porque con Erika me pierdo y ella siempre me acompañaba, y a confiar plenamente en la promesa de Nathan porque no ha quedado en palabras. Me lo demuestra con hechos, así que, ¿por qué dudar de él?

A las seis de la mañana se marcha y las tres de la tarde regresa, y echa la siesta conmigo. Hace dos meses que no follamos. Y no será porque a mí no me apetezca, sino porque él se siente mal. Le parece un juego pervertido y no quiere sexualizarse mientras yo no pueda moverme como a los dos nos gustaría. Así que de follar nada de nada, y ya ves. Yo, que pensaba que con él lo haría hasta el final, resulta que hay alguien más importante por quien retrasar nuestra satisfacción sexual.

De todas formas, Nathan sigue enamorándose cada día y cada noche. En cada atardecer, de madrugada, bajo las estrellas y al despertar, a pesar de que mi mal carácter matutino no haya desaparecido.

Sí. Tengo muy mal despertar, y preñada, mucho más.

Lidia con eso, Nathan Moore.

Creí que me había hecho pis en la cama, pero creí mal. Es lo que tiene ser madre novata. Primeriza.

Te dicen que romper aguas es fácil de detectar porque es como si te mearas a lo grande. Como si el líquido que sale de ti se precipitara. Como si fuese una cascada. Pero todo depende del tamaño de la rotura de la bolsa amniótica. Y la mía fue tan pequeña que estuve goteando hasta que di a luz, tres horas después. Como si volcara mi cubata a chorritos y tardara tres horas en vaciar la copa. Por así decirlo.

A las nueve de la mañana dio comienzo mi vuelco. A las doce estaba pariendo. Y casi me da un infarto cuando el ginecólogo me dijo que el bebé venía con dos vueltas de cordón. Ya no digo a Nathan. Él no llegó a ese momento. Le dio un ataque de ansiedad tan terrorífico mientras yo empujada y el bebé salía que tuvieron que sacarlo del paritorio para evitar que le diera un infarto.

Tiene cojones.

Yo pariendo, y los médicos más pendientes de él que de mí.

Tiene cojones.

Menos mal que se lo llevaron y que mi madre ocupó su lugar. Gracias a ella pude mantener el control de la situación. Supo acompañarme, aconsejarme, darme ánimos, agarrar mi mano, empujar conmigo, respirar a mi ritmo y asomarse para ver cómo iba el parto para así, decírmelo, y avivar el esfuerzo que estaba haciendo para dar a luz a mi primer hijo. Así que menos mal que no tuve que lidiar con los dos hombres de mi vida, a la vez. El uno porque estaba naciendo. Cumpliendo con uno de los tres días más importante de su vida. Y el otro porque le superó ese momento.

Ya lo intuí cuando le dije que me estaba poniendo de parto y tuvimos que esperar a que vinieran Erika y Jackson para poder ir al hospital.

Yo no iba a conducir, y Nathan no sabe, así que esperar a que llegaran a Long Island fue toda una odisea. No por mí, que respiré como me enseñaron y las contracciones eran muy soportables, sino por él, que no dejó de llamar a su amigo hasta que lo vio entrar por la puerta, desesperado por saber cuándo llegarían.

Fui yo la que optó por que fueran ellos quienes nos llevaran al hospital. Lo hice porque sabía que si ellos estaban con nosotros Nathan mantendría la calma y no se dejaría llevar por su pánico, a pesar de que habíamos ido tantas veces al hospital que el trayecto y el centro médico eran de su conocimiento. También porque sabía que yo tenía tiempo. Es decir; que podía desayunar, tranquilamente; darme una ducha; revisar la bolsa del bebé; llamar al ginecólogo para avisarle de que ya había llegado la hora; aguantar una hora en el coche hasta que llegáramos al hospital; hacerme una eco; subir a la habitación; esperar a que dilatara lo suficiente para no tener que usar demasiada oxitocina y tener un parto natural, pero con epidural.

Y fue tal que así. No sabría decir cómo lo supe, pero lo supe. Es una sensación que te

comunica el cuerpo. Algo por dentro te dice que hay tiempo para ti. Y que gotees y no se vuelque todo el líquido amniótico de golpe, ayuda.

Pero mi intuición, como la llamó Nathan, certeza para mí, no era científica, así que desconfió y se puso cardiaco desde primera hora.

»*No sé cómo puedes estar tan tranquila*», me dijo antes de llegar al hospital.

Ni le contesté. Yo fui a lo mío. Me callé la boca y seguí respirando y mojándolo todo. Sólo importaba el bebé. Un niño que salió de mí, que provocó las lágrimas más emocionantes de toda mi vida, el abrazo más poderoso, la mirada más hechizante, la sonrisa más cautivadora, una conexión tan única como el ser humano que es y un amor tan incondicional, honesto y fiel, que me quedo corta al describirlo.

Son sensaciones tan indecibles...

Hay que vivirlo para saberlo.

Por mucho que te digan es imposible de imaginar.

Hay que ser madre y sentirlo para saberlo.

Y mi hijo se llama Ádrian Moore, y por fuera es un clon de Nathan y por dentro es todo yo. Moreno, impulsivo, entregado, alto, leal, sensible, guapo, testarudo y con unos ojos negros que...

Que me tiene loca. Y a Nathan, también. Pero no más que Diane.

Nació seis años después, y no dudamos en ponerle el nombre de la madre de Nathan, que siente hacia nuestra hija lo mismo que yo por nuestro hijo.

Que los dos los amamos por igual, pero podría decir que hay matices. No es amor lo que diferencia nuestra relación. La mía con ellos o la de Nathan. Es el feeling. La conexión. El saber qué vas a decir con solo mirarte. Y entre Nathan y Diane es más fuerte y visible que entre Nathan y Ádrian. Y a mí me pasa lo mismo, pero al revés. Por eso, a veces, discutimos. Porque él dice que yo soy más complaciente con Ádrian que con Diane y porque yo le digo lo mismo cuando él defiende más a Diane que a Ádrian. En lo que no hay discusión es en darle lo mismo a los dos. Lo que se le da a uno se le da a la otra. Y los límites y los valores son idénticos. También la meritocracia, aunque no sea la mejor forma de educar.

Este mundo es muy cruel. La vida da muchas vueltas. El esfuerzo obtiene recompensa. Lo que no te gustaría que te hicieran no se lo hagas a nadie. Defiende siempre al más débil. Controla tu ambición. Ama lo que tienes. Lucha por tus sueños. Ríndete, si crees que será lo mejor para ti. Vuelve a empezar. Aprende de los errores. No hay otra manera. Cambia la mirada y abre tu mente. Ponte en el lugar del otro para entender. Los juicios de valor déjalos para otros. Valórate a ti mismo. Rebélate, si eres testigo de una injusticia. Respeta. Integra. Acepta. Llorar. Ríe mucho. Recuerda. Y ama. Ama, aunque duela.

Les inculcamos estos valores y otros, y todo parece perfecto. Damos por hecho que nos saldrá bien. Pero, ¡ay!... Qué ingenuos. Casi tanto como ellos. Y es que los hijos, de pequeños están para comérselo y de mayores te arrepientes de no habértelos comido.

Habrás visto.

Mientras Ádrian estaba solo todo iba como un tiro. Por eso fuimos a por el segundo. Segunda, más bien. Porque Diana es mujer y de armas tomar. Igualita que yo por fuera y como su padre por dentro, exceptuando lo de su agorafobia. Menos mal que no se hereda.

Si llego a tener a dos..., no sé cómo llamarlos, loca es poco para cómo estaría yo, ahora mismo.

Lo suyo es un tira y afloja constante. Lo de Nathan con su hija, digo. Porque lo de Diane con Ádrian es lo más normal del mundo. Dos niños que nunca dejarán de serlo por tiempo que pase, siempre que están juntos, y que se pelean y discuten por tonterías, cada dos por tres, aunque se amen con locura y se defiendan a capa y espada ante el mundo. Es lo que tienen los hermanos. Que hoy te odio y mañana te amo. Lo bueno es que, desde que nació Jeremy, sus peleas han menguado.

El hijo de Erika y Jackson es cinco años menor que Ádrian y uno mayor que Diane. Un encanto de niño, muy tranquilo, todo lo contrario a su madre, y con un corazón de oro, mediador donde los haya. Siempre están los tres juntos, y lo que no se le ocurre a uno, se le ocurre a otro o a otra. Se llevan tan bien.

Ojalá pudiera decir lo mismo de sus padres los mandamases.

Ser la ayudante ejecutiva de Nathan y de Erika no es fácil. Nada fácil. Hacer de intermediaria cuando discuten, tampoco. No me gusta. Lo odio. Pero es lo que hay. Harold y Bea, y mi madre y Alfonso, regresaron a Barcelona un año después de que naciera Diane, así que desde entonces y hasta saber cuándo yo hago las veces de Harold, con la diferencia de que soy la mujer del Presidente y la confidente de la Presidenta. Un farol en medio de una calle de dos aceras que a veces se apaga porque está harta de no saber qué acera alumbrar más. Que no quisiera, porque debería iluminar el centro, pero siempre acabo decantándome por una o por la otra, para que la batalla no se convierta en una escalada que derive en guerra *MundialMoore*. Por eso a veces me apago y los dejo a su rollo para yo ir al mío. Y mi rollo es la playa. No hay tarde que no dé un paseo por la orilla, junto al hombre de mi vida. No hay anochecer que me pierda. Y no hay arena para tanto castillo de los niños.

Antes era yo quien enterraba a Nathan. Ahora lo entierran sus hijos, cada vez que vamos a la playa. Aunque él no quiera.

Vivimos en Long Island la mayor parte del año. El mes de junio lo pasamos en Barcelona. Mi madre se vuelve loca estando con sus nietos. Siempre tiene planes para ellos, y Nathan y yo descansamos de ser padres y nos convertimos en la pareja apasionada que fuimos y seguimos siendo, aunque ya no tengamos tanto tiempo para todo lo que queremos hacernos. Así que en Barcelona, él y yo estamos en un hotel y nuestros hijos con mi madre y Alfonso, en la que fue mi casa. Un descanso merecido y que aprovechamos como mejor sabemos: follando como si no hubiese un mañana. Como si nos faltara vida. Como si el tiempo no pasara. Pero pasa, y los meses de julio, agosto y mitad de septiembre los pasamos en el FreeSea, y a los niños le encanta. Eso de ir de isla en isla y tiro porque me toca es tan libre como soñar. Pero para sueños los de Erika, que se ha convertido en la celebrity de Manhattan por sus fiestas, sobre todo, por las que celebra en navidad, dentro de *La Torre*, en donde nos alojamos durante esas dos semanas de invierno, junto a todos los Moore, y mi madre y Alfonso, que lo flipan cada vez que vienen. Como Nathan y yo con Junior y Betty.

Siguen juntos. Va para largo. Y el golpe de aire fresco que es Betty para Junior también lo es para la familia Moore, al completo. Algo así como cuando yo llegué aquí, por primera vez. Una sorpresa inesperada pero cautivadora.

Siguen viajando por ahí en la autocaravana de Betty. Junior quiere comprar otra más moderna, pero Betty se niega. Dice que más adelante. Cuando vayan más en serio. Pero llevan

así la tira de años, así que a saber. Mientras tanto, mientras su relación es una “broma”, si Junior no pilota, viajan de costa a costa y disfrutan de su soltería al más puro estilo americano. No importa el destino. Les da igual estar en mitad de una selva o en el desierto más inhóspito. Cualquier lugar es perfecto para esta pareja tan peculiar. Y de hijos nada. Con los sobrinos ya tienen bastante. Ellos quieren vivir sus vidas siendo dos. Dicen que el mundo no necesita más gente, sino más misericordia. Y la verdad, el mundo necesita niños, pero también personas que piensen como ellos. Además, Junior se agobia cuando pasa mucho tiempo con sus sobrinos, aunque los ame con locura, y de Betty mejor no hablo porque ella no tiene esa vena maternal que a la mayoría de las mujeres se nos despierta, a cierta edad.

Siempre he admirado a las mujeres que se enfrentan a la presión social. Y admiro a Betty por defender su decisión de no tener hijos en este mundo en el que si eres mujer tu obligación es tenerlos.

Habrase visto.

Pero yo qué sabré, si mi mundo gira en torno a tres personas. Y las tres se hacen mayores. Como yo. Aunque me cueste decirlo y aceptarlo.

Los niños ya no lo son tanto. La inocencia se acabó y se llevó con ella todos sus secretos, y dio paso a otra etapa de su vida que también es la de Nathan y la mía.

Dimos esa vuelta alrededor del mundo más tarde de lo previsto. Quisimos hacerla con los niños, pero la compañía no pasaba por un buen momento, y Nathan no disponía del libre albedrío que hubiese querido. Así que la aplazamos hasta que nuestros hijos fueron adolescentes, pero tampoco nos salió bien. Nos fue imposible disponer del tiempo que queríamos invertir en el viaje. Sin embargo, poco a poco hemos visitado los lugares más emblemáticos, siempre en verano. Y ahora, ahora que nada nos retiene, por fin ha llegado el momento de levar anclas y partir hacia nuevos horizontes.

Pero para horizontes, el que descubrí una tarde en casa de Helen.

Poco después del décimo cumpleaños de Diane, Carol se presentó de improviso en casa de la tía de Nathan. Y la hostia fue tremenda.

Según nos contó, su intención de vernos era la de hacernos saber cuan grandioso era su sentimiento de culpa, junto a su sincero arrepentimiento, aunque no la perdonáramos nunca. Al menos, yo. Vi en sus ojos el dolor de todo el mal inculcado durante años en Nathan y, posteriormente, perpetuado en mí, y me fue inconcebible perdonarla. Sin embargo, la creí, y no sé por qué.

Sabía que se medicaba, que sigue medicándose. Que se volvió loca y que no recayó, después de presentarse en la boda de Erika. Pero siempre tuvo la necesidad de pedirnos disculpas por todo el dolor que nos causó. Así que vino, nos pidió perdón y se marchó. Desde entonces, no hemos vuelto a saber nada de los Collins. Y lo agradezco de una manera...

De hecho, ninguno de los dos hemos vuelto a sufrir las pesadillas que antaño nos impedían dormir plácidamente, a pesar de que Nathan no duerme más de cinco horas de tirón. Ni siquiera en el FreeSea.

Está convencido de que lo logrará, ahora que nuestros hijos no nos necesitan constantemente y son capaces de estar un largo período de tiempo sin vernos. Ahora que podemos navegar alrededor del mundo, solos.

Dice que tiene la certeza de que dejará de despertarse en mitad de la noche temiendo no

poder salir de donde quiera que se encierre, si es que yo lo abandono.

Que yo lo abandonara. Ese es su temor.

Después de todo lo vivido he llegado a la conclusión de que Nathan es un hombre cuya vida gira en torno al miedo. Un miedo en el que solo hay miedo, por tanto, el miedo a..., el miedo por... y el miedo de..., son parte de él, y no hay ni habrá manera de hacerlo desaparecer, aunque sí mengüe.

—¿Lo tienes todo? —sorprende entrando en el baño.

—¿Adónde vamos, exactamente?

—Solo te hace falta un plumífero como este.

Me enseña un plumas muy gordo y muy grande, con pies, capucha y guantes.

—¿Por qué siempre me haces lo mismo?, sabes que recién levantada, sino es del café, no quiero saber nada de nadie. Dan igual los años que llevemos juntos. Siempre me haces lo mismo.

—Buenos días, mal despertar. —dice y sonríe, y yo cierro los párpados, agobiada.

—¿Me puedes decir adónde vamos, por favor?

—Llevas una hora aquí metida, ¿se puede saber qué haces?

—Ver fotos de los niños. —confieso sentada en el suelo y pasando las hojas del álbum, con nostalgia.

—Los niños...

—Para mí siempre serán los niños.

—Pues esos niños ya son independientes y están viviendo sus vidas. —dice sentándose a mi lado—. Ahora nos toca a nosotros seguir viviendo la nuestra.

Me levanta del suelo, agarra el álbum y lo deja sobre la encimera del baño, me pide que agarre mi maleta y abre la puerta para que nos vayamos de una vez por todas.

—¿Y adónde has dicho que íbamos?

—No te lo he dicho.

Respira, Rebeka, respira...

—Señor, dame paciencia...

—El yate a Escocia, y nosotros...

Cuánto desespero.

—¡Dilo ya!

—Al Polo Norte.

—¡¿Qué?!

Epílogo

En uno de los lugares más fríos e inhóspitos del mundo, pero también de los más extraordinarios y asombrosos, igual de extraordinario y asombroso que el hombre por quien lo dí todo incluso hasta el punto de dar mi vida por él, sé que me mereció la pena.

Lo escucho recitar cuánto me ama sabiendo que hacer cosas nuevas le supone un reto y una lucha constante. Un batalla contra su miedo más profundo e íntimo que supera con valentía y esfuerzo. Mientras tanto, se descubre a sí mismo.

Siento su aliento en mi oído según me confiesa, en un susurro, qué sintió al verme y cómo creció su necesidad de mí hasta el límite de no saber vivir si yo no estaba a su lado.

Y escucho el palpito de su corazón mientras somos testigos de la variedad de colores de la noche en forma de aurora boreal y...

—Sé que siempre te amé, que renegué de ese amor y que me dejé llevar por el miedo a amarte. Tú también lo sabías.

—Eres muy listo...

Me muerde en el lóbulo y besa mi cuello.

—Adentré en tu cuerpo, te amé como nunca a nadie y llegué a echarte mucho de menos. Tanto que el dolor fue insoportable. Mientras tanto, tú me olvidabas.

—No lo hice.

Sonríe y desliza su lengua por mi esternón para perder su boca en mis pechos.

—Fuiste mi mayor tentación. Todavía lo eres.

En mi vientre sus labios arden. En mi *Monte de Venus* se deshacen. Y entre mis piernas se esconde sabor de mi deseo.

—Mírame a los ojos —me pide alzando la barbilla—. Sólo cinco segundos.

Y los cinco los mantengo y él invade mi sexo con su lengua y con sus dedos. En mi orgasmo se deleita. En el brillo de sus ojos me pierdo. Y es tal la maravilla de su intensa mirada que no puedo evitar separarlo de mí para comerle la boca.

—Solo tú me haces libre.

—Ámame...

Y así me ama. De forma incondicional y apasionada. Intensa y profundamente. Como antes. Como siempre.

Y así somos y así seremos. Dos polos opuestos atraídos por el ardiente deseo, sin importar el espacio e incluso el paso del tiempo.

Su vida fuera de *La Torre* es tan real como la mía estando a su lado.

Él siempre dijo que no esperaba conocerme, tampoco por fin encontrarme y mucho menos que yo fuera sólo para él. Pero la vida es una sucesión de sucesos inesperados, así que...

*»Solo para mí como aire necesito y respiro.
Como admiro tu rostro y acaricio tu piel.
Como inhalo tu aroma y saboreo el beso de tu boca.
Como llenar mi corazón de tu amor.
Así eres tú, preciosa. Solo para mí».*

*¿Qué le dirías a eso?
Porque mi mente no habla. Siente alivio.
Mi corazón no dice nada. Palpita acelerado.
Y de mi boca escapa un suspiro en forma de palabras.*

*“Ámame. No más, sino bien. Ámame como yo te amo.
Siempre bien”.*

FIN

Nota de la autora

Poner fin a una historia en la que has invertido gran parte de tu tiempo y te ha alejado de la vida real es emocionante. La tristeza forma parte de esa emoción, pero no es mayor que la sensación de alivio que produce cerrar su círculo. Sin embargo, reconozco que no volver a saber de sus protagonistas, de esos personajes que una vez fueron parte de ti incluso tu misma es doloroso. Un adiós que se transforma en un hola cuando otras personas te cuentan cómo han vivido la historia que imaginaste y escribiste, a través de comentarios, opiniones, mensajes, charlas... Es entonces cuando revives lo imaginado y una sonrisa de agradecimiento ocupa tu rostro, por el esfuerzo y los sentimientos que volcaste al crear. Sólo espero, con este final, haber saciado esas ganas de más.

Gracias por formar parte de mi universo. Por leerme y por reglarme tu tiempo. Por ser parte de mí. Un escritor leído es un escritor completo. Y sólo gracias a los lectores se alcanza esa plenitud. Así que gracias, de todo corazón.

Volveremos a encontrarnos.

Jéssica A. Gómez

@autora_indie

Si te ha gustado y te apetece, recomienda esta lectura, dame tu opinión. Estaré encantada de leerte. Me ayudarás a crecer.